

Juan Crisóstomo  
*SOBRE EL SACERDOCIO*

## LIBRO PRIMERO

### 1. *Demostración del afecto que el gran Basilio tenía por mí*

He tenido muchos amigos auténticos y verdaderos, que conocían y guardaban escrupulosamente las leyes de la amistad. Pero uno, que superaba a todos en su amistad hacia mí, porfiaba por dejar atrás a aquéllos, tanto cuanto éstos aventajaban a los que mantenían conmigo una relación superficial. Era de los que me acompañaban todo el tiempo. Nos dedicamos a los mismos estudios y frecuentamos los mismos maestros. Uno era nuestro celo y diligencia por la elocuencia, a la que dedicábamos nuestros afanes, y teníamos la misma pasión que nacía de los mismos asuntos. Durante el período de formación nos mostramos del mismo parecer; también sucedió lo mismo cuando, al finalizarlo, se hizo necesario deliberar cuál era el mejor género de vida que se ofrecía a nuestra elección. A ello se añadían otras circunstancias que guardaban nuestra concordia íntegra y firme: ninguno podía sentirse más que el otro por la grandeza de su patria, mi riqueza no era excesiva, y él no vivía en extrema pobreza. Por el contrario, la medida de nuestros bienes imitaba la igualdad de nuestra elección, nuestro origen

era de igual dignidad, y nuestro pensamiento era totalmente concorde.

## 2. *¿Qué impedía que él viviese conmigo?*

Cuando fue necesario seguir la bienaventurada vida de los monjes y la verdadera filosofía<sup>1</sup>, el fiel de la balanza ya no fue igual para nosotros: su platillo se levantaba hacia arriba, pero yo, atado todavía a las pasiones del mundo, hacía descender el mío y lo forzaba a permanecer abajo al cargarlo con fantasías juveniles. A partir de ese momento, nuestra amistad permaneció firme como antes, pero la intimidad se quebró. No era posible que viviesen juntos los que no se interesaban por las mismas cosas. Cuando saqué un poco la cabeza del oleaje de la vida, me acogió con los brazos abiertos, pero ni siquiera así fuimos capaces de conservar la antigua igualdad. Como me había aventajado con el paso del tiempo y había mostrado mucho entusiasmo, de nuevo era llevado por encima de mí y levantado a una gran altura.

Pero él era bueno y valoraba mucho nuestra amistad. Por ello, apartándose de todos los demás, pasaba todo el tiempo conmigo, porque ése había sido su deseo, aunque mi

negligencia se lo había impedido en otro tiempo, como ya dije. A quien pasaba el tiempo en los tribunales y se emocionaba con los encantos del teatro, no le era posible convivir con quien, a todas horas, estaba clavado a los libros y nunca se echaba al ágora. Como ése había sido el motivo de nuestra anterior separación, cuando me acogió en su mismo estado de vida, al punto dio a luz el deseo que gestó en otro tiempo; no sufría abandonarme el más breve momento y pasaba todo el día exhortándome para que, abandonando cada uno su propia casa, ambosuviésemos un domicilio común. Me persuadió, y llevábamos ese asunto entre manos.

Pero las continuas cantinelas de mi madre impidieron que yo le concediese esa gracia, o mejor, que yo recibiera de él ese don. Cuando ella se dio cuenta de mis deseos, tomándome por la mano derecha, me llevó a su habitación y, haciéndome sentar cerca, sobre la cama en que me había dado a luz, dejaba caer fuentes de lágrimas y añadía palabras más lastimeras que las lágrimas, lamentando tales cosas para conmigo: «Hijo, no se me permitió gozar mucho de la virtud de tu padre. Ésta fue la voluntad de Dios. Su muerte, acaecida después de tu nacimiento, prematuramente trajo para ti orfandad, y para mí, viudez y las penalidades de la viudez, que sólo conocen bien quienes las padecen. No hay palabras que logren expresar la tempestad y el oleaje que arrostra una muchacha recién llegada de la casa paterna, inexperta en los asuntos, herida de pronto por un dolor irresistible y obligada a soportar preocupaciones mayores que su edad y naturaleza. Es necesario —pienso— corregir las negligencias de los servidores, vigilar las malas acciones, rechazar las intrigas de los parientes, soportar con coraje los malos modos de quienes exigen los impuestos, y la dureza en los pagos de las contribuciones. Si el difunto se va dejando un niño, aun cuando sea hembra, procurará también a la madre mucha preocupación, aunque libre de gastos y

angustia; en cambio, el hijo la llena cada día de un sinnúmero de temores y preocupaciones mayores. Omíto el gasto que se ve obligada a soportar si quiere educarlo como corresponde a un hombre libre.

Pero nada de esto me convenció para que me volviese a casar, ni para que introdujese otro esposo en la casa de tu padre. Por el contrario, permanecí en el vendaval y en la inquietud y no rehuí el horno férreo de la viudez, socorrida por la ayuda que viene de arriba. También me ofrecía mucho consuelo en aquellas penalidades el ver continuamente tu rostro, que conservaba para mí la imagen viva y bien acabada del que había fallecido. Por ello, cuando aún eras un crío que todavía no había aprendido a hablar, cuando los niños más alegran a sus padres, me consolabas mucho. Y no podrás decir ni afirmar que soporté con coraje la viudez, pero que descuidé los bienes paternos por la necesidad de la viudez, cosa que he visto padecer a muchos de los que sufren la desgracia de la orfandad. Los conservé todos íntegros, y no dejé de gastar nada de lo necesario para tu buena reputación, gastando de mi propia fortuna y de la que tenía cuando vine de mi casa.

Y no creas que yo te digo ahora esto como reproche. A cambio de todo esto, yo te pido un único favor: no me envuelvas en una segunda viudez y no avives de nuevo un dolor que ya estaba dormido. Aguarda a que yo muera. Quizás me vaya dentro de poco. Los jóvenes tenéis la esperanza de llegar remotamente a la vejez. Pero nosotros, los viejos, no aguardamos otra cosa que la muerte. Una vez que me hayas entregado a la tierra y unido a los huesos de tu padre, dispón largos viajes y surca el mar que quieras. Entonces no habrá nadie que te lo impida. Mientras me quede aliento, vive conmigo. No insultes a Dios en vano y a la ligera, envolviéndome en tan grandes males cuando yo en nada te he ofendido. Si puedes echarme en cara que yo te absorbo en preocupaciones mundanas y que te obligo a

afrontar tus asuntos<sup>2</sup>, no respetes las leyes de la naturaleza, ni la educación, ni la costumbre, ni ninguna otra cosa, y huye de mí como de los intrigantes y de los enemigos. Pero si todo lo hago para procurarte abundante tiempo libre en el viaje de la vida, ¡que, al menos, este vínculo, si no otro, te retenga junto a mí! Y aunque dices tener un sinnúmero de amigos, ninguno te ofrecerá disfrutar de una libertad tan grande, porque no existe nadie a quien interese tu buena reputación tanto como a mí». Esto y más me decía mi madre, y yo se lo decía luego a mi buen amigo. Pero él no sentía confusión con estas palabras sino que insistía más, volviendo a pedir lo mismo que antes.

### 3. *Eraño del que me serví cuando él fue coaccionado*

Cuando andábamos en este asunto, mientras él me suplicaba continuamente y yo no me decidía, de pronto se corrió un rumor que nos turbó a los dos. El rumor era que nos iban a conducir a la dignidad del sacerdocio<sup>3</sup>. Cuando oí esta noticia, el miedo y la perplejidad me invadieron: el miedo de que un día fuese tomado por la fuerza, y la perplejidad cuando, a menudo, trataba de indagar de dónde les había venido a aquellos hombres la idea de tal cosa para conmigo. Me miraba a mí mismo y no encontraba nada que fuese digno de tal honor. Mi buen amigo vino a hablar con-

migo en privado y me lo comunicó como si yo no hubiese oído el rumor. Me pidió que también entonces nos mostrásemos unánimes en lo que hiciésemos y decidiésemos, como había sucedido antes. Él me seguiría con decisión por cualquiera de los caminos que yo tomase, tanto si era necesario huir<sup>4</sup> como si había que aceptar. Yo conocía su celo y pensé que causaría un daño a toda la comunión de la Iglesia si, por mi debilidad, privaba al rebaño de Cristo de un joven tan bueno y apto para el cuidado del pueblo. Por ello, no le revelé lo que yo pensaba sobre el asunto, aunque nunca antes había soportado ocultarle ninguna de mis decisiones; en cambio, le dije que era necesario diferir la resolución para otro momento, pues ahora no apremiaba; lo convencí de que no se ocupase de ello y procuré que confiase en mí, pues yo tomaría la misma decisión que él si alguna vez nos tocaba padecer tal cosa.

No había pasado mucho tiempo cuando llegó el que nos iba a ordenar. Yo me escondí. Mi amigo, que no sabía nada de esto, es conducido con otro pretexto. Acepta el yugo, esperando que yo lo seguiría tal como le había prometido, o mejor, creyendo que él me seguía. Pues algunos de los que allí estaban presentes, al ver que se enfadaba por la elección, lo engañaron, gritando que era anormal que el más reacio, según el parecer de todos —lo decían por mí—, hubiese cedido con gran moderación al juicio de los padres<sup>5</sup>, pero que el más sensato y moderado se insolentaba y estaba lleno de

vanagloria<sup>6</sup> pues se resistía, se echaba para atrás y se oponía. Al oír estas palabras, cedió. Cuando se enteró de que yo había huido, vino hasta mí con mucha tristeza. Se sentó cerca y quería decirme algo, pero, dominado por la perplejidad y no pudiendo mostrar con las palabras la violencia que había padecido, abría la boca, pero no podía hablar, pues el desaliento cortaba la palabra antes de que franquease los dientes. Yo, cuando lo vi bañado en lágrimas y sumamente turbado, como conocía la causa, me reía embargado por una alegría inmensa, y, tomando su mano derecha, me esforzaba por acariciarlo y glorificaba a Dios porque mis artimañas habían tenido un buen fin, tal como yo siempre había deseado. Cuando me vio loco de alegría y radiante y se dio cuenta de que yo lo había engañado, más se molestó e irritó.

#### 4. *Sus reproches a causa del engaño*

Poco después, cuando se repuso de aquel alboroto de su alma, me dijo:

*BASILIO:* Si me has despreciado y en adelante ya no tienes aprecio ninguno por mí —yo, al menos, no sé por qué—, siquiera tendrías que haberte preocupado de tu fama. Ahora has abierto las bocas de todos, y dicen que has rehusado el ministerio porque andas deseoso de vanagloria. No hay quien te libere de esta acusación. Me resulta insoportable ir al ágora: ¡tantos son los que se me acercan y me censuran diariamente! En cuanto me ven aparecer en algún sitio de la ciudad, me toman a solas los que tienen familiaridad con-

migo y hacen recaer sobre mí la mayor parte de la acusación: «Conociendo su pensamiento, porque nada de lo suyo se te oculta —dicen—, no hacía falta que lo ocultases. Por el contrario, tendrías que habérmelo comunicado, y no habríamos tenido apuro alguno en deshacer sus artimañas». Me avergüenza y sonroja decirles que no conocía tus intenciones: ¡no vayan a creer que nuestra amistad es una hipocresía! Si es así —como ciertamente lo es, y ni tú mismo lo podrás negar después de lo que me acabas de hacer—, al menos será bueno ocultar nuestros males a los que tienen una opinión mesurada de nosotros. Temo decirles la verdad y cómo va nuestra relación. En adelante, estoy obligado a callar, a mirar al suelo, a evitar y alejarme cuando me encuentre a alguien. Y aunque evite el primer reproche, en adelante se me acusará de mentira, pues no me querrán creer si les digo que en aquella ocasión tú pusiste también a Basilio entre aquellos a los que no está permitido conocer tus asuntos.

Esto no me importa mucho, puesto que te ha servido de diversión. Pero ¿cómo soportaremos la vergüenza restante? Unos te tachan de insensatez; otros, de vanagloria; los acusadores más duros nos reprochan ambas cosas a la vez y añaden el desprecio a los que nos honraron. Dicen que les está bien sufrir, aun cuando les hubiésemos inferido un agravio todavía mayor, porque han dejado a un lado a muchos hombres notables y, sin embargo, a unos jovencitos que hasta hace muy poco andaban enrolados en las preocupaciones mundanas, los han conducido de golpe a un honor tan grande que ni en sueños esperaban alcanzar, por el simple hecho de que durante un corto tiempo fruncían el ceño, vestían túnicas pardas y fingían humildad. Los que han estado practicando la ascesis desde su más tierna edad hasta la avanzada vejez —dicen— son los que ahora obedecen, y sus discípulos los gobiernan sin haber oído siquiera las leyes según las cuales hay que ejercer la autoridad. Diciendo esto y más, se encarnizan continuamente con nosotros.

Yo no tengo ninguna defensa que alegar, pero te la pido a ti. Pues no creo que tú hayas huido irreflexivamente y a la ligera y que hayas echado sobre tus espaldas enemistarte con hombres tan notables. En cambio, pienso que habrás llegado a ello después de alguna reflexión y examen, por lo que sospecho que tienes preparadas razones para la defensa. Di si podremos dar una excusa adecuada a los que nos acusan. No te pido cuentas del mal que he recibido de ti: ni del engaño, ni de la traición, ni de cómo antes te aprovechaste de mí continuamente. Yo te había entregado, por decirlo así, mi alma y la había puesto en tus manos. Pero usaste conmigo una doblez tan grande como si hubieses tenido que defenderte de unos enemigos. Y si, en verdad, sabías que esa forma de pensar era conveniente, se hacía necesario no rehuir el provecho que ofrecía. Pero si era perjudicial, también yo, a quien dices siempre preferir a todos, tendría que haberme apartado de ese daño. En cambio, tú hiciste todo lo posible para que yo cayese. Nada de lo que es propio del engaño y la hipocresía te faltó para con el que acostumbraba contigo a decir y hacer todo sin engaño y con sencillez.

Pero, como he dicho, ahora no te reprocho nada de eso, ni te echo en cara la soledad en que me has dejado, al interrumpir aquellos encuentros con los que frecuentemente experimentábamos deleite y utilidad. Pero todo esto lo dejo a un lado y lo sufro en silencio y con mansedumbre: no porque tú me hayas ofendido con dulzura, sino porque me di esta norma desde el día en que acepté tu amistad, que nunca te pondría en la necesidad de defenderte por aquello con lo que me quisieras entristecer. Y sin embargo tú mismo sabes que me has ocasionado un gran daño si, por lo menos, recuerdas lo que decían de nosotros los extraños y lo que decíamos siempre nosotros mismos: que la unión de nuestros corazones y sentimientos era un gran bien, y que estábamos mutuamente protegidos con nuestra amistad. Todos

decían también que nuestra concordia ofrecería una gran utilidad a muchos otros. Por mi parte, nunca pensé en ser útil a nadie. Pero decía que obtendríamos un gran provecho de ella, pues difícilmente seríamos vencidos por quienes quisieran luchar contra nosotros.

No dejé entonces de recordártelo: «Los tiempos son difíciles; los intrigantes, muchos; el amor auténtico ha muerto; se ha introducido la peste de la envidia; avanzamos en medio de trampas; caminamos sobre las almenas de las ciudades<sup>7</sup>; los que están dispuestos a reirse de nuestros males, si alguna vez llegan a producirse, se han mostrado muchos y de muchas partes; nadie se compadece de nosotros, o se pueden contar fácilmente; cuida para que, si alguna vez nos distanciamos, no nos exponamos a las burlas y a un daño mayor que la burla; *un hermano ayudado por su hermano es como una ciudad fortificada y como un reino protegido con cerrojos*<sup>8</sup>; no deshagas esta amistad auténtica, ni rompas el cerrojo».

Esto y más lo decía yo continuamente, sin sospechar que alguna vez fuese a suceder tal cosa, sino creyendo que tú gozabas de una magnífica salud en lo referente a nuestras relaciones y queriendo curar al que estaba sano de sobra. Me pasaba desapercibido, según parece, que estaba dando medicinas a un enfermo. Fui un desgraciado inútil y no saqué provecho alguno de mi mucha solicitud. Tú has tirado todo aquello de golpe; sin prestar atención, me has abandonado de la misma manera que sueltas una nave sin lastre en el mar inmenso; y no has pensado en las violentas olas que he de soportar. Si, en alguna ocasión, se lanza contra mí una calumnia o una burla u otra injuria o vejación —es necesario que esto suceda con frecuencia—, ¿a quién recurriré? ¿Con quién compartiré mi desaliento? ¿Quién querrá ayudarme?

¿Quién rechazará a los que me entristecen y hará que ya no me entristezcan más? ¿Quién me consolará y me preparará a soportar las groserías de otros? No hay nadie, porque tú te has alejado de esta terrible guerra y no eres capaz de escuchar mi grito. ¿Eres consciente del mal que has hecho? ¿Reconoces que, después de haberme golpeado, me has dado el golpe de gracia? Pero dejemos esto a un lado. Pues ya no es posible reparar lo sucedido, ni encontrar salida a lo que no la tiene. ¿Qué diremos a los extraños? ¿Qué responderemos para defendernos de sus acusaciones?

## 5. *Mi defensa*

*JUAN:* Yo le dije: Ten ánimo. Pues no sólo estoy dispuesto a dar cuenta de estas cosas, sino que, en cuanto me sea posible, también intentaré darte explicaciones de lo que no me has considerado responsable. Y si quieres, comenzaré, ante todo, por mi defensa. Pues yo sería absurdo y muy desconsiderado, si me preocupase de la opinión de los extraños e hiciese todo lo posible para apaciguar a los que nos acusan y, en cambio, no fuese capaz de convencer de mi inocencia a quien más quiero y ha usado para conmigo tal consideración que no ha querido acusarme de lo que —según dice— he hecho mal, sino que incluso se ha preocupado de mis asuntos sin dar importancia a los suyos. Parecería que uso con él una despreocupación mayor que la diligencia que él ha mostrado conmigo.

## 6. *Se puede usar el engaño para el bien*

¿Qué mal te he hecho? Porque desde ahora tengo el propósito de lanzarme al mar de la defensa. ¿Que te he engañado y ocultado mi pensamiento? Pero lo hice para favore-

certe a ti que eras el engañado y favorecer a aquellos a quienes te entregué con el engaño<sup>9</sup>. Si la mentira es, en absoluto, un mal y no es posible usarla en caso de necesidad, estoy dispuesto a pagar la pena que quieras. Más aún, por mi parte, no tendrás que pasar por el trance de imponer la condena, sino que yo pronunciaré contra mí la sentencia que los jueces imponen a los delincuentes cuando los acusadores los sorprenden en flagrante delito. Pero si esa acción no es siempre perjudicial, sino que es mala o buena según la intención de quienes la usan, deja ya de acusarme de que te he engañado y muestra que he actuado astutamente para obrar el mal. Mientras esto brille por su ausencia, no es justo que me reproches ni me culpes; en cambio, sería justo que el causante del engaño fuese comprendido por quienes quie-

ren mantener una actitud de buena voluntad. Un engaño conveniente y hecho con una recta intención es tan ventajoso que muchos, con frecuencia, han sido condenados por no engañar.

Y si quieres investigar a los que desde siempre han sido célebres generales, encontrarás que la mayoría de sus victorias son resultado del engaño y que son más alabados que los vencedores a la luz del día. Unos llevan a cabo las guerras con gran dispendio de dinero y de hombres, de modo tal que no obtienen provecho alguno de la victoria, sino que los vencedores son tan desdichados como los vencidos, pues sus ejércitos han sido destruidos y sus graneros han quedado vacíos. Además no se les permite gozar de toda la gloria de la victoria, pues sucede que los muertos consiguen una parte no pequeña de la gloria, porque, venciendo con las almas, han sido solamente vencidos en los cuerpos, de manera que, si hubiese sido posible no caer a pesar de las heridas y si la llegada de la muerte no los hubiese hecho desistir, nunca se habría detenido su ardor. Ahora bien, el que puede vencer con un engaño, no sólo rodea a sus enemigos de sufrimiento sino también de burla. No sucede, como allí, que ambos reciben por igual alabanzas a causa de su fuerza. Aquí las reciben a causa de su inteligencia. El premio del combate es todo de los vencedores y, lo que no es menos importante, conserva intacta para la ciudad la alegría de la victoria. La inteligencia del alma no es como la abundancia de riquezas y la multitud de hombres. Cuando alguien los emplea continuamente en las guerras, sucede que se agotan y abandonan a los poseedores. En cambio, la inteligencia, cuanto más se usa, más tiende a crecer. Uno puede descubrir que la utilidad del engaño es mucha y necesaria no sólo en la guerra sino también en la paz. Y no sólo para los asuntos de la ciudad, sino también en la casa, para las relaciones de la mujer con el marido, del marido con la mujer, del hijo con el padre, del amigo con el amigo y del padre con

los hijos. Y, en efecto, la hija de Saúl no habría podido arrebatarse a su esposo de las manos de Saúl sin engañar a su padre<sup>10</sup>. El hermano de ésta, cuando quiso salvar al que ella ya había salvado y que estaba otra vez en peligro, volvió a utilizar las mismas armas que aquella mujer<sup>11</sup>.

*BASILIO* dijo: Nada de esto tiene relación conmigo, pues yo no soy un adversario, ni un enemigo, ni alguien que intenta hacer mal, sino todo lo contrario. Siempre confié mis cosas a tu manera de pensar y seguía lo que me aconsejabas.

#### *7. No hay que llamar engaño a tal cosa sino prudencia*

*JUAN*: Hombre admirable y buenísimo, por eso me he adelantado a decir que es bueno usarla no sólo en la guerra y con los enemigos, sino también en la paz y con los mejores amigos. Es útil no sólo a los que engañan sino también a los que son engañados. Acércate a un médico, pregúntale cómo libran de la enfermedad a los pacientes y escucha de ellos cómo no se contentan sólo con su arte sino que hay casos en que, adoptando el engaño y mezclando el socorro que aporta, condujeron a los enfermos hasta la salud. Cuando el descontento de los enfermos y la dureza de la enfermedad no admiten los consejos de los médicos, entonces se hace necesario colocar la máscara del engaño, como en el teatro, para poder ocultar la verdad de lo que sucede.

Si quieres, te explicaré uno de los muchos engaños que he oído que preparaban los médicos. De repente alguien se

vio asaltado por una fiebre muy violenta, la temperatura subía, y el enfermo rechazaba lo que podía apaciguar la calentura, pero deseaba y urgía insistentemente, pidiéndolo a todos los que venían, que le diesen abundante vino puro y que le permitiesen saciar ese deseo mortal. Si alguien hubiera accedido a su petición, la fiebre habría subido, y el desgraciado habría comenzado a delirar. Cuando el arte de los médicos se manifestó incapaz y no tuvo recurso alguno sino que se vio completamente desbordado, entró el engaño y mostró un poder tan grande como al punto vas a escuchar. El médico toma un vaso de barro, sacado del horno hacía poco, lo sumerge en vino abundante, lo saca vacío y lo llena de agua. Ordena que, con muchas colgaduras, se oscurezca la habitación donde yace el enfermo, para que la luz no descubra el engaño, y se lo da a beber como si estuviese lleno de vino puro. Antes de que llegase a sus manos, engañado por el aroma que despedía, no tuvo paciencia para darse cuenta de lo que le daban, sino que, convencido por el olor, engañado por la oscuridad y apremiado por el deseo, sorbió con mucha ansia lo que le daban. Una vez que se sació, al punto echó de sí la fiebre y escapó al peligro que lo agobiaba. ¿Ves la ventaja del engaño? Y si uno quisiera enumerar todos los engaños de los médicos, el discurso se alargaría hasta el infinito. Uno descubriría que no sólo los que curan los cuerpos sino también los que cuidan de las enfermedades del alma han usado continuamente del engaño como si fuese una medicina. Así el bienaventurado Pablo ganó un sinnúmero de judíos<sup>12</sup>. Deliberadamente, el que decía a los gálatas en son de amenaza que Cristo no aprovecha nada a los circuncisos<sup>13</sup>, circuncidó a Timoteo<sup>14</sup>. Por ello, aunque consideraba que, después de la fe en Cristo, la

justificación que procede de la Ley es una pérdida<sup>15</sup>, se sometió a la Ley<sup>16</sup>.

Mucho es el poder del engaño con tal de que no sea inducido con una intención perversa. Más aún, a tal cosa no hay que llamarla engaño, sino, de cierta manera, prudencia, sabiduría y arte capaz de encontrar salidas cuando no las hay y de enmendar las faltas del alma. Yo no llamaría asesino a Fineés aunque mató a dos personas de un golpe<sup>17</sup>. Tampoco lo diría de Elías después de la muerte de los cien soldados y sus jefes<sup>18</sup> y del enorme torrente de sangre que hizo correr al degollar a los sacerdotes de los demonios<sup>19</sup>. Si estamos de acuerdo en esto y si alguien investiga los hechos en sí mismos, prescindiendo de la intención de quienes los han llevado a cabo, cualquiera acusará a Abraham de haber asesinado a su hijo<sup>20</sup> y culpará de perversidad y engaño al nieto de aquél<sup>21</sup> y a uno de sus descendientes<sup>22</sup>. Así, el uno se apoderó del derecho de primogenitura, y el otro trasladó la riqueza de los egipcios al pueblo de los israelitas. Pero esto no es así, no lo es. Aleja ese atrevimiento. No sólo los liberamos de estas acusaciones, sino que los admiramos por esas acciones, porque Dios los alabó por ello. Sería justo llamar engañador al que usa ese medio de una manera perversa, pero, con frecuencia, es necesario engañar y obtener grandes provechos por medio de ese arte. En cambio, quien se comporta con franqueza procura grandes males al que no es engañado.

## LIBRO SEGUNDO

### 1. *El sacerdocio es un testimonio grandísimo de amor a Cristo*

Sería posible alargar el discurso para mostrar que se puede recurrir al engaño para conseguir el bien; es más, no hay que llamarlo engaño sino una cierta habilidad, digna de admiración. Pero como lo dicho ha sido suficiente para la demostración, sería excesivamente pesado y fastidioso alargar mi discurso. Si no he usado ese recurso para tu bien, te toca a ti mostrarlo.

Y *BASILIO* dijo: ¿Qué beneficio he obtenido de esa habilidad o sabiduría o como te plazca llamarla, para tener el convencimiento de que no me has engañado?

*JUAN*: Yo le dije: ¿Qué mayor beneficio puede haber si practicas aquello que, según Cristo mismo, son manifestaciones de amor hacia Él? Hablando con el jefe de los apóstoles<sup>23</sup>, dijo: «Pedro, ¿me amas?». Cuando éste lo confesó, Cristo añadió: «Si me amas, apacienta mis ovejas». El Maestro pregunta al discípulo si lo ama, no para aprender —¿cómo iba a preguntar el que entra en los corazones de todos?— sino para enseñarnos cuánto le interesa el cuidado de este rebaño. Si esto es evidente, será igualmente claro que una recompensa grande e inefable está reservada para quien

se afana por lo que Cristo estima tanto. Nosotros, cuando vemos que algunos cuidan de nuestros servidores o de nuestros ganados, suponemos que la diligencia por nuestras cosas es un signo de amor hacia nosotros, a pesar de que todo ello se puede comprar con dinero. El que ha comprado este rebaño no con dinero ni con ninguna otra cosa parecida sino con su propia muerte y ha dado su propia sangre como precio de la grey<sup>24</sup>, ¿con qué dones recompensará a quienes la pastorean? Por eso, cuando el discípulo dijo: «Señor, tú sabes que te quiero»<sup>25</sup> e invocó al Amado mismo como testigo del amor, el Salvador no se detuvo ahí, sino que además añadió la manifestación del amor<sup>26</sup>. No quiso entonces mostrarnos cuánto lo amaba Pedro, pues esto ya lo conocíamos con claridad de muchas maneras; su intención era, más bien, que Pedro y todos nosotros aprendiésemos cuánto ama Él a su Iglesia, para que también nosotros manifestemos mucha diligencia en ese asunto. ¿Por qué no escatimó a su Hijo Unigénito, sino que entregó al único que tenía? Para reconciliar consigo a los que tenían sentimientos hostiles hacia Él y hacer un pueblo escogido<sup>27</sup>. ¿Por qué derramó la sangre? Para adquirir las ovejas que entregaba a Pedro y a sus sucesores. Con razón y justamente decía Cristo: *¿Quién es el siervo fiel y sensato a quien su Señor puso al frente de la casa?*<sup>28</sup>. De nuevo son palabras propias de quien duda, pero el que las pronunció hablaba sin dudar. Cuando preguntó a Pedro si lo amaba, no preguntó porque tuviera necesidad de conocer el amor del discípulo, sino porque quería mostrar la abundancia de su propio amor. Así también cuando dijo: *¿Quién es el siervo fiel y sensato?*<sup>29</sup>, lo

decía no porque desconociera quién es el fiel y sensato, sino porque quería mostrar algo extraordinario y la grandeza de esta autoridad. Mira qué gran premio: *Lo pondrá al frente de todo lo suyo*<sup>30</sup>.

¿Me discutirás aún que no hice bien al engañarte cuando vas a ser establecido al frente de cuanto es de Dios, practicando lo que Cristo dijo a Pedro que hiciera para superar incluso a los demás apóstoles? Pues le dijo: *Pedro, ¿me amas más que éstos?*<sup>31</sup>. Le habría podido decir: «Si me amas, practica el ayuno, duermes en un jergón, dedícate a vigiliass continuas, defiende a los que sufren injusticia, sé como un padre para los huérfanos y como un esposo para su madre». Pero, en ese momento, dejando todo eso a un lado, ¿qué dice?: *Pastorea mis ovejas*<sup>32</sup>.

## 2. *Este servicio es más grande que los demás*

Lo dicho anteriormente también lo podrían realizar con facilidad muchos fieles cristianos<sup>33</sup>, hombres y también mujeres. Pero cuando se trata de presidir la Iglesia y confiar el cuidado de las almas, las mujeres, por el hecho de serlo<sup>34</sup>, y la mayoría de los hombres tienen que renunciar a esa realidad tan grande. ¡Que se pongan en medio los que aventajan mucho a todos y sobrepasan a los demás por la virtud de su alma, tanto cuanto Saúl sobre-

pasaba a todo el pueblo de los hebreos por la grandeza de su cuerpo<sup>35</sup>, e incluso mucho más! ¡No se indague solamente cuánto sobrepasan los hombros! La diferencia que existe entre los irracionales y los hombres racionales ha de ser la diferencia que haya entre el pastor y los pastoreados, por no decir más. También asume el peligro que concierne a realidades mucho más grandes. Cuando alguien pierde unas ovejas porque los lobos han atacado, o porque los ladrones se han presentado, o porque alguna epidemia u otra desgracia ha irrumpido, puede encontrar alguna indulgencia de parte del señor del rebaño. Si se le reclama una indemnización, el castigo se limitaría al dinero. Pero el castigo por la pérdida de las ovejas, reservado a quien se le han confiado hombres, el rebaño racional de Cristo, no se limita al pago de una cantidad de dinero sino a la pérdida de su propia alma.

### 3. *Se necesita un alma grande y admirable*

Además tiene que mantener un combate mayor y más difícil, pues no lucha con los lobos, ni tiene miedo de los ladrones, ni se preocupa de apartar la epidemia del rebaño. ¿Contra quiénes dirige la guerra? ¿Con quiénes mantiene la lucha? Escucha al bienaventurado Pablo cuando dice: *Nuestra lucha no es contra la sangre y la carne sino contra los principados, las potestades y los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en lo alto*<sup>36</sup>. ¿Ves la muchedumbre temible de los enemigos, las falanges fieras, no protegidas con hierro sino acorazadas por su propia naturaleza que hace las veces de armadura? ¿Quieres ver otro ejército fiero y cruel que asedia al rebaño? Lo verás

desde la misma perspectiva, pues el que nos habló de aquellos, nos muestra también a estos otros enemigos, cuando dice más o menos así: «Las obras de la carne están patentes. Son fornicación, adulterio, impureza, libertinaje, idolatría, magia, enemistad, disputas, envidia, cólera, egoísmo, calumnia, murmuración, jactancia»<sup>37</sup> y otras cosas más. No las enumeró todas, dejando que nos imagináramos las demás a partir de éstas.

Me voy a referir ahora al pastor de animales irracionales. Los que quieren destruir el rebaño, cuando ven huir al pastor, evitan la lucha con él y se contentan con robar los animales. Pero, en este otro caso<sup>38</sup>, aunque se hayan apoderado de todo el rebaño, ni siquiera así se desentienden del pastor, sino que acechan, se envalentonan más y no paran hasta que lo abaten o son vencidos. Además, las enfermedades de los animales son manifiestas: el hambre, la peste, una herida o cualquier otra desgracia por la que se produce el daño. Y esto es de gran valor para librar de las molestias. Pero hay un remedio más eficaz para curar rápidamente la enfermedad. ¿Cuál es? Los pastores, con abundantes recursos, fuerzan a las ovejas a recibir la curación cuando no la aceptan de buen grado. Es fácil atarlas cuando hay que cauterizar y cortar, o guardarlas en el redil mucho tiempo cuando conviene darles un alimento en lugar de otro o impedirles algunos manantiales; e incluso les procuran con mucha facilidad todo lo que consideran bueno para su salud.

En cambio, no es fácil al hombre percibir las enfermedades de los hombres. Nadie *conoce lo que hay en el hombre a no ser el espíritu del hombre que está en él*<sup>39</sup>. ¿Cómo

puede alguien ofrecer la medicina para una enfermedad cuya naturaleza desconoce? Con frecuencia, ni siquiera es capaz de saber si está enfermo. Cuando el mal se manifiesta, le ofrece un descontento mayor, pues no es posible curar a todos los hombres con tantos recursos como un pastor cura a una oveja. En este caso, también hay que atar, apartar del alimento, cauterizar y cortar. Pero el poder de aceptar la curación no reside en el que ofrece la medicina sino en el que está enfermo. Aquel admirable hombre<sup>40</sup> hablaba a los corintios con conocimiento de causa: *No somos señores de vuestra fe sino que cooperamos a vuestra alegría*<sup>41</sup>. Pues, por encima de todo, no está permitido a los cristianos corregir con violencia los tropiezos de los que pecan. Los jueces civiles, cuando hacen caer el peso de la ley sobre los malhechores, muestran mucho poder e impiden por la fuerza que continúen con sus costumbres. En nuestro caso, hay que hacer mejor al sujeto, no con violencia sino con persuasión. En efecto, las leyes no nos han otorgado un poder tan grande para hacer desistir a los pecadores, y, aunque lo hubieran conferido, no tendríamos dónde usar el poder, porque Dios corona a los que se apartan del mal no a la fuerza sino libremente. Por eso hace falta mucho ingenio para persuadir a los enfermos a someterse voluntariamente a los cuidados de los sacerdotes. No sólo hay que convencerlos de esto sino también para que se den cuenta de la gracia de su curación. Si uno, que ha sido atado, se rebela —pues es señor de ello—, obra un mal peor. Si desprecia las palabras que cortan como si fuesen un hacha, inflige otra herida por su desdén, y el pretexto de la curación se ha convertido en fundamento de una enfermedad más terrible. No hay quien pueda curar por la fuerza al que no quiere.

#### 4. *El sacerdocio está repleto de dificultades y peligros*

¿Qué puede hacer uno? Si te comportas dulcemente con quien necesita de una gran incisión y no haces la herida profunda a quien tiene necesidad de ella, cortas solamente algo del mal pero dejas otra parte. Y si haces el corte necesario sin cuidado, a menudo, el enfermo se desespera por los dolores y rechaza todo a la vez, la medicina y la venda; y, dejándose llevar de sí mismo, se precipita en un abismo al romper el yugo y hacer saltar el vínculo<sup>42</sup>. Podría hablar de muchos que han ido a la deriva hasta llegar a males extremos porque se les había reclamado la pena que sus pecados merecían. Pues no basta simplemente imponer la pena conforme a la medida de los pecados sino sopesar también la disposición de los que han pecado, para que, al querer coser el desgarró, no hagas una herida peor y, al intentar poner en pie lo que se ha caído, no provoques una caída mayor. Hay quienes son débiles, andan disipados la mayor parte del tiempo y atados al placer mundano y, para colmo, son capaces de vanagloriarse por su origen o por su poder. Si, cuando pecan, se les hace cambiar dulcemente y poco a poco, podrían apartarse de los males que los dominan —si no totalmente, al menos en parte—. Pero si alguien intenta educarlos bruscamente, los priva de la escasa mejoría que les es posible. Cuando un alma se ve abocada a ser desvergonzada<sup>43</sup>, cae en la insensibilidad y, en adelante, no cede a las buenas palabras, ni se pliega a las amenazas, ni se deja persuadir por las buenas acciones, sino que se hace mucho peor que aquella ciudad a la que el profeta se dirigía en son

de reproche: *Has llegado a tener aspecto de prostituta, has sido una desvergonzada delante de todos*<sup>44</sup>.

Por ello, el pastor necesita mucha inteligencia y un sinnúmero de ojos para examinar por todas partes la situación del alma. Así como muchos se trastornan y se abaten hasta la desesperanza de su propia salvación por no haber podido soportar unas amargas medicinas, así también hay quienes, por no haber recibido una corrección proporcionada a los pecados, caen en la negligencia, se hacen mucho peores y son inducidos a pecar más. Es necesario que el sacerdote no deje sin examinar nada de esto, sino que, después de investigar todo con exactitud, aplique adecuadamente sus criterios para que su diligencia no sea vana.

Cualquiera puede ver que el sacerdote tiene además muchas dificultades para reunir a los miembros separados de la Iglesia. El pastor de ovejas tiene un rebaño que le sigue allí donde él lo conduce. Si algunas ovejas se apartan del camino recto y, abandonando los buenos pastizales, pastan tierras pobres y escarpadas, a quien las apacienta le basta acosarlas con insistencia para que vuelvan al rebaño las descarriadas. Pero si un hombre se extravía de la fe recta, el pastor necesita de mucho esfuerzo, constancia y paciencia. Pues no puede tratarlo con violencia, ni obligarlo con miedo, sino que debe hacerle regresar, de una manera persuasiva, a la verdad de la que escapó. Necesita de un alma noble para no descorazonarse, para no desistir de la salvación de los que andan en el error, para pensar y decir continuamente: *Por si Dios les otorga conocimiento de la verdad, y recobran el buen sentido librándose de la trampa del diablo*<sup>45</sup>. Por eso, el Señor, hablando con los discípulos, dijo: *¿Quién es el siervo fiel y sensato?*<sup>46</sup>. El que se ejerci-

ta a sí mismo en la virtud dirige hacia sí solo la utilidad; pero el pastorear produce un beneficio que pasa a todo el pueblo. El que reparte riquezas a los indigentes o ayuda de cualquier otra forma a los que padecen injusticia, también es de alguna manera útil al prójimo, pero menos que el sacerdote: en la misma medida que el cuerpo difiere del alma. Con razón dijo el Señor que la diligencia por sus rebaños es signo del amor por Él.

##### 5. *Rehuí el sacerdocio por amor a Cristo*

*BASILIO:* Me dijo: ¿No amas tú a Cristo?

*JUAN:* Lo amo y no dejaré de amarlo, pero temo irritar a quien amo.

*BASILIO:* Me dijo: ¿Puede haber una adivinanza más oscura que ésta: Cristo ordenó que apacentasen sus ovejas quienes lo amaran, pero tú dices que no las apacientas porque amas al que te lo ha ordenado?

*JUAN:* Dije: Mis palabras no son una adivinanza, sino muy claras y simples. Si yo, pudiendo ejercer convenientemente esa autoridad tal como Cristo quiso, la hubiese rehuido, estaría hablando de una manera confusa. Pero, como la debilidad de alma me hace inútil para este ministerio, ¿cómo va a merecer examen lo que he dicho? Tengo miedo de que, una vez que haya recibido la vigorosa y robusta grey de Cristo y, después, la haya maltratado por negligencia, irrite contra mí a Dios, que la ha amado hasta el punto de entregarse a sí mismo para su salvación y honor<sup>47</sup>.

*BASILIO:* Dijo: Bromeas al hablar así, porque, si hablas en serio, no sé cómo pueda haber una mejor manera de mostrar mi dolor que mediante esas palabras con las que te has esforzado en apartar mi desaliento. Yo sabía antes que me habías engañado y entregado, pero ahora, cuando has intentado desbaratar las acusaciones, me has hecho conocer y comprender mucho más los males que me has procurado. Tú te has escabullido de este ministerio tan grande porque eras consciente de que tu alma no bastaba para el peso de la tarea. Pero antes habría sido necesario excluirme a mí, por mucho que yo lo hubiese deseado, sobre todo porque yo te había confiado toda la decisión al respecto. Pero ahora has pensado sólo en ti y has descuidado lo mío. ¡Ojalá lo hubieras descuidado! Yo lo habría aceptado. Pero tú has intrigado para facilitar las cosas a quienes me querían tomar. Tú no puedes excusarte con que la opinión de la gente te engañó y te persuadió a suponer cosas grandes y admirables de mí. Pues yo no soy ni admirable ni distinguido, y, aunque hubiese sido así, no hay que preferir la opinión de la gente a la verdad. Si yo no te hubiera permitido conocer mi intimidad, podría parecer que tenías una excusa razonable para tolerar la decisión y la opinión de la gente. Pero si nadie ha tenido tanta familiaridad conmigo y conoces mi alma mejor que mis padres y educadores, ¿qué razón convincente aducirás a quienes te escuchen para convencerlos de que tú no me has lanzado voluntariamente a este peligro? Pero dejemos esto ahora. No te obligo a que des un juicio sobre ello. Di, en cambio, cómo nos defenderemos ante los que nos acusan.

*JUAN:* Dije: No seguiré por ese camino hasta que no resuelva lo que se refiere a ti, por más que me quieras absolver continuamente de los reproches. Tú has dicho que la ignorancia me podría conceder el perdón y liberarme de toda acusación si, desconociendo lo tuyo, te hubiese conducido a la situación presente; y que, como te he entregado no por

desconocimiento sino conociendo en detalle lo tuyo, ha desaparecido para mí toda excusa razonable y toda defensa justa. Pero yo digo todo lo contrario, porque los asuntos de tanta importancia necesitan de mucho examen. Quien va a presentar un candidato idóneo para el sacerdocio no tiene que contentarse sólo con la opinión de la gente, sino que, además de ésta, ha de examinarlo él mismo más que nadie y con preferencia a nadie. Pues cuando el bienaventurado Pablo dice: *Es necesario que también tenga buena fama entre los de fuera*<sup>48</sup>, no elimina la investigación minuciosa y verificada, ni establece este testimonio de los de fuera como si precediese al examen de los candidatos. En efecto, después de haber expuesto muchos requisitos, añade finalmente ése, mostrando que para tales elecciones no le basta el testimonio de los de fuera sino que hay que acogerlo junto con las otras condiciones. Pues sucede con frecuencia que la opinión de la gente está equivocada. Pero si se lleva a cabo un examen minucioso, no es posible temer que de aquélla se siga peligro alguno. Por ello, coloca la opinión de los de fuera después de lo demás. No dijo simplemente: «Es necesario que tenga buena fama», sino que añadió: «también entre los de fuera», pues quería mostrar que es necesario examinarlo con diligencia y minuciosidad antes de tomar en consideración la opinión de los de fuera. Puesto que yo conocía tus cosas mejor que tus padres, como tú mismo has confesado, es de justicia que yo me vea libre de cualquier acusación.

*BASILIO:* Dijo: Por eso mismo tú no te podrías ver libre si alguien te quisiera acusar. ¿No te acuerdas de haberme oído muchas veces y de haber conocido por mis acciones la vileza de mi alma? ¿No pasabas el tiempo burlándote continuamente de mi mezquindad de ánimo, porque con facilidad me desalentaba ante cualquier preocupación?

6. *Demostración de la virtud de Basilio y de su impetuoso amor*

*JUAN:* Dije: Recuerdo haber oído a menudo esas palabras de ti. No lo podría negar. Pero si yo te criticaba alguna vez, lo hacía en broma, no de veras. Además ahora no estoy discutiendo nada de eso. Te pido, en cambio, que me otorgues la misma benevolencia cuando quiera recordar algunas de la virtudes que posees. Pues si tú intentas mostrar que he mentido, no tendré miramientos y demostraré que, más que decir la verdad, te comportas con modestia. Y para mostrar la verdad de lo que digo, no recurriré al testimonio de nadie sino a tus propias palabras y acciones. Ante todo, quiero hacerte una pregunta. ¿Conoces cuál es el poder del amor? Cristo, dejando a un lado todos los prodigios que iban a realizar los apóstoles, dijo: «En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros»<sup>49</sup>. Pablo dijo que el amor es la plenitud de la Ley<sup>50</sup> y que, si falta, ninguno de los carismas es útil<sup>51</sup>. Este extraordinario bien, el distintivo de los discípulos de Cristo, que está por encima de los carismas, yo lo he visto fuertemente arraigado en tu alma y cargado de fruto.

Y dijo *BASILIO:* Yo mismo confieso que este asunto me preocupa mucho y pongo la máxima diligencia en cumplir este mandamiento. Pero tú mismo me confesarás también que no lo consigo ni a medias, si dejas a un lado la adulación y quieres honrar la verdad.

*JUAN:* Dije: Me voy a ocupar de las pruebas y, ahora, voy a cumplir la amenaza, mostrando que, más que decir la verdad, te quieres comportar con modestia. Contaré algo que ha ocurrido recientemente, para que nadie suponga que

yo, refiriendo cosas antiguas, intento ocultar la verdad con el relato de cosas acaecidas hace mucho tiempo. De esta manera el olvido no permitirá réplica alguna a lo que yo diga por benevolencia. Cuando uno de nuestros amigos, que había sido acusado falsamente de violencia y arrebató, estaba en gravísimo peligro, aunque nadie te acusaba a ti y el que corría el peligro no te lo pidió, te arrojaste en medio de los peligros. Éste fue el hecho. Pero puesto que unos no comprendían tu celo, y otros lo alababan y se admiraban, ¿cómo haré yo para convencerte con palabras? A los que te hacían reproches les decías: «Yo no sé amar de otra manera sino dando mi propia vida cuando hay que salvar a un amigo que está en peligro». Aunque con otras palabras, pero con el mismo pensamiento, expresabas lo que Cristo decía a los discípulos al establecer los límites del amor perfecto: «Nadie tiene amor más grande que éste: dar la vida por los amigos»<sup>52</sup>. Si no es posible hallar un amor mayor, tú has llegado a su perfección y has alcanzado su cima por lo que hiciste y por lo que dijiste. Por eso te traicioné, por eso tramé aquel engaño. ¿Te he convencido de que te he arrasado a este estadio<sup>53</sup> no por malevolencia ni por desear ponerte en peligro, sino sabiendo que era bueno?

*BASILIO:* Dijo: ¿Piensas entonces que la fuerza del amor es suficiente para la corrección del prójimo?

*JUAN:* Dije: Sí, puede contribuir en gran medida. Pero si quieres que dé a conocer pruebas de tu inteligencia, iré por ese camino y mostraré que tu inteligencia supera a tu amor.

Cuando dije esto, se ruborizó muchísimo y dijo:

*BASILIO:* Ahora dejemos a un lado lo mío, pues desde el principio te pedí que la conversación no tratase de ello. Si

puedes decir algo justo para los de fuera, yo escucharía con gusto tus palabras al respecto. Deja a un lado este debate insustancial y dime cómo nos defenderemos ante los demás, no sólo ante los que nos han honrado sino también ante los que están dolidos por aquellas afrentas.

7. *Rehuí la ordenación porque no quería afrentar a los que nos habían elegido*

*JUAN:* Dije: Yo mismo estoy ansioso de ello. Como he terminado la argumentación por lo que a ti respecta, de buen grado me dedicaré a esta parte de la defensa. ¿Cuál es la acusación y cuáles son los reproches que me hacen? Dicen que yo los he ofendido y que han sufrido mucho porque no he aceptado el honor que me querían otorgar. Pero yo digo, ante todo, que no hay que tener en cuenta la ofensa a los hombres cuando, para honrarlos, nos vemos obligados a ofender a Dios. Enojarse por esas cosas no carece de peligros para los que se irritan, sino que ocasiona un gran daño. Los que están consagrados a Dios y sólo miran a Él, pienso que han de estar cimentados en el temor de Dios de tal manera que no consideren tal cosa como una ofensa, aunque fuesen ultrajados miles de veces. Es claro que yo no me he atrevido a tal cosa ni con el pensamiento. Si yo, por orgullo o vanagloria, como repetidamente has dicho que algunos me acusan, hubiera llegado al punto de dar la razón a los acusadores, habría cometido una grandísima injusticia por haber despreciado a hombres admirables, grandes y, además, bienhechores. Si el hacer injusticia a hombres que no han cometido injusticia alguna merece castigo, ¿cómo será necesario honrar a quienes han elegido honrarte voluntariamente? —pues nadie podrá decir que, por haber recibido de mí un servicio pequeño o grande, me recompensaban aquellos favores—. ¿Qué castigo merecería quien correspondiese

despectivamente? Si nunca pasó tal cosa por mi cabeza y evité la pesada carga con otra intención, ¿por qué, en lugar de perdonarme, caso de que no me quieran comprender, me reprochan haber tenido compasión de mi alma?

Yo estaba tan lejos de haber afrentado a tales hombres que diría que los he honrado con mi rechazo. No te extrañes si lo que digo es paradójico, pues enseguida lo aclararé. De haber aceptado, si no todos, al menos aquellos que tienen el placer de hablar mal, podrían haber supuesto y dicho muchas cosas no sólo a propósito de mí por haber sido ordenado, sino también a propósito de aquellos que me eligieron. Por ejemplo: que miran a la riqueza, que miran el linaje noble, que yo los halagué y por eso me han conducido a esto. En cambio, yo no puedo decir si alguno habría llegado a suponer incluso que lo hacían por dinero. También podrían decir: «Cristo llamó a pescadores<sup>54</sup>, a fabricantes de tiendas<sup>55</sup> y a publicanos<sup>56</sup> para ejercer esta autoridad. Éstos desprecian a los que viven de su trabajo diario, pero, si uno se dedica a la elocuencia profana y vive ocioso, lo acogen con agrado y lo admiran. ¿Por qué desprecian, en fin, a los que han soportado innumerables fatigas por el provecho de la Iglesia, pero al que nunca ha experimentado tales esfuerzos y, en cambio, ha perdido el tiempo en el trabajo vano de la elocuencia profana, de pronto lo alzan a este honor?».

#### 8. *Mi huida les evitó reproches*

Podrían decir esto e incluso cosas peores, si yo hubiese aceptado la autoridad. Pero ahora, no. Pues todo pretexto

de difamación se les ha quitado, y no pueden acusarme a mí de adulación, ni a ellos, de mercenarios, a no ser que algunos quieran simplemente aparecer como locos. Pues ¿cómo el que adula y gasta sus riquezas para alcanzar el honor, lo deja a otros cuando llega el momento de alcanzarlo? Sería como si uno que ha soportado fatigas por la tierra para que su mies esté cargada con mucho fruto y los lagares se desborden de vino, después de innumerables sudores y gran gasto de dinero, cediese a otros la abundancia de los frutos cuando llega el momento de recolectar y cosechar. Ves que, aunque esos comentarios están lejos de la verdad, al menos serían un pretexto para los que quisieran acusarlos de no obrar con una conciencia recta. Pero ahora no les he permitido hablar, ni siquiera abrir la boca. Desde el principio habrían podido decir tales cosas y otras mayores.

Después de alcanzar el ministerio, yo no habría dado abasto a defenderme todos los días de los acusadores, aunque lo hiciese todo irreprochablemente; y con más razón, porque la inexperiencia y la edad me habrían obligado a equivocarme con frecuencia. Ahora los he apartado de esa acusación, pero, en el otro caso, los habría cubierto de innumerables reproches. ¿Qué no dirían? «Confiaron asuntos admirables y grandes a niños insensatos. Maltrataron al rebaño de Dios. El cristianismo ha llegado a ser objeto de burla e irrisión». En cambio, ahora *toda iniquidad cerrará su boca*<sup>57</sup>. Pues si ellos dijese tales cosas por ti, al menos les podrías enseñar rápidamente con tus obras que no hay que juzgar la inteligencia por la edad, ni examinar la madurez por las canas, ni rechazar completamente al joven de tal servicio sino al neófito. Y mucha es la diferencia entre ambos.

## LIBRO TERCERO

### 1. *Los que suponían que yo rehusaba por orgullo trastornaron su pensamiento*

Por lo que respecta a la injuria hacia los que nos honraron, puedo repetir lo ya dicho: que no rehuí el honor, queriéndolos deshonar. Pero ahora, en la medida de mis fuerzas, intentaré también ponerte en claro que no lo hice hinchado por el orgullo<sup>58</sup>. Si se me hubiese ofrecido el mando de un ejército o de un reino y yo hubiese tomado la misma decisión, en verdad alguien podría suponer eso con razón; es más, nadie me acusaría de orgullo, sino que todos me acusarían de locura. Si lo que se me propone es el sacerdocio, que está por encima de un reino en la medida en que distan el espíritu y la carne, ¿se atreverá alguien a acusarme de orgullo? ¿No es absurdo acusar a los que desprecian las cosas pequeñas como si fuesen locos y, en cambio, a los que hacen eso mismo a propósito de realidades muy elevadas eximirlos de las acusaciones de locura y acusarlos de orgullo? Sería como si uno acusase, no de orgullo sino de locura, al que desprecia un rebaño de bueyes y no quiere ser boyero, y, en cambio, de quien no acepta el reino de

todo el orbe y llegar a ser señor de todos los ejércitos dijese que está cegado por la soberbia en lugar de estar loco.

Pero no es así, no lo es. Los que andan diciendo eso no me acusan a mí más que a ellos mismos. Pues por el simple hecho de concebir que es posible a la naturaleza humana despreciar la dignidad del sacerdocio, manifiestan la opinión que ellos tienen de él. Pues si pensarán que no son realidades cualesquiera y de poca estima, ni siquiera se les ocurriría sospecharlo. ¿Por qué nadie se atrevió a sospechar una cosa semejante a propósito de la dignidad de los ángeles? ¿Por qué nadie se atrevió a decir que existe un alma humana que, por orgullo, no ha elegido llegar a la dignidad de la naturaleza angélica? Porque tenemos en alta estima a aquellas Potencias, y esto nos impide creer que un hombre pueda pensar algo más grande que ese honor. Así pues, cualquiera, justamente, podría más bien acusar a nuestros acusadores. En efecto, nunca habrían sospechado tal cosa de otros, si no hubieran considerado el sacerdocio como un asunto baladí.

## *2. No huí por vanagloria*

Si dicen que mi modo de proceder buscaba la gloria, ellos, claramente, se refutan a sí mismos cayendo y luchando. Pues no sé qué otras razones podrían buscar si quisieran eximirme de la acusación de vanagloria.

## *3. Si yo hubiera deseado la gloria, más bien tendría que haber elegido el sacerdocio*

Si este deseo me hubiese asaltado alguna vez, habría sido necesario aceptar el sacerdocio antes que rechazarlo. ¿Por qué? Porque me habría aportado una gloria mayor. Si, a pesar de ser un joven que acabo de alejarme de las preocu-

paciones mundanas, me muestro de pronto tan admirable que soy preferido a los que han pasado la vida en tales afa-nes y recibo más votos que ellos, la situación habría lleva-do al ánimo de todos la persuasión de que yo era una per-sona digna de admiración y grande; y me habría hecho res-petable y famoso. Ahora, a no ser unos pocos, la mayor parte de la Iglesia no me conoce ni de nombre, de modo que no todos sino unos pocos saben que yo he rehusado. Pienso que, entre esos pocos, ni siquiera todos conocen la verdad. Es verosímil que muchos de ellos piensen incluso que no me eligieron o que me rechazaron por no ser idó-neo, pero no que huí voluntariamente.

*BASILIO:* Pero los que conocen la verdad te admirarán.

*JUAN:* Tú has dicho además que éstos me acusan de va-naglorioso y soberbio. ¿De dónde es posible esperar la ala-banza? ¿De la mayoría? ¡Pero si no conocen la verdad! ¿De los pocos? ¡Pero también en este caso, el asunto se me ha vuelto en contra! Tú, ahora, has venido aquí para saber cómo hay que defenderse de sus acusaciones. Pero ¿por qué ahora examino con minuciosidad todo esto? Es-pera un poco y sabrás con claridad que, aunque todos co-nocieran la verdad, ni siquiera así tendrían que acusarme de orgullo y vanagloria. Añade a esto que un peligro no pequeño amenaza a los que se atreven a esa osadía —si re-almente existe alguien así entre los hombres, pues yo mismo no estoy convencido— y también a los que lo sos-pechen de otros.

#### 4. *El sacerdocio es temible y el culto nuevo es más terrible que el antiguo*

El sacerdocio se ejerce en la tierra pero tiene el rango de las realidades celestes. Y con razón. Pues ni un hombre, ni un ángel, ni un arcángel, ni ninguna otra potencia creada,

sino el Paráclito mismo dispuso este orden y persuadió a los que aún permanecen en la carne a reproducir el ministerio de los ángeles<sup>59</sup>. Por ello, es necesario que el sacerdote sea puro, tal como si estuviese en los cielos mismos en medio de aquellas Potencias<sup>60</sup>. Temibles y muy terribles eran también las realidades que antecedieron a la gracia: las campanillas, las granadas, las piedras del pecho, las del hombro, la mitra, la diadema, la túnica, la placa de oro, el Santo de los santos, el gran sosiego del interior<sup>61</sup>. Pero si uno examina las realidades de la gracia, encontrará que aquellas otras realidades temibles y muy terribles son pequeñas y que lo dicho a propósito de la Ley es verdadero: *Lo que era glorioso en esta situación no es glorioso a causa de una gloria que lo sobrepasa*<sup>62</sup>. Cuando ves al Señor inmolado y yacente, al sacerdote

que preside el sacrificio y ora, y a todos bañados en aquella preciosa sangre<sup>63</sup>, ¿piensas que aún estás entre los hombres y sobre la tierra y, en cambio, no piensas que al punto has emigrado al cielo? ¿Desechando todo pensamiento carnal, no ves, con el alma desnuda y la mente pura, lo que hay en el cielo? ¡Qué maravilla! ¡Qué amor de Dios por el hombre! El que está sentado arriba con el Padre, es asido en ese momento por las manos de todos y se da a los que quieren abrazarlo y recibirlo. En ese momento, todos lo hacen con los ojos. ¿Crees que estas cosas puedan ser despreciadas o que sean tales que uno pueda rebelarse contra ellas?

¿Quieres ver, a partir de otra maravilla, la superioridad de esta liturgia? Imagínate a Elías, a la numerosa muchedumbre que lo rodea, a la víctima colocada sobre las piedras, a todos los demás en quietud y en mucho silencio, sólo al profeta en oración, y luego, de pronto, la llama que es lanzada desde el cielo sobre la víctima<sup>64</sup>: realidades admirables que llenan de estupor. De aquí pasa a lo que actualmente se realiza y verás que no sólo son realidades admirables sino que sobrepasan todo estupor. Pues el sacerdote está en pie, no para traer fuego sino el Espíritu Santo; y suplica largamente, no para que un fuego lanzado desde lo alto consuma las ofrendas, sino para que la gracia, cayendo sobre el sacrificio, encienda por medio de él las almas de todos y las haga más brillantes que la plata fundida. ¿Quién, que no esté loco o fuera de sí, podrá despreciar esta celebración tan sobrecogedora? ¿Ignoras que un alma humana nunca habría soportado aquel fuego del sacrificio? ¿Ignoras que absolutamente todos habrían sido aniquilados si no fuese por el generoso auxilio de la gracia de Dios?

## 5. Grande es el poder y el honor de los sacerdotes

Si alguien pensara la grandeza de quien, siendo hombre y estando aún formado de carne y sangre, puede estar cerca de aquella naturaleza bienaventurada y pura, entonces percibiría adecuadamente de cuánto honor la gracia del Espíritu consideró dignos a los sacerdotes. Por medio de ellos se cumplen estas realidades y otras no inferiores, si se atiende a su dignidad y a nuestra salvación. A hombres que habitan la tierra y pasan el tiempo en ella, se les ha confiado administrar las realidades celestes, y han recibido el poder que Dios no otorgó ni a los ángeles ni a los arcángeles. Pues a éstos no se les dijo: *Cuanto atéis en la tierra, también será atado en el cielo, y cuanto desatéis en la tierra será desatado en el cielo*<sup>65</sup>. Los jefes de la tierra tienen también poder para atar, pero los cuerpos solos. Pero este otro lazo toca el alma y atraviesa los cielos; y lo que los sacerdotes obran aquí abajo, Dios lo ratifica allí arriba, y el Señor confirma la determinación de sus siervos.

Y ¿qué les dió sino todo el poder celeste? *A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis les serán retenidos*<sup>66</sup>. ¿Qué poder habrá más grande que éste? *El Padre ha dado al Hijo todo el juicio*<sup>67</sup>. Pero veo que el Hijo se lo ha confiado a éstos por entero. Como si ya hubiesen sido trasladados a los cielos, como si ya hubiesen franqueado la naturaleza humana y como si ya hubiesen sido liberados de las pasiones humanas, así fueron conducidos a una autoridad tan grande. Si un rey hiciese partícipe a uno de sus súbditos de este honor, de manera que pudiese meter en la cárcel a quien quisiera y, a su vez,

perdonarlo, ese hombre sería envidiable y célebre entre todos. El que recibe de Dios un poder mayor, tanto cuanto el cielo es más estimable que la tierra, y las almas que los cuerpos, ¿les parece a algunos que ha recibido un honor tan pequeño como para pensar que alguien, a quien le haya sido confiado, pueda despreciar el don? Aléjate de la locura. Manifiesta locura es desdeñar tan gran autoridad, sin la cual no podemos alcanzar la salvación ni los bienes prometidos.

6. *Son servidores de los grandísimos bienes que proceden de Dios*

En efecto, si nadie puede entrar en el reino de los cielos si no renace por medio del agua y del Espíritu<sup>68</sup>, si el que no come la carne del Señor y no bebe su sangre<sup>69</sup> es excluido de la vida eterna y si todo ello se realiza sólo por aquellas santas manos, me refiero a las del sacerdote, ¿cómo podrá escapar al fuego de la gehenna o alcanzar las coronas reservadas si alguien prescinde de ellas<sup>70</sup>? Éstos son; sí; éstos son a quienes se les han confiado los partos espirituales, a quienes se les ha encomendado el parto por medio del bautismo. Por medio de ellos nos revestimos de Cristo, somos sepultados con el Hijo de Dios, llegamos a ser miembros de aquella bienaventurada Cabeza, de manera que ellos pueden, con justicia, ser para nosotros más impresionantes que los príncipes y los reyes, y también más dignos de honor que los padres. Éstos nos engendraron de sangres y de la voluntad de la carne<sup>71</sup>, pero aquéllos son responsables de nuestro nacimiento de Dios, de la bienaventurada

regeneración, de la verdadera libertad y de la filiación según la gracia.

Los sacerdotes judíos sólo tenían poder para apartar la lepra del cuerpo; o mejor, en modo alguno tenían poder para apartarla sino para examinar a los que habían sido liberados. Sabes cómo el oficio de los sacerdotes era entonces deseado. En cambio, los sacerdotes cristianos no recibieron poder para apartar la lepra del cuerpo sino la impureza del alma, no para examinar que se ha alejado sino para liberar completamente de ella. Así pues, quienes los desprecian están mucho más ligados a la maldición que quienes rodeaban a Datán<sup>72</sup>, y son dignos de un castigo mayor. Éstos se arrogaron una autoridad que no les pertenecía, pero tenían una opinión admirable sobre ella y lo mostraron al ambicionarla con gran empeño. Los cristianos, después de que el sacerdocio ha sido mejor establecido y enriquecido, contrariamente a aquéllos, se han atrevido a cosas peores. Por lo que respecta al desprecio, no es lo mismo ambicionar un honor que no te pertenece, que despreciar bienes tan grandes. Una cosa es peor que la otra: en la misma medida en que se diferencian el desprecio y la admiración. ¿Qué alma es tan miserable que desprecie bienes tan grandes? Yo no lo diría nunca de nadie, salvo que alguien sea torturado por un aguijón demoníaco.

Pero vuelvo de nuevo al lugar de donde me había apartado. Dios otorgó a los sacerdotes una capacidad mayor que a los padres carnales, no sólo para castigar sino también para hacer el bien. La diferencia entre ambos es tan grande como la diferencia entre la vida presente y la futura. Unos engendran para ésta, y otros para aquélla. Unos no podrían apartar la muerte corporal, ni alejar una enfermedad que sobre-

viene. Otros salvaron, a menudo, el alma enferma y a punto de perderse, procurando a unos un castigo moderado, evitando desde el principio que otros caigan, no sólo cuando enseñan y amonestan sino también cuando socorren por medio de las oraciones. Tienen poder para perdonar los pecados, no sólo cuando nos hacen renacer sino también después: *¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndolo con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará, y si hubiese pecado, se le perdonará*<sup>73</sup>. Así pues, los padres carnales, si sus hijos insultan a algún hombre rico y poderoso, no pueden ayudarles en nada, pero los sacerdotes reconcilian no con los príncipes y los reyes sino con Dios mismo, irritado frecuentemente con ellos. Después de esto, ¿se atreverá todavía alguien a acusarme de orgullo? Después de lo dicho, yo creo que las almas de los oyentes estarán invadidas de una piedad tan grande que acusarán de orgullo y atrevimiento no a los que han huido sino a los que aceptan de buen grado y se afanan por obtener para sí ese honor. Si a quienes se confía la autoridad de las ciudades, cuando no son inteligentes y demasiado agudos, echan abajo las ciudades y, además, se destruyen a sí mismos, al que le ha tocado en suerte embellecer a la esposa de Cristo, ¿cuánta fuerza, no sólo propia sino también de arriba, crees que necesita para no errar?

7. *Pablo sentía mucho miedo cuando miraba a la grandeza de la autoridad*

Nadie amó a Cristo más que Pablo, nadie mostró un celo mayor que él, nadie fue digno de una gracia ma-

yor<sup>74</sup>. Pero después de estas ventajas, tuvo todavía miedo y tembló por causa de esta autoridad y de los que estaban bajo su autoridad. Dice, en efecto: *Temo que, como la serpiente engañó a Eva, corrompa vuestros pensamientos alejándolos de la sencillez para con Cristo*<sup>75</sup>. Y en otro lugar: *Llegué a estar ante vosotros con temor y temblor*<sup>76</sup>. ¡Un hombre que había sido arrebatado al tercer cielo<sup>77</sup>, que había participado con Dios en las realidades inefables<sup>78</sup>, que había soportado tantas muertes como días vivió después de creer<sup>79</sup>, un hombre que ni siquiera quiso servirse del poder que Cristo le había otorgado, para que ninguno de los creyentes se escandalizase<sup>80</sup>! Si el que iba más allá de los mandamientos de Dios y en modo alguno buscaba su interés sino el de los que estaban bajo su autoridad<sup>81</sup>, estaba siempre tan lleno de miedo cuando consideraba la grandeza de la autoridad, ¿qué experimentaré yo, que busco frecuentemente mis propios intereses, que no voy más allá de los mandamientos de Cristo sino que los descuido las más de las veces? ¿Quién —dice— está débil, y yo no estoy débil? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abrazo?<sup>82</sup>. Así debe ser el sacerdote; más aún, no sólo así. Esto es poco, nada, con respecto a lo que voy a decir. ¿Qué es? *Desearía ser anatema de Cristo en favor de mis hermanos, los de mi raza según la carne*<sup>83</sup>. Si uno es capaz de emitir estas palabras, si uno tiene el alma con esos deseos, sería justo reprocharle que ha huido. Pero si uno carece de esa

virtud, como es mi caso, no es justo odiarlo si huye, sino si acepta.

8. *Cuando alguien ejerce una actividad pública, es empujado a pecar mucho si no posee una gran entereza*

Si, llegado el momento de elegir un alto cargo militar, los responsables de conferir el honor arrastrasen a la vista de todos a un herrero o a un talabartero o a cualquier otro artesano, y le confiasen el ejército, yo no podría alabar a ese desgraciado por no huir y hacer todo lo posible para evitar un mal manifiesto. Si bastase simplemente ser llamado pastor y ejercer el sacerdocio de cualquier manera y no existiese ningún peligro, acúseme de vanagloria el que quiera. Pero si el que recibe esa preocupación ha de tener mucha inteligencia y, con preferencia a la inteligencia, mucha gracia de Dios, rectitud de costumbres, pureza de vida y una virtud mayor que la que corresponde a un hombre, no me prives del perdón por no haber querido perderme en vano y a la ligera.

Si el capitán de un barco, con una carga de diez mil ánforas, llena de remeros y repleta de valiosas mercancías, me pusiera al timón y me ordenase atravesar el mar Egeo o el Tirreno, yo lo dejaría a la primera palabra. Y si alguien dijese: «¿Por qué?» Yo diría: «Para no hundir la nave». Allí donde hay pérdida de riqueza y peligro corporal hasta la muerte, nadie acusará a los que usan de mucha previsión. Pero allí donde se corre el peligro de naufragar, no en este mar sino en el abismo de fuego, donde aguarda la muerte, no la que separa el alma del cuerpo sino la que envía a ambos al castigo eterno, ¿os irritaréis y me odiaréis porque no me arrojo audazmente a un mal tan grande? No. Lo ruego y lo suplico. Conozco mi alma, sé que es débil y poca cosa. Conozco la grandeza de este ministerio y la gran dificultad del sacerdocio.

### 9. *Es alcanzado por la vanagloria y sus peligros*

El alma del sacerdote es sacudida por olas mayores que los vientos que agitan el mar. El escollo de la vanagloria es el más temible de todos, más adverso que los que inventan los forjadores de fábulas<sup>84</sup>. Muchos pudieron escapar, atravesándolo intactos. Para mí, es tan difícil que ni siquiera ahora, cuando ninguna necesidad me empuja a aquel abismo, puedo verme libre del peligro. Si alguien me confiase esta autoridad, de alguna manera me ataría las manos a la espalda y me entregaría a los monstruos que habitan en aquel escollo para ser despedazado cada día<sup>85</sup>. ¿Cuáles son los monstruos? Ira, desaliento, envidia, discordia, calumnias, acusaciones, mentira, hipocresía, maquinaciones, enojo contra quienes nada malo han hecho, placer al ver las torpezas de los colegas y aflicción por los éxitos, deseo de alabanzas, ansia de honor —esto, más que todo lo demás, precipita de cabeza al alma humana—, enseñanzas que buscan complacer, adulaciones groseras, lisonjas innobles, desprecio de los pobres, cuidado de los ricos, honores insensatos y favores perjudiciales, que hacen peligrar no sólo a quienes los procuran sino también a quienes los reciben, temor servil y propio sólo de los más ruines esclavos, muerte de la libertad de palabra, mucha apariencia de humildad pero nada de verdad, acusaciones que están fuera de lugar y reproches, sobre todo contra los humildes, más allá de la medida; en cambio, contra los que están revestidos de poder no se atreve a abrir los labios.

Aquel escollo produce todos estos monstruos y otros mayores. Quienes han sido dominados alguna vez por ellos,

se ven sometidos a una esclavitud tan grande que, incluso para agradar a las mujeres, con frecuencia realizan cosas que ni siquiera es bueno mencionar. La ley divina las rechazó de este ministerio, pero ellas se hacen violencia a sí mismas por entrar y como nada pueden por sí mismas, lo hacen todo por medio de otros y han adquirido un poder tan grande que eligen y rechazan a los sacerdotes que quieren. Lo de arriba, abajo –aquí se ve lo que dice el refrán–, los gobernados conducen a los que gobiernan; y ¡ojalá que sean hombres y no aquellas a quienes no se les ha confiado el enseñar<sup>86</sup>! ¿Por qué hablo de enseñar? El bienaventurado Pablo ni siquiera les permitió hablar en la iglesia<sup>87</sup>. A uno yo le oí decir que las habían hecho partícipes de tal libertad de palabra que incluso lanzaban reproches a los que presidían las iglesias y se dirigían a ellos con más dureza que los amos a sus propios criados. Nadie piense que hago caer sobre todos estas acusaciones. Pues hay, hay muchos que escapan a estas redes, e incluso son más numerosos que los atrapados por ellas.

#### *10. El sacerdocio no es causa de tales situaciones sino nuestra indolencia*

Yo no culparía al sacerdocio de estos males –¡Que no llegue nunca a tal grado de locura!–, como no culpo al hierro de los asesinatos, ni al vino de la embriaguez, ni a la fuerza de la violencia, ni a la hombría de la audacia irracional. Todos los que piensan de manera sensata dicen que culpables son quienes no usan, como conviene, los dones de Dios y, en cuanto tales los castigan. En efecto, el sacerdocio nos puede acusar justamente de que no lo prac-

ticamos con rectitud. Éste no es la causa de los males mencionados, sino que nosotros, al menos en la parte que nos concierne, lo deshonramos gravemente al confiarlo a hombres cualesquiera. Éstos, sin haber examinado primeramente sus almas y sin haber considerado la grandeza del sacerdocio, aceptan animosamente el don, pero, tan pronto como llegan a practicarlo, oscurecidos por la inexperiencia, colman con un sinfín de males a las gentes que les han sido confiadas. Esto, esto ha estado a punto de sucederme, si Dios no me hubiese librado con rapidez de aquellos peligros, teniendo compasión de su Iglesia y de mi alma.

Dime. ¿Cuál es, a tu parecer, el origen de tantos desórdenes en las Iglesias? Yo creo que tienen un único origen: las elecciones y designaciones de quienes las presiden se hacen con superficialidad y de cualquier manera. La cabeza debe ser la parte más fuerte para poder dominar los flujos nocivos del resto del cuerpo y restablecer el equilibrio necesario. Pero cuando ella misma se encuentra débil, al no ser capaz de rechazar los accesos que produce la enfermedad, se debilita más aún y, con ella, destruye el resto del cuerpo. Para evitar que esto sucediera ahora, Dios me conservó en el rango de los pies, que me había tocado en suerte desde el principio.

Además de lo dicho, Basilio, hay muchas cosas, muchas otras que un sacerdote necesita tener, pero yo no las tengo. Ha de tener una sobre todo. Es absolutamente necesario que su alma esté pura del deseo del sacerdocio. Si está apasionado por esta autoridad, cuando la alcanza, aviva el fuego con más fuerza; y, como ese deseo lo tiraniza, padece innumerables desgracias por mantener firme aquella autoridad, aunque sea necesario engañar, soportar algo innoBLE e indigno o gastar gran cantidad de dinero. No voy a exponer ahora cómo algunos llenaron las iglesias de asesinatos y cómo desolaron ciudades, luchando por esta auto-

ridad<sup>88</sup>. A algunos les parecerá que digo cosas increíbles. Creo que es necesario tener un temor tan grande al sacerdocio como para rehuir la carga desde el principio y, después de llegar a ella, no aguardar al juicio de los demás si alguna vez comete una falta merecedora de la destitución. Por el contrario, tiene que adelantarse y despojarse a sí mismo de la autoridad. De esta manera es verosímil que alcance misericordia de Dios. Perseverar en la dignidad más allá de lo conveniente es privarse de todo perdón y, más aún, inflamar la ira de Dios, añadiendo una segunda falta más grave. Pero no habrá nadie que se comporte de esa manera. Pues es verdaderamente temible, temible, ambicionar ese honor.

No digo esto, oponiéndome al bienaventurado Pablo sino de completo acuerdo con sus palabras: *Si uno desea el episcopado, anhela un buen asunto*<sup>89</sup>. Yo no digo que sea temible desear la actividad sino desear el dominio y el poder. Y creo necesario desterrar del alma este deseo con todo empeño y no consentir en aferrarse a esta autoridad, para que todo lo pueda hacer con libertad. El que no desea aparecer con esta autoridad, no tiene miedo a su destitución y, al no tener miedo, podrá hacer todo con la libertad que conviene a los cristianos. Los que temen y tiemblan de ser depuestos, soportan una esclavitud amarga y llena de un sinnúmero de males y se ven obligados muchas veces a chocar con los hombres y con Dios. El alma no debe hallarse en tal situación. En los combates, los soldados más valerosos luchan animosamente y caen virilmente. Así también han de desempeñar el ministerio sacerdotal los que han llegado a este gobierno y han de abandonarlo como conviene a hombres

cristianos, sabiendo que tal destitución no otorga una corona inferior a la que corresponde a la autoridad. Cuando alguien padece tal cosa por no aceptar nada inconveniente ni indigno de aquel honor, procura el castigo para quienes lo han destituido injustamente y una mayor recompensa para él. Dice: *Seréis bienaventurados cuando os injurien y os persigan y digan, con mentira, todo mal contra vosotros a causa mía. Alegraos y regocijaos, porque grande es vuestra recompensa en los cielos*<sup>90</sup>. Y esto ha de ser así cuando alguien es destituido por los que son del mismo rango, bien por envidia, bien por agradar a otros, bien por odio, o bien por cualquier otro motivo tortuoso. Cuando son los enemigos quienes ocasionan ese sufrimiento, creo que sobran razonamientos para mostrar cuánta ventaja le procuran por medio de su maldad.

Por todas partes hay que vigilar con cuidado e investigar con exactitud, para que no se inflame secretamente alguna chispa de aquel deseo. También es deseable que, si al principio están purificados de la pasión, puedan evitarla cuando llegan a la autoridad. Pero si, antes de alcanzar el honor, alguien alimenta en sí esa bestia temible y cruel, no es posible expresar el horno a que se arroja después de conseguirlo. Pero yo —y no creas que quiero engañarte con mi modestia— estoy dominado por esa pasión. Esto, unido a todo lo demás, me llenó de miedo y me inclinó a la huida. Los que anhelan los cuerpos, mientras pueden estar cerca de lo deseado, sufren el tormento de la pasión de manera más violenta y, cuando se alejan lo más posible de lo deseado, desaparece también la obsesión. Lo mismo les ocurre a quienes ambicionan la autoridad: cuando están cerca de ella, el mal se hace insoportable, pero, cuando pierden la esperanza, también se apaga el deseo junto con la espera. Esta

sola razón no es pequeña. Y aunque fuese la única, sería suficiente para que yo me apartase de esta dignidad.

Pero ahora se añade otra razón no menor. ¿Cuál es? El sacerdote tiene que ser prudente y perspicaz, y poseer ojos innumerables, pues no vive sólo para sí sino también para muchísima gente. Pero yo soy perezoso, dejado, y con dificultad me basto para mi propia salvación. Tú mismo lo puedes confesar, tú, que, por cariño, te afanas más que nadie en ocultar mis males. A mí no me hables de ayunos, ni de vigiliass, ni de jergones, ni de las demás mortificaciones corporales. Sabes cuán lejos estoy de ellas. Y aunque yo las practicasé con esmero, ni siquiera así podrían, por la presente indolencia, serme de alguna utilidad para aquel servicio de vigilancia. A un hombre encerrado en un pequeño habitáculo y ocupado solamente de sus cosas, esas mortificaciones le serían de gran utilidad. Pero para quien se tiene que dividir entre tantísima gente y ha de hacer suyas las preocupaciones de cada uno de los que han sido confiados a su autoridad, ¿qué ventaja podrían prestarle para el progreso de los fieles si no tiene un alma vigorosa y fortísima?

No te asombres si, junto con una firmeza tan grande, busco otra prueba del valor del alma. Despreciar la comida, la bebida y un lecho blando, para muchos no supone ninguna molestia, sobre todo para los que han vivido de una manera más rústica y han crecido así desde su más temprana edad. También para otros muchos. La disposición del cuerpo y la costumbre les hacen fácil la dureza de aquellas fatigas. Pero soportar la insolencia, la injuria, las palabras molestas, las burlas de los inferiores, unas veces dichas a la ligera, y otras, con justicia, los reproches hechos al azar y en vano por parte de los superiores y de los subordinados, no lo soportan muchos sino uno o dos. De hecho, es posible ver cómo los que son fuertes en aquellas mortificaciones se trastornan e irritan con estas afrentas, más que las fieras más salvajes. A éstos, sobre todo, yo los excluiría de

los recintos del sacerdocio. Si el que está al frente de los fieles no se reprime ante la comida y no anda descalzo, no daña a la comunión de la Iglesia. En cambio, un carácter violento produce grandes inconvenientes no sólo a quien lo posee sino también a quienes están cerca. Dios no amenaza a quienes no practican aquellas mortificaciones, pero la gehenna y el fuego de la gehenna amenaza a quienes se irritan por cualquier cosa. El que desea vivamente la gloria vana, cuando consigue el gobierno de muchos, alimenta el fuego. Lo mismo sucede con quien no es capaz de dominar su ira consigo mismo y en el trato con unos pocos. Cuando le es confiada la dirección de toda una multitud, se deja arrastrar fácilmente, como una fiera aguijoneada por muchos y de todas partes; no es capaz de vivir en paz; y dispone innumerables males a quienes le han sido confiados.

Nada turba tanto la pureza de mente y la limpieza de corazón como un temperamento desordenado y violento. *Echa a perder incluso a los prudentes*<sup>91</sup>. Entenebrecido como en un combate nocturno, el ojo del alma no encuentra la manera de distinguir a los amigos de los enemigos, ni a los indignos de los dignos, sino que trata a todos de una única manera, aunque para ello tenga que sufrir algún mal, soportando con complacencia cualquier cosa con tal de dar satisfacción al placer del alma. En efecto, un placer es el fuego de la cólera, y ejerce sobre el alma una tiranía más penosa que el placer, turbando toda la sana disposición del alma, de arriba a abajo. Lleva fuera de sí, hasta la locura, las enemistades inoportunas, el odio irracional y choques en general; dispone a tropezar continuamente a la ligera; y obliga a decir y hacer muchas otras cosas semejantes, pues el alma se precipita por la impetuosidad de la pasión y no tiene dónde apoyarse para resistir a una irritación tan grande.

*BASILIO* dijo: No soportaré que finjas más. ¿Quién no conoce lo alejado que estás de ese mal?

*JUAN*: ¿Por qué quieres, bienaventurado amigo, que yo me ponga cerca del fuego y excite la fiera que está tranquila? ¿Desconoces que yo logré dominarla no por virtud natural sino por el amor a la tranquilidad? ¿Desconoces que, en tal situación, lo deseable es permanecer conmigo mismo, tratar con uno o dos amigos y poder escapar a aquel incendio, antes que caer en el abismo de preocupaciones tan grandes? En este caso, uno se precipita a sí mismo, y a muchos otros con él, al abismo de la perdición, y los hace más indolentes en el desvelo por la moderación. Pues ordinariamente la muchedumbre de los fieles<sup>92</sup> está inclinada por naturaleza a mirar las costumbres de los que ejercen la autoridad, como una imagen al arquetipo, y a hacerse semejantes a ellos. ¿Cómo podría uno calmar el ardor de las pasiones de los fieles<sup>93</sup>, cuando él mismo está hinchado? ¿Quién, entre la gente, desearía ser moderado, cuando ve irascible a quien ejerce la autoridad? No es posible ocultar las debilidades de los sacerdotes. Por el contrario, hasta las más pequeñas se hacen rápidamente manifiestas. Un atleta, mientras permanece en casa y no lucha con nadie, puede pasar inadvertido por muy débil que esté, pero cuando se desnuda para el combate, se pone en evidencia rápidamente. Los hombres que llevan una vida particular y desocupada tienen la soledad como tapadera de los propios pecados. Pero si ejercen una actividad pública, se ven obligados a desnudarse de la soledad como de un manto y mostrar a todos las almas desnudas por medio de los movimientos externos.

Sus virtudes aprovechan a muchos, pues los exhortan a un celo idéntico, pero sus faltas ocasionan también negli-

gencia en el cultivo de la virtud y los disponen a relajarse en los esfuerzos por el bien. Por ello, la belleza de su alma tiene que brillar por todas partes para que pueda alegrar y juntamente iluminar a las almas de quienes lo miran. Los pecados de un hombre cualquiera, como han sido cometidos en cierta oscuridad, sólo echan a perder a quienes los han cometido. Pero la falta de un hombre señalado y conocido por muchos aporta a todos un perjuicio común, haciendo a quienes ya se habían venido abajo más negligentes en los esfuerzos por el bien y alentando a la desesperanza a quienes quieren dedicarse a ello. Por el contrario, las faltas de los sencillos, aunque sean conocidas, no producen a nadie una herida digna de consideración. Pero, sobre todo, los que están sentados en la cumbre de este honor, están manifiestos a todos y, según eso, aunque caigan en cosas pequeñas, las cosas pequeñas aparecen grandes a los demás. Todos miden el pecado no por lo que ha sucedido sino por la dignidad del que ha pecado. El sacerdote ha de estar protegido, como si fuese una armadura de acero, por un celo intenso y una sobriedad continua de vida; ha de mirar alrededor, por todas partes, para que nadie, encontrando un lugar desnudo y descuidado, le ocasione una herida mortal, pues todos están en derredor, dispuestos a herirlo y abatirlo. No sólo los enemigos y adversarios sino también muchos de los que fingen amistad.

Es necesario elegir almas de un temple semejante al de los cuerpos de aquellos santos que la gracia de Dios dio a conocer una vez en el horno de Babilonia<sup>94</sup>. Pues el alimento de este fuego no es el sarmiento ni la resina ni la estopa sino cosas más penosas aún. No está presente aquel fuego sen-

sible sino la llama de la envidia que todo lo devora y lo rodea, pues se alza de todas partes, ataca y examina la vida de los sacerdotes, superando al fuego que atacó y puso a prueba entonces los cuerpos de aquellos jóvenes. Cuando encuentra una huella pequeña de paja, se enlaza rápidamente y consume aquella parte caduca, pero a todo el resto de la construcción, aunque sea más brillante que los rayos del sol, la invade de humo y la oscurece toda. Mientras la vida del sacerdote esté bien trabada por todas partes, es inexpugnable a las insidias. Pero si descuida algo pequeño, como es natural que suceda en el hombre que atraviesa el muy engañoso mar de esta vida, ninguna de las demás buenas acciones le sirve para cerrar las bocas de los acusadores. Por el contrario, aquella pequeña falta oscurece todo lo demás, y todos quieren juzgar al sacerdote como si no estuviese revestido de carne y no tuviese una naturaleza humana, como si fuese un ángel y estuviese apartado de la debilidad del resto.

Le ocurre como al tirano. Mientras tiene poder, todos se estremecen y lo adulan porque no pueden aniquilarlo, pero cuando ven que la situación es propicia, los que hasta hace poco eran amigos, abandonan la reverencia hipócrita y se convierten de pronto en adversarios y enemigos. Y como conocen todos sus puntos débiles lo atacan y lo separan de la autoridad. Así sucede también con los sacerdotes: quienes los honraban y adulaban hace nada, mientras tenía poder, en cuanto encuentran un pequeño punto flaco, se disponen con dureza a aniquilarlo no como al tirano sino con más crueldad incluso. Y así como éste tiene miedo a su guardia personal, así también aquél teme a los cercanos y a sus compañeros de sacerdocio más que a nadie. Pues otros no desean tanto su autoridad, ni conocen tanto sus debilidades como ellos. Como están cerca, una cosa de éstas la perciben antes que los demás, pueden fácilmente ser creídos, incluso cuando calumnian, y pueden vencer al calumniado hacien-

do grande lo pequeño. La palabra del Apóstol<sup>95</sup> ha sido vuelta del revés: Si un miembro sufre, se alegran todos los miembros. Si un miembro es glorificado, sufren todos los miembros, a no ser que alguien, con mucho cuidado, sea capaz de hacer frente a todo.

¿A una guerra tan grande me envías? ¿Piensas que mi alma será capaz de una lucha tan complicada y diversa? ¿De dónde y de quién te viene ese conocimiento? Si Dios te lo reveló, muéstrame el oráculo, y creeré. Pero si no lo tienes sino que eres portador de la opinión humana, en ese caso deja de engañarte. En lo relativo a mi vida, es justo que me creas a mí antes que a otros, porque nadie *conoce el espíritu del hombre a no ser el espíritu del hombre que está en él*<sup>96</sup>. Creo, si no antes, al menos ahora, haberte convencido con estas palabras de que yo mismo y los que me eligieron habríamos llegado a ser el hazmerreír si hubiera aceptado esta autoridad, y, finalmente, me habría tenido que encaminar al género de vida que ahora llevo.

No sólo la envidia sino el deseo de esta autoridad, mucho más violento que la envidia, hace que muchos se armen contra quien la posee. Y como los hijos codiciosos agobian la vejez de los padres, así también algunos, cuando ven que el sacerdocio se prolonga durante mucho tiempo, puesto que no es correcto matar, se esfuerzan en despojarlo de la autoridad, deseando todos estar en lugar de aquél y esperando cada uno que la autoridad venga a recaer sobre él.

#### 11. *Es necesario que el deseo de poder sea desterrado del alma del sacerdote*

¿Quieres que te muestre también otro aspecto de este combate, lleno de innumerables peligros? Ve y asómate a

las fiestas públicas en las que se acostumbra a elegir a las autoridades eclesiásticas y verás que el sacerdote es alcanzado por tantas acusaciones cuanta es la muchedumbre de los que están bajo su autoridad. Todos los que tienen derecho para conferir el honor se dividen en muchos partidos, y no podrías ver que en la asamblea de los presbíteros estén de acuerdo los unos con los otros, ni tampoco con el que recibe el episcopado. Por el contrario, cada uno permanece en su postura: éste prefiere a uno, y aquél, a otro. La razón: nadie mira a lo único que se debe mirar, la virtud del alma, sino que existen incluso otros motivos para conferir este honor. Por ejemplo, uno dice: «Téngase en cuenta que es de una familia ilustre»; y otro dice que fulano debe ser elegido porque posee una gran fortuna y no necesitaría alimentarse de los ingresos de la Iglesia; y otro dice que mengano debe ser elegido porque desertó de los enemigos<sup>97</sup>. Y otro se afana en elegir al que se comporta familiarmente con él; otro, al que es pariente; y otro, al más lisonjero de todos. Nadie quiere mirar al que es apto ni examinar su alma.

Yo estoy tan lejos de considerar que estas razones sean dignas de fe para la prueba de los sacerdotes que ni siquiera a quien mostrase una gran piedad, que para mí contribuye no poco a aquella autoridad, me atrevería a elegirlo al punto por esa razón. A la piedad ha de añadir gran inteligencia. Pues conozco a muchos que se pasaban todo el tiempo encerrados y se consumían con ayunos<sup>98</sup>. Mientras les fue posible estar solos y ocuparse de sus cosas, fueron estimados de parte de Dios, y cada día adelantaban no poco

en aquella filosofía<sup>99</sup>. Pero cuando se encontraron en medio de la gente y se vieron obligados a corregir las faltas de la muchedumbre, unos no tuvieron la autoridad suficiente para tal empresa, y otros, forzados a permanecer, abandonaron la ascesis anterior, se causaron a sí mismos grandísimos daños y en nada fueron útiles a otros.

Si uno ha gastado todo el tiempo de su vida en el último escalón del ministerio y llega a la extrema vejez, no lo conduciremos a la autoridad superior simplemente por consideración a la edad. ¿Por qué, si continúa siendo inepto después de aquella edad? No digo ahora esto por querer deshonrar las canas ni por legislar que quienes proceden del coro de los monjes sean excluidos por completo de la presidencia de las Iglesias —pues muchos de los que han venido de aquel rebaño<sup>100</sup> han brillado en el ejercicio de esta autoridad—. Más bien, me esfuerso en mostrar que si ni la piedad en sí misma ni los muchos años bastan para ser digno del sacerdocio, menos aún bastarán los motivos antes mencionados. No faltan los que aducen otros motivos más absurdos. Unos son elegidos para el orden del clero para que no se pasen a los contrarios<sup>101</sup>; otros son elegidos por su maldad y para que no causen un gran daño después de haber sido despreciados. ¿Puede existir algo más inicuo? Hombres miserables y repletos de innumerables males reciben el honor precisamente por aquello por lo que habría que castigarlos y no convendría que ni siquiera franqueasen el umbral de la Iglesia. Por esas razones, suben incluso hasta la dignidad sacerdotal. Dime. ¿Buscaremos aún la causa de la ira de Dios, cuando permitimos que hombres perversos y absolutamente indignos ultrajen asuntos tan grandes y temibles? Cuando a unos se les confía el gobierno

de cosas que nada les convienen, y a otros se les confía el gobierno de cosas que superan con mucho su particular capacidad, la Iglesia no se diferencia en nada del estrecho de Euripo<sup>102</sup>.

Antes, yo me mofaba de las autoridades paganas, porque distribuyen los honores no en función de la virtud de las almas sino en función de las riquezas, la abundancia de años y las infamias humanas. Cuando oí que este absurdo había irrumpido también entre nosotros, ya no se me hacía el asunto tan extraño. ¿Puede extrañar que cometan estas faltas hombres mundanos, deseosos de la gloria que otorga la muchedumbre y ávidos de riqueza en todas sus actuaciones, cuando los que dicen haberse apartado de esto no se conducen mejor? Mantienen el combate por los cielos como si se tratase de fanegas de tierra u otra cosa semejante. Toman, sin más, a hombres cualesquiera y los ponen al frente de aquello por lo que el Hijo Unigénito de Dios no rehusó vaciarse de su gloria, hacerse hombre, tomar la forma de siervo<sup>103</sup>, ser escupido y azotado y morir ignominiosamente por medio de la carne. No sólo se atreven a esto, sino que además añaden absurdos mayores. Pues además de elegir a hombres indignos, rechazan a los que son idóneos. Como si fuese necesario dañar la estabilidad de la Iglesia por ambos lados o como si el primer motivo no fuese suficiente para inflamar la ira de Dios, unen el segundo motivo, no menos malévolo. Creo que es igualmente terrible rechazar a los idóneos y admitir a los ineptos. Con ello se intenta que el rebaño de Cristo no pueda encontrar alivio de ninguna parte, ni tomar aliento.

¿No merecen estas cosas que caigan un sinfín de rayos?  
¿No son merecedoras de una gehenna más terrible que la  
que ahora nos amenaza? Pero el que no quiere la muerte  
del pecador soporta y aguanta tan grandes males para que  
se convierta y viva<sup>104</sup>. ¿Cómo podría uno admirar adecua-  
damente su amor por el hombre? ¿Cómo podría uno ad-  
mirar convenientemente su misericordia? Los de Cristo des-  
truyen las cosas de Cristo más que los adversarios y ene-  
migos, pero Él, que es bueno, se conduce con misericordia  
y llama a conversión. ¡Gloria a Ti, Señor, gloria a Ti! ¡Qué  
profundo amor por el hombre hay en Ti! ¡Qué riqueza de  
paciencia! Procedían de la vulgaridad y el deshonor; han lle-  
gado a ser honrados y famosos por tu nombre; han usado  
el honor contra quien los había honrado; osan cosas que  
uno no puede osar e injurian las realidades sagradas, rechaza-  
ndo y despreciando a los buenos, para que los malos des-  
truyan a su antojo, con tranquilidad y audacia extremas. Y  
si quieres conocer las causas de esta desgracia, son seme-  
jantes a las primeras. Tienen como raíz y, como alguien po-  
dría decir, como única madre, la envidia. No son de un solo  
tipo sino que se diversifican. Dicen: «Sea rechazado éste  
porque es joven»; «éste, porque no sabe halagar»; «éste, por-  
que está en desacuerdo con fulano»; y «éste, para que fula-  
no no se entristezca, viendo que el propuesto por él ha sido  
rechazado y, en cambio, ha sido elegido este otro»; «éste,  
porque es virtuoso y honrado»; «éste, porque atemoriza a  
los pecadores»; «éste, por cualquier otra razón de ese esti-  
lo». No; no están faltos de los motivos que quieran. Cuan-  
do no tienen otra cosa que decir, también les es posible pre-  
textar la abundancia de bienes; o que no debería ser con-  
ducido de golpe hasta ese honor, sino con calma, poco a  
poco. Y podrían encontrar otras razones, cuantas quisiesen.

Ahora yo te preguntaré de buena gana: ¿qué debe hacer un obispo que lucha contra tales vientos? ¿Cómo se mantendrá frente a tan grandes olas? ¿Cómo rechazará todos esos ataques? Si trata el asunto con rectitud, todos son adversarios y enemigos para él y para los elegidos, y hacen todo por rivalidad hacia él. Organizan disensiones diariamente, se burlan sin parar de los que han sido elegidos, hasta que o los expulsan o introducen a los suyos. Entonces sobreviene una situación similar a la de un piloto que tiene dentro de su nave piratas que navegan con él y que tienden asechanzas a los marineros continuamente y a cada momento. Si acoge a los que no son idóneos y prefiere ser grato a estos hombres antes que a su propia salvación, tendrá a Dios como enemigo. ¿Qué puede ser más terrible? La relación con éstos le resultará más difícil que antes, pues se ayudan los unos a los otros y se hacen más fuertes. Cuando unos fuertes vientos, de dirección contraria, chocan los unos con los otros, la mar que hasta entonces estaba en calma, se mueve furiosa de repente, se levanta y destruye a los navegantes. Así sucede también con la tranquilidad de la Iglesia: una vez que ha acogido a hombres funestos, se llena de vendavales y de muchos naufragios.

Considera las cualidades de quien está dispuesto a resistir una tempestad tan grande y a solucionar adecuadamente obstáculos tan grandes en bien de la comunidad. Hay que ser respetable y sencillo, temible y bondadoso, enérgico y benévolo, íntegro y servicial, humilde y no servil, fuerte y manso, para poder luchar fácilmente contra todas estas cosas, para introducir con mucha autoridad al idóneo, aunque todos se opongan, y para no admitir con la misma autoridad al que no es idóneo, aunque todos lo apoyen, sino mirar sólo a una cosa, la construcción de la Iglesia, sin hacer nada por enemistad o por agradar.

¿No te parece que he rechazado con razón el ministerio sacerdotal? Y aún no he acabado de exponerte todo.

Puedo decir además otras cosas. Cuando un hombre, que es amigo auténtico, quiere convencerte, no te canses de aceptar las razones por las que se justifica de los reproches que le diriges. Te son útiles para mi defensa y te procuran además una gran utilidad para el ejercicio del sacerdocio. El que va a marchar por este camino de la vida ha de investigar previamente todo y dedicarse así al ministerio. ¿Por qué? Porque, aunque no tenga ninguna otra ventaja, al menos, cuando le sobrevengan las dificultades, no sufrirá con desconocimiento, pues lo conoce todo con claridad.

## 12. *Las viudas*

¿Quieres que nos ocupemos primeramente del cuidado de las viudas? ¿O de la solicitud por las vírgenes? ¿O de la dificultad de la actividad judicial? La preocupación por cada una de estas cosas es diferente; y el miedo, mayor que la preocupación. Comenzaremos por lo que parece más fácil. Los que se ocupan del cuidado de las viudas parecen limitar su preocupación al gasto económico que suponen<sup>106</sup>.

Pero no es así. Hace falta también un examen cuidadoso cuando hay que inscribirlas, pues cuando han sido inscritas simplemente y de cualquier manera, se ha ocasionado un sinnúmero de desgracias. Destruyeron familias, separaron matrimonios y fueron convictas de haber obrado mal: robos, comercio ilícito y otras cosas semejantes. Mantener a tales viudas con los recursos de la Iglesia, atrae el castigo de Dios y el más duro reproche de los hombres. Además hace más negligentes a quienes desean hacer el bien. ¿Quién podría aceptar que las riquezas dadas a Cristo, según lo establecido, sean gastadas en quienes deshonran el nombre de Cristo? Por ello, hay que hacer un examen grande y exacto, de manera que ni las mencionadas ni las que pueden bastarse a sí mismas perjudiquen la mesa de los menesterosos.

Después de este examen, viene otra preocupación no pequeña para que el alimento les fluya continuamente, como si se tratase de fuentes, y no falte nunca. La pobreza forzada es de alguna manera un mal insaciable, quejoso y desagradable. Hace falta mucha inteligencia y mucho celo para cerrar sus bocas y eliminar todo motivo de reproche. Muchos, cuando ven a alguien desprendido, inmediatamente opinan que ése es idóneo para esta administración. Pero yo considero que no le basta esa magnanimidad, sino tenerla por encima de las demás cualidades —sin ésta sería más un destructor que un protector y un lobo en lugar de un pastor— y, además de ésta, hay que indagar si posee otra. Me refiero a la paciencia, que es la causa de todos los bienes para los hombres, asegurando y llevando al alma como a un

puerto tranquilo. Pues el grupo de las viudas, por su pobreza, su edad y naturaleza, hace uso de una libertad de palabra sin límites —es mejor decirlo así—, gritan a destiempo, acusan sin fundamento, se lamentan cuando tienen que dar gracias y critican cuando tienen que acoger con agrado. El que preside ha de soportar todo con nobleza y no ha de irritarse por los reproches inoportunos ni por las quejas sin motivo. Es justo compadecer a las viudas por su desgracia, no maltratarlas. Pisotear sus sufrimientos y añadir al dolor por la pobreza el dolor por el maltrato, sería de una crueldad extrema.

Existió un hombre muy sabio<sup>107</sup>; sabía de la codicia y del orgullo de la naturaleza humana; conocía que la naturaleza de la pobreza, al ser penosa, abate al alma más noble y, con frecuencia, la impulsa a obrar sin miramientos. Para que nadie se irritara ante las exigencias y para que, por la reiteración de sus súplicas, no se convirtiese en enemigo quien estaba obligado a ofrecer auxilio, exhortaba a ser bondadoso y afable con el necesitado, diciendo: *Inclina, con agrado, tu oído al pobre y respóndele con mansedumbre palabras de paz*<sup>108</sup>. Dejando a un lado al que irrita —¿qué podría uno decir al que está abatido?—, trata<sup>109</sup> con el que puede soportar su debilidad y exhorta a levantarlo, más que con la dádiva, con la dulzura de la mirada y la mansedumbre de las palabras.

Si uno no acoge sus peticiones y, por el contrario, las cubre de un sinfín de reproches, las maltrata y se irrita contra ellas, aunque les dé lo que piden, no alivia la tristeza que procede de su pobreza sino que, con las recriminaciones,

aumenta su desgracia. Si se ven muy forzadas a obrar sin miramientos por la necesidad del estómago, sufren, sin embargo, por esta violencia. Cuando se ven obligadas a mendigar por miedo al hambre y a conducirse sin miramientos por tener que mendigar y, a su vez, a ser recriminadas por conducirse sin miramientos, la fuerza inconstante de la tristeza, llevando una gran oscuridad, se abate sobre sus almas. El que cuida de ellas ha de ser tan paciente que no sólo no les aumente la tristeza con sus reproches, sino que calme la mayor parte de la tristeza existente mediante el consuelo. El que es ultrajado no se da cuenta de la utilidad de las riquezas a causa de la herida del ultraje. Así también, el que ha escuchado una palabra bondadosa y ha recibido lo que se le daba con consuelo, se alegra y se regocija más. La manera de dar duplicó el don. Y no digo estas cosas por mí mismo sino por aquel que exhortó primeramente: *Hijo, no des reproches con los bienes ni tristeza de palabra en cualquier don. ¿El rocío no hará cesar el calor ardiente? Así también, la palabra es más poderosa que el don. La palabra está por encima del don bueno, y ambos se encuentran en el hombre que está lleno de gracia*<sup>110</sup>.

El protector de las viudas no sólo ha de ser benigno y paciente sino también, y no menos, un buen administrador. Si esto falta, los recursos de los pobres se encuentran expuestos, a su vez, a un peligro proporcional. A uno se le había confiado este servicio y amontonaba muchas riquezas; no se las comió pero tampoco las gastó en los necesitados, a no ser un poco. La mayor parte la enterró y la guardó. Sobrevino una adversidad, y entregó las riquezas en manos de los enemigos. Hace falta mucha prudencia para que la riqueza de la Iglesia no sea excesiva ni insuficiente. Hay que distribuir rápidamente todos los recursos a los ne-

cesitados y reunir los tesoros de la Iglesia gracias a la solicitud de los fieles.

La hospitalidad a los extranjeros y los cuidados de los enfermos ¿cuánto gasto crees que exigen?, ¿cuánto esmero e inteligencia por parte de los que están al frente? Los bienes nunca son inferiores al gasto ya mencionado sino, con frecuencia, mayores. Y quien está al frente ha de ser un administrador piadoso y sensato para procurar que quienes poseen den lo suyo con empeño y sin tristeza y, al cuidar del consuelo de los enfermos, no hiera las almas de los donantes. Es necesario mostrar en este punto un deseo y un celo mucho mayor. Pues los enfermos son de alguna manera apáticos y difíciles de contentar. Si no se pone por todas partes mucho esmero y preocupación, basta el más pequeño olvido para ocasionar grandes males al enfermo.

### 13. *Las vírgenes*

El miedo es mayor cuando se trata del cuidado de las vírgenes, en cuanto que el bien es más precioso, y esta grey es más regia. También en el coro de estas santas, han entrado un sinnúmero de ellas repletas de males, pero el dolor es mayor en este caso. No es igual que peque una muchacha libre o su sierva, ni es igual que peque la virgen o la viuda. A las viudas les resulta indiferente hablar neciamente, injuriarse unas a otras, adular, obrar sin pudor, aparecer en todas partes y recorrer el ágora. Pero la virgen se desnudó<sup>111</sup> para combates mayores, se esforzó por conseguir la filosofía de arriba<sup>112</sup>, hizo profesión de mostrar sobre la tie-

rra la conducta de los ángeles<sup>113</sup> y está destinada a conseguir con esta carne lo propio de las Potencias incorpóreas. No debe dedicarse a ir y venir inútilmente ni le está permitido hablar a la ligera y en vano. Por el contrario, conviene que ni siquiera conozca las palabras ofensivas ni las aduladoras.

Por ello, está necesitada de una vigilancia segurísima y de una fuerza mayor. El enemigo de la santidad está siempre al acecho —sobre todo, con ellas—; las asedia, dispuesto a devorar<sup>114</sup> a la que resbale y caiga. Muchos hombres tienden también maquinaciones y, además de todo esto, está la locura de la naturaleza. Ella tiene que presentar batalla en dos frentes: el que ataca desde fuera y el que perturba desde dentro. Por ello, el temor es grande para el que preside, pero es mayor el peligro y el dolor si sucede alguna cosa desagradable —¡ojalá que no sea así!—. Si *una hija es para un padre un insomnio secreto y la preocupación por ella le quita el sueño*<sup>115</sup>, porque tiene mucho miedo de que sea estéril o porque se aje o sea aborrecida, ¿qué sufrirá el que no se preocupa de ninguna de estas cosas sino de otras mayores? Aquí no es un hombre al que se desatiende sino al mismo Cristo. La esterilidad no acaba en los reproches; la desgracia acaba en la perdición del alma. Dice [la Escritura]: *Todo árbol que no da buen fruto es cortado y arrojado al fuego*<sup>116</sup>. Y a quien es aborrecida por el Esposo no le basta tomar el libelo de repudio y marchar, sino que le da como castigo eterno el suplicio del aborrecimiento. El padre, según la carne, tiene muchos medios que le facilitan la vigilancia de la hija. En efecto, la madre, la nodriza, la multitud de sirvientas y la seguridad de la casa ayudan al progenitor en la vigilancia de la virgen. No permite que continuamente se

eche al ágora, ni, cuando se echa, está obligada a lucirse con cualquiera: la oscuridad del atardecer y las paredes de la casa ocultan a la que no quiere aparecer. Dejado esto a un lado, se ve libre de todo motivo que la obligue a venir a la vista de los hombres. En efecto, no la empujan a ello ni la preocupación de las cosas necesarias ni las injurias de los injustos ni ninguna otra cosa semejante, pues tiene a su padre para todas esas situaciones. Ella tiene una sola preocupación: no obrar ni decir nada indigno de la decencia que le conviene.

En el caso de las vírgenes, hay muchas cosas que al padre<sup>117</sup> le hacen la vigilancia difícil, más aún, imposible. No puede tenerla en su casa. Tal convivencia no es decente, ni carece de peligros. Pues aunque no se ocasionen ningún perjuicio y, por el contrario, conserven intacta la santidad, darán cuenta de las almas que escandalizaron, no menos que si hubieran pecado entre sí<sup>118</sup>. Como no es posible la convivencia, se hace difícil conocer los movimientos del alma, cortar los que se producen sin orden, fomentar los que se producen con orden y armonía y conducirlos a lo mejor. Tampoco es fácil vigilar las salidas. En efecto, la pobreza y la carencia de vigilancia le impiden ser un vigilante perfecto de la modestia que conviene a una virgen. Cuando se la obliga a suministrarse todo, tiene muchos motivos para ir y venir, si no quiere ser discreta. El que le manda permanecer continuamente en casa y cortar todas estas excusas, ha de ser también quien le ofrezca las cosas necesarias suficientes y aquella que le pueda servir para ello. Es necesario apartar-

las de los funerales y de las vigiliat. Puet aquella astuta serpiente sabe también sembrar su veneno por medio de acciones virtuosas. La virgen ha de estar defendida por todas partes y ha de salir de la casa rara vez a lo largo de todo el año, cuando razones inexorables y necesarias lo exijan.

Si alguno dice que el obispo no tiene necesidad de ejercer ninguna de estas obras, sepa que las preocupaciones y las responsabilidades de cada uno recaen en él. Es mucho mejor que el obispo atienda por sí mismo a todas las cosas y se aparte de las acusaciones que necesariamente ha de soportar por los errores de otros, que descuidar el ministerio y tener miedo a ser castigado por las acciones que otros cometieron. Además, el que hace estas cosas por sí mismo lo realiza todo con buen temple. Pero el que se ve obligado a hacer esto después de haber convencido los ánimos de todos, no tiene un alivio tan grande por haber abandonado el trabajo personal cuanto molestias y desaprobaciones a causa de los que se oponen y luchan contran sus decisiones. Pero yo sería incapaz de enumerar todas las preocupaciones que causan las vírgenes. Cuando hay que inscribirlas, no ofrecen molestias pequeñas al encargado de esta tarea.

#### 14. *La actividad judicial*

La actividad judicial<sup>119</sup> ocasiona innumerables molestias, mucho quehacer y dificultades tan grandes que ni siquiera soportan los jueces civiles. Descubrir lo justo es una tarea

ardua, y es difícil que no lo corrompa quien lo encuentra. Al quehacer y la dificultad se añade un peligro no pequeño. Ya algunos hombres débiles cayeron en dificultades y naufragaron en la fe<sup>120</sup> por no encontrar protección. Muchos de los que han sufrido alguna injusticia detestan a quienes no los protegen, tanto como a los que han cometido con ellos la injusticia. No quieren tener en cuenta la discrepancia de los pareceres, ni la dificultad de las circunstancias, ni el límite del poder sacerdotal, ni ninguna otra cosa semejante, sino que son jueces inexorables, que conocen una sola defensa: la liberación de los males que los están afligiendo. El que no puede ofrecer esta liberación, aunque ofrezca innumerables razones, no escapará nunca a sus reproches.

Y ya que he hablado de protección, te voy a revelar otro motivo de reproches. Si el que ejerce el episcopado no va y viene cada día a las casas más que los visiteros, los descontentos en este punto son incontables. No sólo los enfermos sino también los sanos quieren ser visitados por el obispo, pero la mayoría rivalizan no por la piedad que los invita a ello, sino más bien por el honor y la dignidad. Si porque apremia una necesidad, ve con más frecuencia a uno de los más ricos y poderosos por el bien común de la Iglesia, al punto desde ese momento se le atribuye fama de adulador y lisonjero. ¿Y por qué hablo de protecciones y visitas? Solamente por los saludos, soportan un peso de acusaciones tan grande que, con frecuencia, sufren y se desalientan por el disgusto. Dan cuenta hasta de una mirada. Pues la mayoría analiza meticulosamente lo que ellos hacen con sencillez; y así, examinan el tono de la voz, la disposición de la mirada y la risa. Se dice: «Sonrió mucho a fulano y le habló con rostro alegre y en voz alta, pero a mí menos y

de cualquier modo». Y si, cuando muchos están sentados con él, no mira a todas partes mientras dialoga, muchos dicen que ese proceder es un desaire.

¿Quién, si no es muy fuerte, resistiría a tantos acusadores, ya sea para no ser en absoluto acusado por ellos, ya sea para escapar después de la acusación? En efecto, no hay que tener siquiera acusadores. Pero si esto no es posible, es necesario liberarse de sus acusaciones. Y si esto no es fácil sino que algunos se deleitan acusando en vano y a la ligera, hay que resistir noblemente al desaliento que producen estas acusaciones. En efecto, el que es acusado con justicia, puede soportar fácilmente al acusador. No existe acusador más duro que la conciencia y, cuando ésta, que es severísima, nos condena previamente, soportamos fácilmente a los de fuera, que son más indulgentes. El que no tiene conciencia de haber obrado mal alguno, cuando es acusado en vano, rápidamente se deja arrastrar a la cólera y cae fácilmente en el desaliento si antes no ha dispuesto el alma para soportar las necedades de la gente. No es posible, no es posible que, si alguien es acusado en falso y a la ligera y es condenado, no se turbe y sufra ante una falta de consideración tan grande.

¿Qué puede uno decir de la tristeza que soportan cuando es necesario separar a uno de la plenitud de la Iglesia? ¡Ojalá que la desgracia se limite a la tristeza! También en este caso es una ruina no pequeña. Pues existe el temor de que, si alguno es castigado más allá de lo conveniente, sufra además aquello que dijo el bienaventurado Pablo: *que sea consumido por una tristeza excesiva*<sup>121</sup>. En estos casos, hace falta muchísimo esmero para que el principio de la utilidad no llegue a ser para él motivo de un daño mayor. El médico que no corta bien la herida comparte la cólera a propósito de cada uno de los yerros que cometa aquél después de

un tratamiento de este tipo. ¿Cuántos castigos tiene que aguardar cuando no sólo se le pedirá cuenta de sus pecados sino que también está expuesto al peligro extremo por los pecados de los demás? Si nos estremecemos al dar cuenta de nuestra propias faltas porque no podremos evitar aquel fuego, ¿qué espera sufrir quien ha de defenderse de faltas tan graves? Esto es verdad. Escucha al bienaventurado Pablo cuando dice, o mejor, no a él, sino a Cristo que habla en él<sup>122</sup>: *Obedeced a vuestros jefes y sed dóciles porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta*<sup>123</sup>. ¿Es pequeño el miedo de esta amenaza? No es posible expresarlo. Pero todas estas cosas son suficientes para que los incrédulos y los severos se convenzan de que no huí dominado por la soberbia o por la vanagloria, sino porque tenía miedo de mí mismo y tuve en consideración la carga del sacerdocio.

## LIBRO CUARTO

1. *No sólo los que se afanan por entrar en el clero sino también los que sufren coacción para entrar, son duramente castigados cuando pecan*

*BASILIO*, después de haber escuchado estas cosas, aguardó un poco y dijo:

Si tú te hubieses empeñado en poseer esta autoridad, tu temor tendría fundamento. En efecto, si alguien confiesa ser idóneo para el gobierno de un asunto y se esfuerza por conseguirlo, no le es posible, una vez que se le ha confiado, refugiarse en el desconocimiento cuando se equivoca. Él, por haberse adelantado, se ha desposeído de esta defensa al precipitarse y tomar rápidamente el ministerio. El que voluntaria y gustosamente ha accedido a él no podría decir: «yo hice mal tal cosa sin querer», ni: «yo he echado a perder a fulano sin querer». El que lo sentencie dirá: «¿Y por qué, cuando eras consciente de tan gran desconocimiento y no tenías inteligencia suficiente para practicar este oficio de manera irreprochable, te esforzaste y te atreviste a aceptar tareas que superan tu propia capacidad? ¿Quién te obligó? ¿Quién fue el que te arrastró a la fuerza cuando te apartabas y huías?». Pero tú no escucharás ninguna de estas cosas. Ni tú mismo te podrías reprochar una cosa semejante. Y a todos es manifiesto que tú no te has afanado ni mucho ni poco por este honor, sino que la buena acción corresponde a otros. Lo que a aquéllos no les permite tener perdón

para sus faltas, a ti te ofrece mucho fundamento para la defensa.

Mientras él hablaba, yo movía la cabeza y me sonreía dulcemente. Yo lo admiraba por la sencillez y le dije:

*JUAN:* Yo querría también que fuera así, como tú dices, el más amado de todos, no para poder aceptar lo que ahora he rehuido. Pues aunque no me aguardase ningún castigo por ocuparme del rebaño de Cristo de cualquier manera y sin experiencia, para mí sería más terrible que cualquier castigo el hecho de que, habiéndoseme confiado asuntos tan grandes, me mostrase tan miserable ante el que me los ha confiado. ¿Por qué desearía yo que tu opinión fuese acertada? Para que a los miserables y desgraciados —pues así es necesario llamar a los que no consiguen ejercer bien el sacerdocio, aunque digas sin cesar que fueron conducidos por la fuerza y que pecaron por desconocimiento— les sea posible evitar aquel fuego inextinguible<sup>124</sup>, la tiniebla exterior<sup>125</sup>, el gusano que no muere<sup>126</sup>, cuando sean separados y perezcan con los hipócritas<sup>127</sup>. Pero ¿qué me pasa contigo? No es así, no es así.

Y si quieres, te ofreceré los motivos para que creas en lo que he dicho. En primer lugar, lo haré a partir de la realeza, aunque Dios no la aprecia tanto como al sacerdocio. Saúl, el hijo de Quis, llegó a ser rey sin esforzarse por conseguirlo. El marchó a buscar las asnas y se dirigió al profeta<sup>128</sup> para preguntarle por ellas, pero éste trató con él de la realeza<sup>129</sup>. Y ni siquiera así se precipitó, a pesar de que estaba escuchando a un profeta, sino que rehusaba y se excusaba diciendo: «¿Quién soy yo y qué es la casa de mi

padre? ¿Por qué?»<sup>130</sup>. Una vez que hizo mal uso del honor que le había sido concedido por Dios, ¿consiguieron esas palabras apartarlo de la cólera de quien lo había hecho subir al trono?<sup>131</sup> Sin embargo, Saúl podría haber dicho al que lo acusaba: «¿Acaso me precipité yo a la realeza? ¿Acaso yo me lancé a ese poder? Yo quería vivir la vida de los particulares, tranquila y sosegada, pero tú me arrastraste a este honor. Si yo hubiera permanecido en aquella sencillez, yo habría estado cómodamente apartado de estas dificultades. En efecto, si yo hubiera sido uno de tantos y un desconocido, no se me habría encargado esta tarea, ni Dios me habría confiado la guerra contra los amalecitas. Y si no me la hubiese confiado, yo no habría cometido este pecado».

Pero todas estas excusas son débiles para una defensa, no sólo débiles sino también peligrosas, e inflaman la ira de Dios. El que ha sido honrado por encima de su mérito no ha de poner como excusa la grandeza del honor para defenderse de sus pecados, sino que ha de servirse de la gran solicitud de Dios por él para progresar grandemente hacia lo mejor. Quien, por haber alcanzado un honor superior, cree que, por ello, le está permitido pecar, se esfuerza en mostrar que la causa de sus pecados es el amor de Dios. Esto lo acostumbran a decir los impíos y los que viven de una manera negligente. Pero es necesario que no nos encontremos en esa situación, ni caigamos en su locura, sino que nos esforcemos en todas partes en aportar nuestra capacidad y tener una lengua y un pensamiento propicios.

Dejando a un lado la realeza, vengamos ahora al sacerdocio del que estamos tratando. Tampoco Elí<sup>132</sup> se esforzó en conseguir la autoridad. ¿De qué le sirvió cuando pecó?

¿Y por qué hablo de conseguir? Aunque hubiese querido, no le hubiera sido posible escapar por la obligatoriedad de la ley. En efecto, era de la tribu de Leví y tenía que aceptar la autoridad que le sobrevenía por su linaje. Sin embargo, él pagó una pena no pequeña por la desfachatez de sus hijos. ¿Y qué le sucedió al primer sacerdote de los judíos<sup>133</sup>, sobre el que Dios habló cosas tan grandes con Moisés? Por no ser capaz de resistir a la locura de una muchedumbre tan grande, casi llegó a perecer, si la protección de su hermano no hubiera aplacado la ira de Dios<sup>134</sup>.

Puesto que he recordado a Moisés, es bueno mostrar también la verdad del razonamiento a partir de lo que le sucedió. El bienaventurado Moisés estaba tan lejos de apoderarse de la dirección de los judíos que la rehusó cuando le fue dada; la rechazó cuando Dios se lo mandaba e irritó a quien se lo ordenaba<sup>135</sup>. Y no sólo entonces sino también después, una vez que ya ejercía la autoridad, se habría entregado de buen grado a la muerte con tal de apartarse de ella. Dice: *Mátame si vas a actuar conmigo de esta manera*<sup>136</sup>. ¿Y qué? Después de pecar con motivo del agua, ¿pudieron estas continuas excusas defenderlo y persuadir a Dios para que le otorgase el perdón? ¿Por qué fue privado de la tierra prometida?<sup>137</sup>. Como todos sabemos, este pecado fue la causa de que aquel admirable hombre no pudiera alcanzar lo que sí alcanzaron quienes estaban bajo su autoridad. Después de mucho tiempo y de muchos sufrimientos, después de aquel indecible peregrinar errante, después de muchas guerras y victorias, murió fuera de la tierra por la que tanto penó y, después de haber soportado los males de la mar, no disfrutó de las bondades del puerto.

Ves que ni a los que arrebatan la autoridad ni a los que llegan a ella por el celo de otros, les queda defensa alguna cuando pecan. Los que rehusaron, a pesar de que Dios los había elegido, sufrieron con frecuencia un castigo tan grande; y no pudieron evitar este peligro ni Aarón ni Elí ni aquel bienaventurado varón<sup>138</sup>, santo, profeta, admirable, el más manso de todos los que han existido sobre la tierra<sup>139</sup>, el que hablaba con Dios como con un amigo<sup>140</sup>. Menos aún a mí, que estoy falto de su virtud, me podrá bastar para la defensa el tener conciencia de que no me he afanado por esta autoridad, sobre todo cuando la mayoría de estas elecciones no proceden de la gracia de Dios sino del empeño de los hombres. Dios eligió a Judas, lo alistó en aquel coro santo<sup>141</sup> y le confió la dignidad apostólica junto con los otros. Y también le dió algo más que a los otros, la administración del dinero<sup>142</sup>. ¿Y qué? ¿Escapó del castigo por usar ambas cosas de forma contraria, traicionar a aquel que se le había confiado predicar y malversar lo que se le había confiado administrar bien? Por esto mismo se procuró una condena más terrible y, por cierto, con razón. Pues no hay que servirse de los honores otorgados por Dios para ofender a Dios sino para agradarle más.

Quien, por haber recibido un honor mayor, cree, por ello, librarse cuando merece ser castigado, se asemeja a un judío incrédulo que, al escuchar a Cristo decir: *Si no hubiera venido y no les hubiese hablado, no tendrían pecado*<sup>143</sup> y *si no hubiera hecho entre ellos los milagros que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado*<sup>144</sup>, acusase al Salvador y Bienhechor diciendo: «¿Por qué has venido y has hablado?

¿Por qué hiciste milagros para castigarnos más?». Pero estas palabras son propias de la locura y de la demencia extrema. El médico no vino a curarte para condenarte más, sino para apartarte perfectamente de la enfermedad. Tú mismo te separaste voluntariamente de sus manos. Así como, si tú te hubieses abandonado a su cuidado, también te habrías apartado de los males anteriores, así también, porque has huido al ver lo que estaba sucediendo, ya no podrás purificarte de ellos y, al no poder, recibirás el castigo que merecen, porque hiciste vano su esfuerzo, en la parte que a ti te tocaba. Por ello, no sufrimos el mismo tormento antes de ser honrados por Dios y después de los honores, sino que, en este último caso, sufriremos un tormento mucho más terrible. El que no ha llegado a ser bueno a pesar de haber sido objeto de favores, sería justo que fuese castigado más severamente. Puesto que esta defensa se nos ha mostrado débil y no sólo no salva a los que se refugian en ella sino que más bien los delata, hemos de procurarnos otra seguridad.

*BASILIO* dijo: ¿Cuál es? Porque ahora ya no quepo en mí mismo. ¡Tal es el temor y temblor que me has infundido con estas palabras!

*JUAN*: Dije: No. Te pido y suplico que no te abatas de esa manera. Pues existe, existe seguridad. Para los débiles como yo, la de no lanzarnos nunca a tal cosa; y para los fuertes como tú, la de no hacer depender la esperanza de la salvación, después de la gracia de Dios, de ninguna otra cosa que no sea no practicar nada indigno de este don y de Dios que os lo ha otorgado. En efecto, merecerían un grandísimo castigo quienes, después de alcanzar esta autoridad por medio de particular empeño, hicieran mal uso del sacerdocio por negligencia, por maldad o por desconocimiento. A los que no se afanaron en conseguirlo tampoco se les concede perdón alguno y, además, se ven privados de toda defensa. A mi parecer, aunque sean muchísimos los que nos llamen y fuercen, no hay que prestarles atención, sino que,

sólo después de haber puesto la propia alma a prueba y de haber analizado todo con exactitud, hay que ceder a los que hacen violencia. Nadie, si no es arquitecto, se atrevería a ofrecerse para construir una casa, y nadie, si no sabe curar, intentaría tocar los cuerpos de los enfermos. Por el contrario, aunque fuesen muchos quienes lo presionaran, rehusaría para no ruborizarse de ignorancia. Aquel a quien se le va a confiar el cuidado de tantas almas, ¿no se examinará primeramente a él mismo? ¿O, por el contrario, aunque sea más inexperto que nadie, aceptará el ministerio porque fulano lo manda, Zutano lo obliga y por no chocar con mengano? ¿Cómo no se va a arrojar con ellos a un mal mani-fiesto? Cuando podía haberse salvado a sí mismo, pierde a otros consigo mismo. ¿De dónde es posible esperar salvación? ¿De dónde es posible alcanzar perdón? ¿Quiénes intercederán por mí? ¿Tal vez los que me violentan ahora y me arrastran a la fuerza? ¿Quién salvará a estos mismos en tal circunstancia? Pues ellos mismos tienen necesidad de otros para escapar al fuego.

2. *Los que ordenan a hombres indignos son responsables del mismo castigo que éstos, aunque desconozcan a los ordenados*

No te digo ahora esto para atemorizarte, sino porque se trata de un asunto que concierne a la verdad. Escucha lo que dice el bienaventurado Pablo a Timoteo, hijo verdadero y amado<sup>145</sup>: *No impongas las manos a nadie precipitadamente y no tengas parte en los pecados ajenos*<sup>146</sup>. Ves cuánto reproche y castigo he evitado, al menos por lo que a mí toca, a quienes estaban dispuestos a conducirme a esta si-

tuación. A los que son elegidos no les basta decir en su defensa: «No he venido por propia iniciativa y no huí porque no lo sabía de antemano». Tampoco le sirve de nada a los ordenantes decir que desconocen al ordenado. Precisamente por esto, el reproche se hace mayor, porque han conducido a un desconocido. Lo que parecía ser una defensa hará crecer la acusación. ¿Cómo no va a ser absurdo? Los que quieren comprar un esclavo lo someten a un examen médico, piden fiadores de la venta, se informan de los vecinos y, después de todo eso, no se fian sino que, además, lo piden a prueba durante mucho tiempo. En cambio, a los que van a ser inscritos para un ministerio tan grande los eligen con superficialidad y de cualquier manera, con tal de que alguien testifique movido por el afán de agradar o por enemistad hacia otros, sin hacer ningún otro examen. ¿Quién intercederá entonces por nosotros si los que tienen el deber de protegernos están también necesitados de protectores?

El que va a ordenar tiene que hacer mucho examen, y el que va a ser ordenado, mucho más. Pues aunque comparta el castigo que merecen sus pecados con los que lo han elegido, él, sin embargo, no se libra del castigo, sino que recibe uno mayor, a no ser que los electores hayan obrado por un motivo humano contrario a lo que les parecía bueno. Si son descubiertos en una cosa así y, conociendo su indignidad, lo conducen al sacerdocio bajo cualquier pretexto, el castigo será igual para ellos, y ciertamente mayor para el que ha puesto a un inepto. En efecto, si alguien concede autoridad a quien desea destruir la Iglesia, sería culpable de las osadías cometidas por éste. Pero si no fuese responsable de ninguna de estas cosas y dijese que ha sido engañado por la opinión de la gente, no por ello permanecería impune, sino que recibiría un castigo un poco menor que el que ha sido ordenado. ¿Por qué? Porque es natural que los que han elegido engañados por una opinión falsa lleguen a tal situación. Pero el elegido no podrá decir: «Yo no me conocía a

mí mismo», lo mismo que otros lo desconocen. Como el castigo va a ser más duro para él que para quienes lo conducen, es necesario que se examine con más rigor que aquéllos y, si lo empujan por desconocimiento, tiene que adelantarse a enseñarles con exactitud las razones que les permitan salir del engaño. Una vez que se muestre indigno de la aprobación, escapará al peso de asuntos tan grandes. ¿Por qué, cuando se trata del ejército, del comercio, de la agricultura y de las demás empresas mundanas, ni el agricultor elige navegar, ni el soldado cultivar, ni el piloto luchar, aunque se les amenace con un sinfín de muertes? Es evidente que cada uno de ellos prevé de antemano el peligro que procede de la inexperiencia. Donde hay un castigo a propósito de cosas pequeñas, nosotros usaremos una prudencia grande y no cederemos a la coacción de los que nos violentan. Pero donde hay un castigo eterno para los que no saben ejercer el sacerdocio, ¿aceptaremos con superficialidad y de cualquier manera un peligro tan grande, con el pretexto de que otros nos han violentado? El que nos juzgue de esto no lo aceptará. En efecto, habría que mostrar una firmeza mucho mayor a propósito de las cosas espirituales que a propósito de las carnales, pero resulta que ahora no ofrecemos siquiera la misma.

Dime. Si, suponiendo que un hombre es arquitecto aunque, en realidad, no lo sea, lo llamamos para una obra, y él está de acuerdo y, echando mano de los materiales dispuestos para la construcción, estropea los maderos, deteriora las piedras y construye la casa, de manera que al punto se cae, ¿le bastará decir como defensa que fue obligado por otros y no vino por propia iniciativa? De ninguna manera; y con mucha razón y justicia. Pues tendría que haberse apartado cuando los otros lo llamaron. Quien deterioró maderos y piedras, no tendrá escapatoria a la hora de recibir el castigo. ¿El que ha perdido almas y las ha edificado negligentemente cree que la violencia de otros le será suficiente para

escapar? ¿No es muy simplón? Añado que nadie podrá violentar al que no quiere. Pero concedamos que ha tenido que soportar una enorme violencia y astutas maquinaciones para hacerlo caer. ¿Lo librará esto del castigo? No. No nos engañemos a este propósito y no finjamos desconocer las cosas que son evidentes incluso a los niños pequeños. Esta afectación de ignorancia no podrá servirnos a la hora de las responsabilidades. ¿Que no te empeñaste en aceptar esta autoridad porque eras consciente de tu debilidad? Eso está bien y es correcto. Habría sido necesario que, después de esta elección, te hubieras apartado cuando los otros te llamaban. Cuando nadie te llamaba, tú eras débil e inepto. Pero tan pronto como aparecieron los que te iban a otorgar el honor, ¿te hiciste fuerte de repente? Estas cosas son de risa, tontearías y merecedoras del mayor de los castigos. Por eso, el Señor aconseja al que quiere construir una torre que no ponga los cimientos antes de calcular su propia capacidad, para no dar a los que pasan innumerables motivos de burla contra él<sup>147</sup>. Pero el castigo que le corresponde a aquél no se limita a la risa. En este caso, el castigo será el fuego inextinguible<sup>148</sup>, el gusano que no muere<sup>149</sup>, el rechinar de dientes<sup>150</sup>, las tinieblas exteriores<sup>151</sup>, el ser separado y colocado con los hipócritas<sup>152</sup>.

Pero mis acusadores no quieren ver ninguna de estas cosas, pues es seguro que dejarían de hacer reproches al que no quiere perderse en vano. La decisión que se nos propone ahora no afecta a la administración de trigo y cebada, ni de bueyes y ovejas, ni se ocupa de otras cosas semejantes, sino al del Cuerpo mismo de Jesús. En efecto, la Iglesia de

Cristo es, según el bienaventurado Pablo, el Cuerpo de Cristo<sup>153</sup>. A quien se le confía éste, tiene que cuidarlo para su óptimo estado y extraordinaria belleza, mirando con atención en todas partes para que no exista ni mancha ni arruga ni ningún otro reproche semejante<sup>154</sup> que estropee su belleza y hermosura. ¿Qué otra cosa ha de hacer sino, conforme a la capacidad humana, manifestarlo digno de la Cabeza pura y bienaventurada que está puesta sobre él? Si los que se afanan por el buen estado atlético tienen también necesidad de médicos, de entrenadores, de un régimen riguroso, de un entrenamiento continuo y de otros innumerables cuidados –pues cualquier cosa que sea descuidada en ellos destruye y abate todo lo demás–, los que han sido designados para cuidar de este otro Cuerpo, que luchan no contra los cuerpos sino contra las Potencias invisibles<sup>155</sup>, ¿cómo podrán guardarlo íntegro y sano si no superan con mucho la virtud humana y no conocen todo el cuidado necesario para el alma?

### 3. *El sacerdote tiene necesidad de una gran capacidad al hablar*

¿Acaso desconoces que este Cuerpo está sometido a enfermedades y peligros mayores que nuestra carne, se corrompe más rápidamente y se cura con más dificultad? Los que curan los cuerpos humanos han encontrado una gran variedad de medicinas, diferentes instrumentos, alimentos adecuados para los enfermos, y, con frecuencia, tan sólo la naturaleza de los aires ha bastado para sanar al que estaba enfermo. Hay incluso casos en que, si el sueño sobreviene

en el momento oportuno, libera al médico de cualquier intervención. Pero en nuestro caso, no es posible pensar en nada de esto, sino que, junto con el testimonio de las obras, se concede un único remedio y camino de curación: la enseñanza por medio de la palabra. Ésta es el instrumento, ésta es el alimento, ésta es el clima mejor. Ésta reemplaza la medicina, ésta reemplaza el fuego, ésta sustituye al hierro. Y si es necesario cauterizar y cortar, hay que usar necesariamente de ella. Y si ésta nada pudo, todo lo demás está de sobra. Con ella levantamos al alma que está caída, calmamos a la que está irritada, cortamos lo superfluo, completamos lo que falta y hacemos todo lo que por nuestra parte contribuye a la salud del alma.

Para hacer que la vida de alguien sea mejor, otra vida puede impulsarnos al mismo cielo. Pero cuando un alma está enferma por enseñanzas nocivas, en este caso mucha es la necesidad de la palabra, no sólo para la seguridad de los que están dentro de la Iglesia sino también para las guerras que vienen del exterior. En efecto, si uno tiene la espada del Espíritu<sup>156</sup> y el escudo de la fe<sup>157</sup>, de tal manera que puede hacer milagros y cerrar por medio de prodigios las bocas de los que obran sin pudor, para nada sería necesaria la protección que procede de la palabra. O mejor, ni siquiera entonces su naturaleza es inútil, sino también muy necesaria. Pues también el bienaventurado Pablo la practicó a pesar de ser admirado en todas partes por sus prodigios. Y otro de los que pertenecían a aquel coro<sup>158</sup> exhorta a preocuparse de esa capacidad cuando dice: *Estad siempre dispuestos para dar justificación a todo el que os pida razón de vuestra esperanza*<sup>159</sup>. Y todos unánimemente encomendaron el cuidado

de las viudas a los compañeros de Esteban para consagrarse ellos mismos al servicio de la palabra<sup>160</sup>. Nosotros no la deseáramos de la misma manera si fuésemos capaces de hacer milagros. Pero si no ha quedado huella de este poder y si muchos y continuos son los enemigos que se presentan por todas partes, es necesario que nos protejamos con ella de ahora en adelante, para no ser alcanzados por los dardos de los enemigos y, por el contrario, herirlos. Por ello, necesitamos tener mucho celo para que la palabra de Cristo habite en nosotros de una forma abundante<sup>161</sup>. Pues nuestra preparación a la lucha no reviste una única modalidad, sino que es una guerra compleja y compuesta de enemigos diferentes. En efecto, ni todos usan las mismas armas, ni procuran herirnos de una única manera.

#### 4. *Hay que estar preparado para el combate contra todos, griegos, judíos y herejes*

El que va a combatir contra todos necesita conocer las técnicas de todos y ser, a la vez, arquero, hondero, comandante, capitán, soldado, estratega, de infantería, de caballería, de la marina y de las fuerzas de asalto. En las guerras militares, cada uno recibe una tarea y, de esta manera, se rechaza a los atacantes. Aquí, en cambio, eso no es posible. Si el que intenta vencer no conoce todas las formas de este arte, el diablo sabe apoderarse de las ovejas, introduciendo a sus esbirros, aunque sea por un único resquicio cuando está protegido. Pero no actúa así cuando percibe que el pastor no está falto de conocimientos y es buen conocedor de sus insidias. Por ello, hay que estar bien protegido por todas partes. Una ciudad, mientras está protegida por todas partes, se

ría de los sitiadores, permaneciendo con mucha seguridad. Pero si se rompe el muro, aunque sea la medida de una puerta pequeña, en adelante ya nada le sirve de muralla, aunque todo lo demás se mantenga firme. Así es también la ciudad de Dios<sup>162</sup>. Cuando, a manera de murallas, la sagacidad y la inteligencia del pastor la protegen por todas partes, todas las maquinaciones acaban en oprobio y risa para los enemigos, y sus habitantes permanecen indemnes, pero cuando alguien puede destruirla por una parte, aunque no la abata totalmente, por medio de esa parte perjudica a todo lo demás.

¿Qué ocurre cuando lucha bien con los paganos, pero lo saquean los judíos? ¿O cuando vence a ambos pero lo desvalijan los maniqueos<sup>163</sup>? ¿O cuando, después de haber vencido también a éstos, los que introducen el fatalismo<sup>164</sup> degüellan a las ovejas? ¿Y por qué enumerar todas las herejías del diablo? Si el pastor no sabe rechazar todas ellas bien, el lobo podrá devorar la mayoría de la ovejas por medio de una sola de las herejías. Cuando se trata de soldados, siempre se espera que la victoria o la derrota venga de quienes resisten y combaten. Aquí, en cambio, todo lo contrario. Con frecuencia, la batalla contra otros ha hecho vencer a los que al principio no entablaron combate y no se fatigaron, sino que permanecieron tranquilos y sentados. El que no tiene mucha experiencia en estas cosas, atrave-

sándose con su propia espada, llega a ser el hazmerreír de amigos y enemigos.

Intentaré aclararte lo que digo con un ejemplo. Los que han continuado la locura de Valentín<sup>165</sup> y Marción<sup>166</sup> y cuantos padecen la misma enfermedad, rechazan de la lista de las Sagradas Escrituras la Ley dada por Dios a Moisés. Pero los judíos la veneran de tal manera que, aunque las circunstancias lo impidan, rivalizan por guardarla toda en contra del parecer de Dios. La Iglesia de Dios, evitando la desmesura de ambos, caminó por el medio: ni consiente en someterse a su yugo, ni soporta que la denigren sino que, a pesar de haber cesado, la alaba porque fue útil en su momento<sup>167</sup>.

El que va a luchar con ambos necesita conocer este equilibrio. En efecto, si, queriendo enseñar a los judíos que no es tiempo de atenerse a la antigua legislación, comienza a acusarla sin contemplaciones, ofrece una gran ocasión a los herejes que quieren ridiculizarla. Si, por el contrario, esforzándose por callar a éstos, la exalta sin medida y la mira con admiración como si fuese necesaria para el presente, abre la boca de los judíos. Por otro lado, los que sufren la locura de Sabelio<sup>168</sup> y los frenéticos seguidores de Arrio<sup>169</sup>, por su desmesura, se apartaron ambos de la sana fe. El nombre de cristianos se da a ambos, pero si uno analiza las enseñanzas, encontrará que unos no se encuentran en mejor situación que los judíos a no ser porque difieren en el nombre, y que los otros tienen semejanza con Pablo de Samosata<sup>170</sup>, pero ambos están fuera de la verdad.

Aquí también, el peligro es mucho, y el camino es estrecho y angosto<sup>171</sup>, dificultado por precipicios a ambos lados, y hay que temer mucho que alguien, al querer herir a uno, sea golpeado por el otro. En efecto, si uno proclama una divinidad, Sabelio alza al punto la voz en favor de su desfachatez. Pero si precisa y dice que uno es el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu Santo, Arrio se pone al frente para llevar la distinción de personas hasta la separación de sustancia. Hay que hacer retroceder y evitar la impía confusión de aquél y la loca división de éste, confesando la única divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo pero añadiendo las tres personas. Así podremos detener los ataques de ambos. Además, es posible enumerar muchos otros combates. Si uno no lucha en ellos con nobleza y rigor, acaba con innumerables heridas.

##### 5. *Hay que ser experimentado en la discusión*

¿Qué se puede decir de los cotorreos domésticos? Pues no son menos que los ataques externos. Por el contrario, ofrecen muchas fatigas a quien enseña. Unos, movidos por la indiscreción, quieren afanarse en vano y a la ligera en aquello que no les aprovecha aprender ni les es posible aprender. Otros, por su parte, piden cuentas a Dios de sus juicios y se hacen violencia para medir el gran abismo: *Tus juicios*, dice, *son un gran abismo*<sup>172</sup>. A pocos puedes encontrar que se afanen especialmente por la fe y la conducta. En cambio, puedes encontrar a muchos que se afanan y buscan

lo que no se puede encontrar y que, con sólo buscarlo, irritan a Dios. Cuando nos hacemos violencia por aprender aquellas cosas que Él mismo no quiso enseñarnos, no las conoceremos —pues ¿cómo vamos a conocerlas si Dios no quiere?—, y nos queda solamente el peligro de buscar. En esta situación, cuando alguien que tiene autoridad hace callar a los que indagan estas cuestiones inextricables, se le atribuye la fama de soberbia e ignorancia. Por ello, también aquí, el que preside necesita mucha inteligencia para apartarlos de estas cuestiones absurdas y evitar las acusaciones mencionadas. Para todo esto se ha concedido solamente la protección de la palabra. Si uno está privado de esta capacidad, las almas de los que han sido colocados bajo él, me refiero a las más débiles e indiscretas, no se encontrarán en una situación mejor que las barcas sacudidas continuamente por la tormenta. Por ello, el sacerdote tiene que hacer todo lo posible por adquirir esta capacidad.

6. *El bienaventurado Pablo la consiguió  
de forma excelente*

*BASILIO* dice: ¿Por qué Pablo no se esforzó en conseguir para sí esta virtud, ni se avergüenza de la penuria de palabra<sup>173</sup>, sino que confiesa claramente que está privado de ella, precisamente cuando escribe a los corintios, que eran admirados por su elocuencia y estaban muy orgullosos de ello?

*JUAN*: Dije: En efecto, esto, esto es lo que perdió a muchos e hizo que se despreocuparan de la enseñanza de la verdad. No siendo capaces de examinar con exactitud la profundidad de los sentimientos del Apóstol ni de comprender el propósito de sus palabras, pasaron todo el tiempo des-

preocupados, atontados y venerando esta ignorancia, no aquella por la que Pablo se caracterizaba a sí mismo, sino aquella de la que se mantuvo más alejado que ninguno de los hombres que ha habido bajo el cielo. Pero dejemos ahora esta cuestión para su momento oportuno. Entretanto digo esto: Supongamos que fuese ignorante tal como ellos quieren. ¿Qué interés tiene eso para los hombres actuales? Él tenía una fuerza mucho mayor que la palabra, y podía conseguir cosas mayores. Con sólo aparecer y permanecer callado, era temible para los demonios. Todos los hombres de ahora, aunque se uniesen con un sinnúmero de plegarias y lágrimas, no serían capaces de hacer lo que pudieron entonces los vestidos de Pablo<sup>174</sup>. Pablo, orando, resucitó muertos<sup>175</sup> y obró otros prodigios<sup>176</sup>, hasta el punto de ser considerado dios entre los paganos<sup>177</sup>. Y antes de salir de esta vida, fue considerado digno de ser arrebatado hasta el tercer cielo<sup>178</sup> y de tener parte en palabras que no está permitido a la naturaleza humana escuchar<sup>179</sup>. Los que existen ahora —no puedo decir nada enojoso y molesto, porque no hablo ahora por insultar sino por la admiración que siento— ¿cómo no se estremecen al compararse con un hombre de tal categoría?

Si, dejando a un lado los milagros, vamos a la vida del bienaventurado y examinamos su conducta angélica<sup>180</sup>, verás, más en ésta que en los prodigios, al victorioso atleta de Cristo. ¿Qué podría uno decir de su celo, de su equidad, de los continuos peligros<sup>181</sup>, de las preocupaciones sin interrupción, de las angustias incesantes por las iglesias<sup>182</sup>, de la compasión por los débiles<sup>183</sup>, de las tribulaciones abun-

dantes, de las inauditas persecuciones, de las muertes cotidianas<sup>184</sup>? ¿Qué lugar del orbe, qué tierra, qué mar desconoció los combates de aquel justo? El mundo no habitado lo conoció cuando, con frecuencia, lo acogió al estar en peligro. Soportó todo tipo de insidias y alcanzó todas las formas de victoria, y nunca entonces dejó ni de luchar ni de ser coronado.

Pero no sé cómo he llegado a afrentar a este hombre<sup>185</sup>, pues sus virtudes superan todas mis palabras, tanto cuanto me superan los que saben hablar. Pero aun así —pues el bienaventurado no nos juzgará por el resultado sino por la intención—, no cejaré hasta decir que supera mis palabras en la medida que supera a todos los hombres. ¿Qué es esto? A pesar de sus virtudes tan grandes y de sus éxitos innumerables, deseó ir a la gehenna y ser entregado al castigo eterno con tal de que los judíos, que, con frecuencia, lo habían apedreado y, si hubiese estado en sus manos, lo habrían matado, se salvaran y se hiciesen discípulos de Cristo<sup>186</sup>. ¿Quién amó a Cristo de esta manera, en el caso de que haya que llamar a esto amor y no algo más grande que el amor? ¿Nos compararemos todavía con él, después de la gracia tan grande que recibió del cielo, después de la virtud tan grande que mostró en sí? ¿Qué puede haber más temerario que esto?

También intentaré mostrar a partir de ahora que no era un ignorante como ellos consideran. Lllaman ignorante no sólo al que no está ejercitado en la charlatanería de la elocuencia pagana, sino también al que no sabe luchar en favor de las enseñanzas de la verdad. Y piensan bien. Pero Pablo no dijo ser ignorante en ambas cosas, sino sólo en una de

ellas. Y para dejar esto bien sentado, distinguió con precisión, diciendo que era ignorante en el discurso pero no en el conocimiento<sup>187</sup>. Si yo reclamase la fluidez de Isócrates<sup>188</sup>, la grandeza de Demóstenes<sup>189</sup>, la gravedad de Tucídides<sup>190</sup> y la sublimidad de Platón, sería necesario sacar a la luz este testimonio de Pablo. Pero ahora dejo a un lado todo eso, así como el adorno superfluo de los autores profanos, y no me interesa nada ni la elocución ni la exposición. Admito que alguien pueda ser pobre en la dicción y que la articulación de las palabras sea simple y llana, con tal de que no sea ignorante en el conocimiento y en la exactitud de la doctrinas y con tal de que, para ocultar la propia pereza, no se le arrebate a aquel bienaventurado el mayor de los bienes y el principal de los elogios.

7. *No sólo fue glorioso por los milagros sino también por el hablar*

Dime. ¿Cómo confundió a los judíos que vivían en Damasco cuando todavía no había comenzado a hacer milagros?<sup>191</sup> ¿Cómo venció a los helenistas?<sup>192</sup> ¿Por qué fue enviado a Tarso?<sup>193</sup> ¿No fue porque vencía con fuerza mediante su palabra y los presionaba de manera que se irritaron hasta intentar darle muerte porque no soportaban la derrota? En este momento, aún no había comenzado a obrar

prodigios, y nadie podría decir que la gente lo juzgaba admirable por la fama de los milagros y que su reputación vejaba a quienes luchaban contra él. En este momento sólo vencía con su palabra. ¿Cómo combatió a los que intentaban judaizar en Antioquía? ¿Cómo discutió con ellos? Y el Areopagita, originario de aquella ciudad sumamente aficionada a las supersticiones, ¿no lo siguió junto a una mujer solamente a partir del discurso pronunciado ante el pueblo? ¿Cómo cayó Eutico desde la ventana? ¿No fue porque estuvo ocupado hasta bien entrada la noche en la exposición de la enseñanza? ¿Qué ocurrió en Tesalónica y en Corinto? ¿Qué ocurrió en Éfeso y en la misma Roma? ¿No consumió los días y las noches en la interpretación continua de las Escrituras? ¿Qué podría uno decir de las discusiones con los epicúreos y los estoicos? Si quisiéramos describir todas las cosas, la narración acabaría por tener una extensión desmesurada.

Antes de los milagros y en medio de ellos, hizo uso abundante de la palabra. ¿Cómo se atreven todavía a llamar ignorante a quien todos admiraron mucho por su forma de discutir y de hablar al pueblo? ¿Por qué los licaonios creyeron que era Hermes? El hecho de que fuesen considerados dioses tenía su razón de ser en los milagros, pero el hecho de considerarlo Hermes no se explica por los prodigios sino por la palabra. ¿En qué superó aquel bienaventurado a los demás apóstoles? ¿Por qué, a lo largo de todo el mundo habitado, la boca de todos lo proclaman grande? ¿Por qué es más admirado que nadie, no sólo entre nosotros sino también entre judíos y griegos? ¿No es admirado por la excelencia de sus cartas, gracias a la cual ayudó y ayu-

dará no sólo a los creyentes de entonces sino también a los que han llegado a serlo desde entonces hasta el día de hoy y a los que van a serlo hasta la venida de Cristo? Y no dejará de hacerlo mientras perdure la raza humana.

Sus escritos protegen las Iglesias extendidas por todo el orbe como si fuesen una muralla de acero. Y como un héroe nobilísimo está también ahora en medio de ellas, sometiendo todo pensamiento a la obediencia de Cristo y *destruyendo los sofismas y toda altanería que se alza contra el conocimiento de Dios*<sup>199</sup>. Hace todo esto por medio de las cartas que nos dejó, admirables y llenas de la sabiduría de Dios. Sus escritos son útiles no sólo para refutar las doctrinas nocivas y para otorgar firmeza a las auténticas, sino que además contribuyen no menos a que vivamos bien. Los que presiden las iglesias, haciendo uso todavía ahora de ellas, educan a la Virgen pura<sup>200</sup> que se desposó con Cristo<sup>201</sup> y la disponen y conducen hacia la belleza espiritual. Con sus escritos, rechazan las enfermedades que la amenazan y conservan la salud que ha conseguido. ¡El «ignorante»<sup>202</sup> nos dejó medicinas excelentes y eficaces! Bien lo saben por experiencia los que usan continuamente de ellas. Por todas estas cosas, es evidente que se esforzaba mucho en este cometido.

#### 8. *Quiere que nosotros también lo consigamos*

Escucha lo que dice cuando escribe a su discípulo: *Dedícate a la lectura, a la exhortación, a la enseñanza*<sup>203</sup>. Y añade el fruto de esto, cuando dice: *Haciendo esto, te sal-*

*varás a tí mismo y a los que te escuchen*<sup>204</sup>. Y otra vez: *No conviene que el siervo del Señor pelee, sino que con todos sea dulce, capaz de enseñar, paciente*<sup>205</sup>. Y continúa diciendo: *Mantente firme en lo que has aprendido y creído, sabiendo de quién lo aprendiste y que desde niño conoces los escritos sagrados, capaces de instruirte*<sup>206</sup>. Y otra vez dice: *Toda Escritura es inspirada y útil para enseñar, para probar, para corregir, para educar en la justicia, para que el hombre de Dios sea idóneo*<sup>207</sup>. Escucha lo que agrega cuando habla a Tito de la institución de los obispos: *Es necesario que el obispo... esté dedicado a la palabra fiel conforme a la enseñanza para que también sea capaz de refutar a los que levantan objeciones*<sup>208</sup>. Si es ignorante, conforme éstos pretenden, ¿cómo podrá refutar y cerrar la boca a los que levantan objeciones? ¿Qué necesidad hay de dedicarse a la lectura y a las Sagradas Escrituras si es necesario amar esta ignorancia? Son excusas, pretextos y enmascaramientos de la pereza y la negligencia.

Pero alguien puede decir: eso ha sido ordenado para los sacerdotes. Y, en efecto, mi discurso se ocupa ahora de los sacerdotes. Pero también lo ordena a quienes están confiados a su autoridad. Escucha la exhortación que dirige a otros en otra carta: *La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente con toda sabiduría*<sup>209</sup>. Y otra vez: *Que vuestra palabra esté siempre aderezada con gracia, con sal, para saber cómo hay que responder a cada uno*<sup>210</sup>. Y cuando escribe a los tesalonicenses, a todos se les dice que estén dispuestos a la defensa: *Edificaos los unos a los otros tal como hacéis*<sup>211</sup>. Pero cuando habla a los sacerdotes, escribe: *Los*

*presbíteros que presiden correctamente sean considerados dignos de un doble honor, sobre todo los que se ocupan de la palabra y de la enseñanza*<sup>212</sup>. Éste es el fin más perfecto de la enseñanza cuando, por lo que hacen y por lo que dicen, conducen a los discípulos a la bienaventurada vida que Cristo prescribió. No basta hacer para enseñar. No se trata de mi palabra sino de la palabra del mismo Salvador: *El que haga y enseñe, ese será llamado grande*<sup>213</sup>. Si el hacer es enseñar, sería superfluo lo segundo, pues bastaría decir solamente: «El que haga». Pero al distinguir ambas cosas, muestra que una cosa son las obras y otra cosa es la palabra y que cada una de ellas es necesaria para una edificación perfecta. ¿No escuchas lo que dice a los presbíteros de Éfeso el vaso elegido de Cristo?<sup>214</sup> *Por ello, vigila, recordando que durante tres años no he dejado día y noche de amonestaros a cada uno de vosotros con lágrimas*<sup>215</sup>. ¿Para qué hacían falta las lágrimas o la amonestación por medio de palabras, cuando la vida apostólica brillaba en él de esa manera?

9. *Si esto falta al sacerdote, los que están confiados a su autoridad se ven necesariamente sometidos a un gran daño*

Las obras pueden ayudarnos mucho a la práctica de los mandamientos. Pero yo no diría que todo se consigue solamente con ello. Por el contrario, cuando la lucha se entabla a propósito de las doctrinas y todos combaten a partir de las mismas Escrituras, ¿qué fuerza podrá mostrar la vida

en este caso? ¿Cuál es la utilidad de las muchas fatigas cuando, después de aquellos esfuerzos, cae en la herejía como consecuencia del gran desconocimiento y se separa del cuerpo de la Iglesia? Sé que muchos han sufrido esto. ¿Qué provecho saca de la perseverancia? Ninguno, como tampoco se saca ninguno de una fe sana si la conducta está corrompida. Por ello, el que ha sido designado para enseñar a otros ha de ser, por encima de todo, experto en estos combates. Aunque él permanezca seguro sin que le causen ningún daño quienes levantan objeciones, la muchedumbre de los sencillos que está bajo él, cuando ve que el jefe es derrotado y no puede responder nada a los que levantan objeciones, culparán de la derrota no a su incompetencia sino a un fallo de la doctrina. Por causa del desconocimiento de uno, el pueblo numeroso es conducido a la extrema ruina. Aunque no se pasen totalmente al adversario, son obligados a dudar de aquello en que deberían tener confianza, y ya no pueden fiarse con la misma firmeza de aquello a lo que se adherían con una fe firme. Por el contrario, la derrota del maestro ha introducido en sus almas una tempestad tan grande que el mal acabará incluso en naufragio. Como tú lo sabes con exactitud, no te tengo que explicar la perdición y el fuego que se juntan sobre su desgraciada cabeza por cada uno de los que se pierden. ¿Es soberbia, es vanagloria no querer ser responsable de la perdición de tanta gente y no tramar para mí un castigo mayor que el que se me presenta ahora? ¿Quién puede decir esas cosas? Nadie, a no ser que alguien quiera reprenderme en vano y especular con las desgracias ajenas.

## LIBRO QUINTO

### 1. *Las homilias pronunciadas en la comunidad requieren mucha fatiga y esfuerzo*

Ya he mostrado suficientemente cuánta experiencia necesita el maestro para los combates en pro de la verdad. Pero a esto tengo que añadir otra causa de innumerables peligros. O mejor, yo no diría que la causa sea ésta, sino quienes no saben hacer un buen uso de ello, porque el mismo asunto procura también salvación y muchos bienes cuando hombres celosos y buenos ejercen ese ministerio. ¿De qué se trata? El mucho trabajo que se consume en los discursos dirigidos a la asamblea del pueblo. En primer lugar, la mayoría de los fieles<sup>216</sup> no quieren aceptar a los que hablan como si estuviesen ante maestros, sino que dejan a un lado el lugar que corresponde a los discípulos y adoptan la actitud de los espectadores paganos que se acomodan para asistir a los certámenes. De la misma manera que allí la muchedumbre se divide, y unos se ponen de parte de éste, y otros de parte de aquél, así también aquí, se dividen, y unos están con éste, y otros con aquél, escuchando lo que se dice por simpatía o por antipatía. Ésta no es la única dificultad, sino que hay otra no menor. Si quienes hablan bordan una parte de sus discursos con lo que ha sido trabajado por otros, caen sobre

él más injurias que sobre los ladrones de riquezas, y, con frecuencia, aun sin tomar nada de nadie. Tan solo con sospecharlo sufren la suerte de los que lo toman. ¿Y por qué hablo de las cosas que han sido trabajadas por otros? Ni siquiera les está permitido servirse continuamente de sus propios descubrimientos. Se han habituado a escuchar no por utilidad sino por divertimento como si fuesen un jurado de actores o de citaristas, y el poder de la palabra, que acabamos de rechazar, se hace más descable que para los sofistas cuando son obligados a polemizar unos con otros. También aquí hace falta mucha nobleza de alma, muy superior a mi pequeñez, para refrenar el placer incontrolado e inútil de la muchedumbre y poder conducir la atención hacia lo más provechoso, de manera que el pueblo lo siga, se deje guiar y no sucumba a sus pasiones.

2. *El que ha recibido este encargo tiene que despreciar los elogios y ser capaz de hablar*

Sólo hay dos medios para alcanzar esto: el desdén de los elogios y la capacidad de hablar. Si falta uno, el otro es inútil pues no se pueden separar. Si el que desprecia las alabanzas no ofrece una enseñanza dispuesta con gracia y sal<sup>217</sup>, se hace despreciable para la muchedumbre y no saca provecho alguno de su grandeza de alma. Si lo hace bien pero se deja dominar por la gloria de los aplausos, el daño sobreviene igualmente para él y para la gente cuando, por el deseo de alabanzas, se preocupa de hablar por agradar a los oyentes más que por ayudarles. Y así como el que permanece indiferente ante los elogios y no sabe hablar, no puede dejarse llevar por el gusto de la gente ni prestarle una ayuda

digna de mención porque no puede decir nada, de la misma manera el que se deja llevar por el deseo de aplausos, aunque puede hacer bien a la muchedumbre, le ofrece más bien aquello que le puede deleitar, comprando así el estrépito de los aplausos.

### *3. Si no tiene ambas cosas, es inútil a la muchedumbre*

El que ejerce la autoridad de una manera óptima tiene que ser fuerte en ambas cosas, para que la una no destruya a la otra. Cuando uno se levanta en público y dice aquello que puede reprender a los que viven con negligencia y luego tropieza y se corta y se ve obligado a enrojecer por su incapacidad, echa a perder al punto la utilidad de lo que ha dicho. Pues los que han sido censurados, dolidos por lo dicho y no pudiendo vengarse de otra manera, lo hieren con las burlas de la ignorancia, pensando que de esta manera ocultan sus desvergüenzas. Por ello, como si fuese un óptimo auriga, ha de sujetar con energía ambas riendas para poder manejarlas según la necesidad. Cuando para todos sea irreprochable, entonces podrá, con toda la autoridad que quiera, reprender y perdonar a todos los que están bajo él. Antes, no es fácil hacer esto. Es necesario que la grandeza de alma no se limite al desprecio de las alabanzas, sino que ha de avanzar aún más para que la utilidad no quede incompleta.

### *4. Sobre todo, tiene que despreciar la envidia*

¿Qué otra cosa necesita despreciar? La envidia y la malevolencia. El que preside la comunidad tiene que soportar reproches sin fundamento. Por ello, es necesario que no tenga un miedo desmedido a las acusaciones sin fundamen-

to, ni tiemble ante ellas. Tampoco es bueno que las desdeñe sin más, sino que ha de intentar sofocarlas rápidamente, aunque sean falsas, aunque vengan de un cualquiera. Nada hará crecer tanto una buena o mala fama como el desbarajuste de la muchedumbre. Acostumbrada a escuchar y hablar sin criterio, dice sin más todo lo que se le ocurre, sin tener en cuenta la verdad. Por ello, no hay que despreciar a la muchedumbre, sino cortar inmediatamente, desde el principio, las sospechas perversas, convenciendo a los acusadores, aunque sean los más irracionales de todos, y no descuidar absolutamente ninguna de las cosas que pueden evitar una mala reputación<sup>218</sup>. Pero si, después de hacer todo lo posible, los que nos censuran no quieren convencerse, hay que despreciar tales cosas. Si uno llega a sentirse humillado con estas desgracias, nunca podrá engendrar algo noble y admirable —pues la angustia y las preocupaciones continuas pueden abatir la fuerza del alma y conducirla a una debilidad extrema—. El sacerdote tiene que relacionarse con los que han sido confiados a su autoridad como un padre se comporta con sus hijos pequeños. Y así como no nos preocupamos cuando ellos se comportan de manera insolente, o cuando nos golpean, o cuando se lamentan, ni le damos excesiva importancia cuando se ríen y se regocijan con nosotros, de esa misma manera tampoco hay que enorgullecerse con los elogios ni abatirse con los reproches cuando los hacen sin fundamento.

Esto es difícil, amigo, y pienso que, quizás, sea imposible. No sé si algún hombre habrá conseguido alguna vez no alegrarse cuando es elogiado. Pero si se alegra, es natural que desee conseguir los elogios, y, si desea conseguirlos, ne-

cesariamente tiene que afligirse y entristecerse cuando le faltan. Así como los que se alegran de ser ricos, cuando caen en la pobreza, se apesadumbran, y los que están habituados a llevar una vida regalada no soportan vivir pobremente, así también los que desean elogios, no sólo cuando son reprochados a la ligera sino también cuando no son alabados continuamente, tienen el alma dominada como por una especie de hambre, sobre todo, cuando han sido educados en ello o también cuando escuchan que otros son alabados. ¿Cuántas molestias y cuántos dolores crees que padece el que viene con ese deseo al combate de la enseñanza? Ni es posible que el mar se vea libre de las olas, ni que su alma se vea libre de las preocupaciones y de la tristeza.

5. *El que conoce el arte de la elocuencia tiene necesidad de más celo que el ignorante*

Cuando se tiene una gran capacidad para hablar —esto se puede encontrar en pocos—, ni siquiera así está dispensado de esforzarse continuamente. La elocuencia no es fruto de la naturaleza sino del aprendizaje. Por ello, aunque uno haya llegado al culmen de la elocuencia, ésta lo deja indefenso si no retiene con empeño y ejercita con cuidado esta capacidad. De esta manera, el esfuerzo es mayor para los sabios que para los ignorantes. Pues el castigo no es el mismo para unos y otros, sino tanto más grande cuanto difiere la capacidad de cada uno. A los ignorantes nadie les reprochará nada si no ofrecen nada digno de consideración. Pero si los sabios no hablan superando la reputación que todos tienen de ellos, no quedará nadie que no se lo reproche. Además, aquéllos alcanzarán grandes elogios incluso por decir cosas ínfimas. En cambio, si éstos no dicen cosas muy admirables y asombrosas, no sólo se ven privados de elogios sino que provocan los reproches de muchos.

Los oyentes se sientan a juzgar no lo que se dice sino la reputación de los que hablan, de manera que, cuando uno supera a todos en la elocuencia, entonces necesita, más que nadie, de un fatigoso celo. Ni siquiera se le permite experimentar lo que es común a la naturaleza humana, el no conseguirlo todo. Por el contrario, si lo que dice no se ajusta a la grandeza de lo que se supone de él, será despedido con innumerables burlas y reproches de la muchedumbre. Nadie piensa que, cuando le sobrevienen la tristeza, la angustia, la preocupación y, con frecuencia, la ira, oscurecen la pureza del entendimiento y no permiten que lo concebido avance con claridad; y que, en una palabra, siendo hombre, no le es posible ser siempre el mismo ni tener éxito en todo, sino que es natural que yerre y se muestre inferior a su propia capacidad. No quieren considerar nada de lo dicho, sino que le imputan las culpas como si juzgasen a un ángel. Por otro lado, es propio de la naturaleza humana despreciar los éxitos del prójimo, aunque sean muchos y grandes. Pero si aparece de alguna manera una deficiencia, cualquiera que sea, aunque haya tenido lugar hace mucho tiempo, se advierte rápidamente, se censura, se recuerda siempre, y esa cosa pequeña e insignificante ha disminuido con frecuencia la gloria de muchos y grandes personajes.

6. *No hay que despreciar enteramente el juicio sin fundamento de la gente ni tampoco preocuparse enteramente*

Ves, noble amigo, que, si alguien tiene capacidad para hablar, necesita de un mayor celo, y, además del celo, de una paciencia superior a la que necesitaban todos a los que antes me he referido. En efecto, muchos se encarnizan contra él sin fundamento y a la ligera y, aunque sólo pueden reprocharle la estima en que es tenido por todos, lo odian.

Hay que soportar con nobleza la amarga envidia de éstos. Como no soportan ocultar este maldito odio que cosechan a la ligera, injurian, reprochan y calumnian a escondidas, pero son malvados a las claras. Un alma que comienza a sufrir y a irritarse por cada una de estas cosas no puede tardar en echarse a perder por la tristeza. No sólo la fustigan ellos mismos sino que intentan hacerlo también por medio de otros y, eligiendo con frecuencia a alguien que no tiene capacidad para hablar, lo alaban extremadamente y lo admiran por encima de su merecimiento —haciéndolo unos por locura, otros por ignorancia, otros por malevolencia— para acabar con la reputación de aquél, no para mostrar como admirable al que no es tal.

Este noble hombre no sólo lucha contra aquéllos sino, a menudo, contra la ignorancia de todo un pueblo. No es posible que toda la asamblea esté formada de hombres ilustres; la mayor parte de la Iglesia se recluta entre los ignorantes. Hay un resto más inteligente que, sin embargo, queda muy lejos de los que saben apreciar verdaderamente la elocuencia: ¡tan alejados como la mayoría de los ignorantes difiere de ese resto! En realidad, sólo hay uno o dos con tal capacidad. Por ello, la persona que habla elocuentemente tiene que recibir menos aplausos y, a veces, es posible que se marche sin ser elogiado. Hay que disponerse con nobleza para estas asperezas y perdonar a los que por ignorancia tienen esos sentimientos y, en cambio, llorar por los que experimentan esto por envidia, porque son desgraciados y dignos de compasión. No se debe creer que su capacidad sea menor por ello. Si un pintor, siendo el mejor y superando a todos en el arte, ve que la imagen que ha pintado con mucha exactitud es criticada por quienes desconocen el arte, no tendría que desalentarse y considerar mala su pintura a causa del juicio de los que no entienden, así como no debería considerar admirable y digna de aprecio la que es verdaderamente mala porque los inexpertos la admiren.

7. *Es necesario preparar adecuadamente los discursos para agradar solamente a Dios*

El artista mismo ha de ser el mejor juez de sus obras; y las realizaciones han de ser consideradas buenas o malas cuando la mente que las ha realizado dé estos juicios, pero no ha de infundir nunca en su mente la opinión de los de fuera cuando es equivocada e inexperta. El que ha aceptado el combate de la enseñanza no se fíe de las felicitaciones de los de fuera ni abata su alma a causa de ellos, sino que, componiendo sus discursos para agradar a Dios —en efecto, éste ha de ser el único criterio y propósito de su excelente oficio, y no los aplausos y las felicitaciones—, si es elogiado también por parte de los hombres, no rechaza las alabanzas, pero si los oyentes no se las conceden, no las busque ni sufra. Para él es suficiente consuelo de sus fatigas e incluso superior a todos, tener la conciencia de que dispone y prepara armoniosamente la enseñanza para agradar a Dios.

8. *El que no desprecia las alabanzas estará expuesto a muchas desgracias*

En efecto, si llega a ser dominado por el deseo de alabanzas sin fundamento, no conseguirá beneficio alguno de sus muchas fatigas ni de su elocuencia. Pues un alma que no puede soportar los menosprecios insensatos de la gente se desanima y abandona el esfuerzo por la elocuencia. Por ello, es necesario, por encima de todo, estar preparado para despreciar las alabanzas. Pues no basta saber hablar para conservar esta capacidad, si no se añade también eso otro. Pero si uno quiere realizar un examen minucioso, encontrará que, si está falto de esta capacidad, necesita despreciar las alabanzas no menos que aquél. Se verá obligado a cometer muchas equivocaciones si se somete a la opinión de

la gente. A pesar de su debilidad, no se negará a ser igualado a los que gozan de buena reputación en el arte de hablar, a tender insidias, a envidiarlos, a hacerles reproches vanos y a obrar con torpeza cosas semejantes. Por el contrario, se atreverá a todo, aunque tenga que perder el alma, con tal de rebajar la gloria de aquéllos a la baja condición de su propia ruindad. Además de esto, se apartará de los sudores que comporta el trabajo como si una especie de torpor se hubiese esparcido por su alma. Cuando alguien que se ha afanado mucho obtiene elogios menores, eso es capaz de abatir y sumergir en un sopor profundo a quien no es capaz de despreciar las alabanzas, porque también el agricultor, cuando se afana por un campo pobre y se ve obligado a labrar piedras, rápidamente se aparta del trabajo si no tiene muy buena voluntad por ese asunto o el miedo al hambre no lo tiene agobiado.

Si los que tienen capacidad para hablar con mucha autoridad necesitan un ejercicio tan grande para conservarla, el que no ha hecho acopio de preparación alguna pero se ve obligado a practicar en los certámenes, ¿a cuánta contrariedad, desaprobación y turbación tendrá que hacer frente para, con mucha fatiga, poder recoger una cosa pequeña? Pero si uno de los que están situados por debajo de él y tienen un rango inferior, puede brillar en este terreno más que él, en ese caso necesita un alma divina para no ser dominado por la envidia y no caer bajo la tristeza. Que alguien, situado en una mayor consideración, sea sobrepasado por inferiores y lo soporte con nobleza, no sería propio de un alma cualquiera ni de la mía, sino de un alma de acero. Si el que lo sobrepasa en renombre es muy discreto y moderado, el sufrimiento se hace de alguna manera soportable. Pero si es osado, fanfarrón y amante de la gloria, todos los días deseará la muerte. Así de amarga le hará la vida al humillarlo en público, al burlarse a escondidas, arrancándole mucho de su poder y queriendo serlo todo. Con todas estas

cosas se procura la grandísima seguridad de la libertad de palabra, la benevolencia de la muchedumbre en favor de él y el ser amado por todos los gobernados.

¿No sabes cuánto deseo de elocuencia se ha introducido ahora en las almas de los cristianos? ¿No sabes que los oradores son más ensalzados que nadie, no sólo por los de fuera, sino también por los que están familiarizados con la fe? ¿Cómo puede uno soportar una vergüenza tan grande cuando, si uno habla, todos callan, consideran que son molestados y esperan el fin del discurso como si fuese un descanso de sus fatigas, pero, si habla largamente el otro, escuchan con paciencia, se disgustan cuando va a acabar y se irritan cuando quiere callar? Si estas cosas te parecen insignificantes y despreciables, se debe a tu inexperiencia, pero son suficientes para apagar la buena voluntad y debilitar la fuerza del alma si uno, apartándose de todas las pasiones humanas, no se dedica a vivir como las Potencias incorpóreas<sup>219</sup> que no son perseguidas por la malevolencia ni por el deseo de gloria ni por ningún otro vicio. Si entre los hombres existe alguien capaz de pisotear esta bestia salvaje, difícil de cazar y someter, que es la gloria de la muchedumbre, y capaz de cortar sus muchas cabezas y, más aún, de no permitir que nazca desde el principio, podrá rechazar estos numerosos ataques y gozar de un puerto tranquilo. Pero si no se aparta de ella, esparce por su alma una guerra compleja, una confusión continua y la molestia de la tristeza y de las demás pasiones. ¿Qué necesidad hay de enumerar las demás dificultades que nadie puede explicar ni conocer si no se ocupa de estos asuntos?

## LIBRO SEXTO

### 1. *Corresponde a los sacerdotes dar cuenta de los pecados de otros*

Las cosas de este mundo son tal como has escuchado. ¿Cómo soportaremos las del otro mundo, cuando nos veamos obligados a dar cuentas de cada uno de los que nos han sido confiados? La pena no se limita a la vergüenza, sino que aguarda también el castigo eterno. En efecto, aunque ya lo he dicho antes, no callaré ahora lo de *obedeced a vuestros jefes y someteos porque ellos velan por vuestras almas*<sup>220</sup>. El miedo a esta amenaza sacude continuamente mi alma. Pues si al que escandaliza a uno solo, aunque sea el más pequeño, conviene colgarle al cuello una piedra de molino de las que mueve un asno y arrojarlo al mar<sup>221</sup> y si todos los que hieren la conciencia de los hermanos pecan contra el mismo Cristo<sup>222</sup>, los que echan a perder no a uno ni dos ni tres, sino a una muchedumbre tan grande, ¿qué sufrirán entonces?, ¿qué castigo recibirán? No es posible alegar inesperienza ni refugiarse en la ignorancia ni excusarse con la coacción y la violencia. Si esto fuese posible, cualquiera de los fieles<sup>223</sup> utilizaría esta escapatoria para sus propios pecados antes de que los superiores recurran a ella para los

pecados de otros. ¿Por qué? Porque quien ha sido establecido para corregir la ignorancia de los demás y anunciar de antemano que se acerca la guerra diabólica, no podrá alegar la ignorancia como excusa, ni decir: «No oí la trompeta, no preví la guerra». Pues se le estableció para esto, como dice Ezequiel, para que haga sonar la trompeta a los otros y anuncie de antemano las desgracias venideras. Por ello, el castigo es inevitable, aunque sea un solo hombre el que se pierda: «Si, cuando venga la espada, el centinela no avisa con la trompeta al pueblo, ni lo da a conocer, y, si la espada, cuando venga, arrebatara una vida, ésta ha sido arrebatada por su injusticia, pero yo exigiré su sangre al centinela»<sup>224</sup>.

## 2. *Necesitan más disciplina que los monjes*

Deja de empujarme a una condena tan inevitable. No estamos hablando del ejército ni de la realeza, sino de un asunto que exige virtud angélica<sup>225</sup>. El alma del sacerdote ha de ser más pura que los rayos del sol para que el Espíritu Santo no lo deje nunca solo, para que pueda decir: *Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí*<sup>226</sup>. Los que habitan el desierto<sup>227</sup> se han apartado de la ciudad, del ágora y de sus alborotos y disfrutaban continuamente del puerto y la bonanza. A pesar de ello, no se confían a la seguridad que ofrece ese género de vida, sino que añaden otras innumerables salvaguardias, protegiéndose por todas partes y esforzándose por hacer y decir todo con mucho esmero, para poder acercarse a Dios con la confianza y la pureza que atañen a la capacidad humana. ¿Cuánta fuerza y energía crees que necesita el sacerdote para poder arrebatar el alma de toda mancha y conservar intacta la be-

lleza espiritual? Necesita una pureza muy superior a la de los monjes, y quien está necesitado de una mayor pureza, está también sometido a necesidades mayores, que lo pueden manchar, si no les impide el paso a su alma con una continua sobriedad y mucha energía. La belleza de la figura, la afectación de los movimientos, la manera estudiada de caminar, el tono de la voz, el acicalamiento de los ojos, el maquillaje de las mejillas, el arreglo de las trenzas, los tintes de los cabellos, el lujo de los vestidos, la variedad de joyas, la belleza de las piedras, el olor de los perfumes y el resto de los cuidados que practican las mujeres, bastan para turbar a un alma si no se ha endurecido con la severidad de la moderación. Turbarse por estas cosas, no es nada extraño. En cambio, llena de estupor y perplejidad que el diablo, mediante todo lo contrario, sea capaz de echar abajo y asaetear las almas de los hombres.

3. *El monje goza de una situación más cómoda que quien preside una Iglesia*

Algunos, huyendo de estas redes, han sido atrapados por otras muy diferentes. Un aspecto descuidado, un cabello sucio, un vestido mugriento, una figura desaliñada, un caminar desgarrado, unos modales simples, una voz sin encanto, el vivir en pobreza, el ser despreciada, la falta de protección y la soledad<sup>228</sup> han conducido a quien lo ve a la compasión y, después, a la perdición extrema. Muchos, que habían escapado a aquellas primeras redes, las de las joyas, los perfumes, los vestidos y las demás que he mencionado, cayeron y se perdieron fácilmente por estas otras, que tan diferentes son.

Cuando por la pobreza y la riqueza, por el adorno y el aspecto natural, por las costumbres refinadas y por las sencillas, y, en un palabra, por todo lo que he enumerado, la guerra se enciende en el alma del espectador, y cuando las maquinaciones lo envuelven por todas partes, ¿dónde podrá encontrar descanso si se encuentra rodeado de ardides tan grandes? ¿Qué escondite podrá encontrar, no digo para no ser cogido a la fuerza —pues esto no es difícil—, sino para guardar su alma tranquila de pensamientos infames? Dejo a un lado los honores, causa de innumerables males. Los honores que proceden de las mujeres perjudican al vigor de la templanza y, con frecuencia, la abaten cuando no se sabe vigilar continuamente contra estas asechanzas. En cuanto a los que proceden de los hombres, si uno no los acepta con mucha grandeza de alma, es dominado por dos pasiones contrarias, el servilismo de la lisonja y la necedad de la jactancia: por un lado, se ve obligado a someterse a quienes lo halagan y, por otro, se hinchan con los honores que le otorgan por las cosas más pequeñas y se ve empujado al abismo del orgullo.

Yo he dicho esto, pero nadie puede conocer bien el perjuicio que ocasionan si no lo ha experimentado. Cosas todavía mucho mayores y más peligrosas pueden sobrevenir fatalmente al que vive en el mundo. Sin embargo, el que ama la vida solitaria está libre de todo ello. Si un pensamiento extravagante le hace ver tal cosa, la imagen es débil y puede rápidamente desaparecer porque, desde fuera, el fuego no es atizado por la materia de la contemplación. El monje tiene miedo por sí solo. Y si se ve obligado a preocuparse de otros, se pueden contar con facilidad; y en el caso de que sean muchos, son menos que en las iglesias y ocasionan preocupaciones mucho más livianas a quien los preside, no sólo por el escaso número, sino también porque todos están apartados de los asuntos mundanos y no tienen que ocuparse ni de hijos ni de mujer ni de nada semejante. Además el tener una residencia común los hace muy obedientes a los superiores, de manera

que pueden observar con exactitud sus tropiezos y corregirlos. Esto no es pequeña cosa para el progreso en la virtud.

4. *Al sacerdote se le confían la protección del orbe y otros asuntos terribles*

Las preocupaciones de la vida tienen atados a los que han sido confiados a la autoridad del sacerdote, haciéndolos más descuidados para las prácticas espirituales. De ahí, la necesidad que tiene el maestro de sembrar cada día, por decirlo así, para que, con la tenacidad, el mensaje de la enseñanza pueda ser retenido por los oyentes. La riqueza desmesurada, la importancia del poder, la pereza que procede del placer y muchos otros inconvenientes sofocan las semillas sembradas<sup>229</sup>, y, con frecuencia, el espesor de los espinos no permite que la semilla caiga hasta la superficie de la tierra. Por otro lado, el exceso de tribulación, la angustia de la pobreza, las vejaciones continuas y otras dificultades opuestas a las anteriores separan del cielo por las cosas divinas; y el sacerdote no puede llegar a conocer siquiera una parte mínima de los pecados de sus fieles. ¿Cómo va a ser posible cuando ni siquiera conocen de vista a la mayoría? Las relaciones con el pueblo le proporcionan una dificultad muy grande.

Pero esto es una nadería si se examinan las relaciones con Dios. Éstas requieren de un celo mayor y más esmerado. ¿Cómo ha de ser quien está al frente de toda una ciudad —no sé por qué digo de una ciudad—, de todo el orbe, y suplica que Dios sea misericordioso con los pecados de todos, no sólo de los vivos, sino también de los que ya han partido? Pienso que la confianza de Moisés y Elías no bastan para una súplica tan grande. Como si se le hubiese con-

fiado el mundo entero y como si fuese el padre de todos, se acerca a Dios, suplicando que las guerras se extingan en todas partes y las tribulaciones se disipen, pidiendo la paz, la prosperidad y la rápida liberación de los males individuales y colectivos que amenazan a cada uno. El que intercede por todos ha de aventajar en todo, en la medida que es natural que el superior aventaje a los subordinados. Dime dónde lo colocaremos cuando invoca al Espíritu Santo, celebra el sacrificio que infunde sobremanera un temor santo y está unido continuamente con el común Señor de todos. ¿Cuánta pureza y piedad le exigiremos? Piensa cuáles deben ser las manos que han de servir estos ministerios, cuál debe ser la lengua que pronuncie estas palabras y a quién no debe superar en pureza y santidad el alma que ha recibido un Espíritu tan grande. En ese momento, los ángeles están asistiendo al sacerdote, y todo el estrado y el presbiterio se llenan de Potencias celestes en honor del que está allí. Lo que se celebra en ese momento es suficiente para convencerse.

Oí a uno contar que un anciano, hombre admirable y acostumbrado a tener revelaciones, le dijo que había sido considerado digno de una visión de este tipo y que de pronto había visto, en aquel momento y en la medida que le era posible, una muchedumbre de ángeles, vestidos de túnicas brillantes, que rodeaban el altar y que se inclinaban de la misma manera que los soldados comparecen en presencia del rey. Y yo lo creo. Otro me contó —de manera que no lo había aprendido de otro sino que había tenido el honor de verlo y oírlo por sí mismo— que los que van a partir de aquí abajo, si han participado de los misterios con conciencia pura, cuando van a expirar, los ángeles los escoltan a causa de lo que han recibido<sup>230</sup> y los conducen desde aquí abajo. ¿Tú no te estremeces al introducir un alma como la mía en

una celebración tan santa de los misterios y al levantar a la dignidad del sacerdocio a quien tiene los vestidos sucios, que Cristo expulsó del grupo de los invitados?<sup>231</sup> El alma del sacerdote tiene que brillar como una luz que ilumina el mundo<sup>232</sup>. La mía, como resultado de la mala conciencia, está envuelta en una tiniebla tan grande que está siempre hundida y no puede nunca fijar los ojos con confianza en su Señor.

Los sacerdotes son la sal de la tierra<sup>233</sup>. ¿Quién podría soportar afablemente mi necesidad y mi inexperiencia en todo, a no ser tú, que estás habituado a amarme con exceso? Pues no sólo se requiere que sea puro, tal como conviene a un ministerio tan grande, sino también muy inteligente y experimentado en todo. Debe conocer todas las realidades del mundo, no menos que el que se desenvuelve en la vida pública, pero tiene que apartarse de todas ellas más que los monjes que se adueñaron de las montañas. Puesto que ha de tratar con hombres que tienen mujeres, que crían niños, que poseen criados, que están rodeados de una gran riqueza, que gestionan asuntos de estado y están en el poder, necesita ser muy flexible. Digo flexible, no engañador, ni adulador, ni hipócrita; lleno de libertad y audacia, pero sabiendo abajarse provechosamente cuando los asuntos lo exijan, y ser, a la vez, bueno y austero. Pues no es posible ser útil de una única manera a los que han sido confiados a su autoridad porque tampoco es bueno para los médicos tratar con los enfermos de una única manera, ni para el piloto conocer un único modo de luchar contra los vientos. Tempestades continuas cercan esta nave, y estas tempestades no sólo atacan desde fuera sino que nacen también desde dentro, y requieren mucha condescendencia y esmero. Todas estas cosas, aunque diferentes, miran a un único fin: la gloria de Dios, la edificación de la Iglesia.

5. *El sacerdote tiene que ser apto para todo*

El combate de los monjes es grande, y el esfuerzo es mucho. Pero si uno compara los sudores de éstos con los del sacerdocio bien ejercido, descubrirá que se diferencian tanto como un particular difiere de un rey. Aunque allí la fatiga es grande, alma y cuerpo mantienen una lucha común. Más aún, la mayoría de las veces, prospera por la disposición del cuerpo. Si éste no es fuerte, la buena voluntad se queda en eso, sin poder manifestarse en las obras. En efecto, el ayuno continuo, el dormir en el suelo, la vigilia, la falta de aseo, el abundante sudor y todas las demás prácticas de mortificación corporal desaparecen cuando el que se dispone a soportar esas penitencias no es fuerte. Aquí, en cambio, se trata del arte puro del alma y no tiene necesidad alguna de la buena salud del cuerpo para mostrar su virtud. ¿De qué nos sirve el vigor corporal a la hora de no ser presuntuosos ni irascibles ni precipitados, sino sobrios, moderados, modestos y todo aquello con lo que el bienaventurado Pablo completó la imagen del sacerdote óptimo?

6. *Signo de la firmeza del alma no es tanto la vida monacal cuanto el presidir bien la muchedumbre*

Pero nadie podría decir esto a propósito de la virtud del monje<sup>235</sup>. Los prestidigitadores necesitan muchos instru-

mentos, ruedas, cuerdas y espadas, pero el filósofo<sup>236</sup> tiene todo el arte en el alma, sin que necesite nada externo. Lo mismo sucede aquí. El monje necesita de salud corporal y de lugares adecuados a su forma de vida, para no estar demasiado alejado del trato con los hombres, tener la tranquilidad de la soledad e incluso no estar privados del clima óptimo. Nada es tan insoportable para el que se consume en ayunos como la irregularidad del tiempo. En cuanto a la provisión de vestidos y comida, no quiero hablar ahora de las dificultades que se ven obligados a padecer, al porfiar por hacerse ellos mismos todo con sus propias manos.

El sacerdote no tiene necesidad de nada de esto. Por el contrario, no es complicado y participa en todo lo que no ocasiona un perjuicio, teniendo toda su ciencia guardada en los tesoros del alma. Si alguno admira el permanecer en soledad consigo mismo y el evitar el trato con la muchedumbre, yo mismo diría que es una prueba de firmeza, pero no un testimonio apropiado de toda la fuerza que hay en el alma. El que está sentado al timón dentro del puerto no da una prueba exacta de su oficio, pero nadie negará que es un óptimo piloto quien es capaz de salvar la nave en medio del mar y de la tempestad. No tendríamos que admirar ni demasiado ni con exceso al monje porque, permaneciendo en soledad consigo mismo, no se inquieta ni comete muchos y grandes pecados. No tiene lo que altera y excita al alma.

Pero si uno, que se ha entregado a muchedumbres enteras y ha sido obligado a llevar los pecados de muchos, permanece firme y constante, pilotando su alma en medio de la tempestad como si hubiese bonanza, es justo que ése sea aplaudido y admirado por todos. Mostró de manera suficiente la prueba de su propia fuerza.

7. *La ascesis no es la misma para el que vive en soledad que para el que vive en medio del mundo*

No te extrañes si yo, que he rehuido el ágora y el trato con la muchedumbre, no tengo muchos acusadores. Ni habría que extrañarse si no pecho mientras duermo, si no caigo cuando no lucho, si no soy herido cuando no combato. Di. ¿Quién podrá describir y revelar mi miseria? ¿Este techo y este cuartito? Pero no podrían emitir una palabra. ¿Será mi madre la que conoce mis cosas mejor que nadie? Precisamente, yo no tengo una relación imparcial con ella, y nunca hemos llegado a discutir. Además, aunque hubiera sido así, no existe ninguna madre tan falta de amor y tan llena de odio hacia su hijo que acuse y denigre ante todos a quien ha gestado, alumbrado y criado, a no ser que algún motivo la obligue, a no ser que alguien la fuerce. Si alguien quisiera someter mi alma a una prueba rigurosa, encontraría muchos puntos débiles. Eso no lo desconoces ni tú mismo que, más que nadie, acostumbras a elogiarme delante de todos. Ahora no digo esto por modestia. Recuerda cuántas veces te lo he dicho cuando, con frecuencia, hablábamos de ello. Si alguien me propusiera elegir dónde yo querría ser más estimado: si en la presidencia de la Iglesia o en la vida monástica, yo mismo aprobaría lo primero con innumerables votos. Nunca he dejado de considerar dichoso ante ti a los que podían realizar adecuadamente este ministerio. Yo no habría rehuido lo que consi-

deraba dichoso si pudiese ejercerlo adecuadamente. Nadie lo negará.

Pero ¿qué va a ser de mí? Nada es tan perjudicial para el gobierno de la Iglesia como la inercia y la inactividad, que otros consideran una cierta ascesis. Yo la veo como un manto de mi propia miseria, con el que oculto la mayoría de mis defectos e impido que se manifiesten. El que está habituado a disfrutar de una ociosidad tan grande y a vivir con mucha tranquilidad, aunque posea una naturaleza poderosa se turba y confunde por la falta de práctica, y la carencia de entrenamiento mutila no poco la propia naturaleza. Cuando, a la vez, se tiene una mente indolente y se es inexperto en estos combates, como es mi caso, en nada se distinguirá de las piedras si acepta este ministerio. Hay quienes vienen de aquella escuela<sup>237</sup> para afrontar estos combates pero brillan pocos. La mayoría son acusados, caen y sufren situaciones desagradables y penosas. No es de extrañar. Cuando los entrenamientos no son adecuados para los combates, el luchador no se distingue en nada de los que carecen de entrenamiento. El que viene a este estadio tiene que despreciar, sobre todo, la gloria, dominar la ira y estar repleto de inteligencia. El que ama la vida solitaria no tiene ningún pretexto para entrenarse. No tiene muchos que lo irriten como para preocuparse de refrenar el ímpetu del temperamento, ni tiene muchos que lo celebren y aplaudan como para aprender a rechazar los elogios de la muchedumbre. Tampoco aprecian mucho la inteligencia exigida en las Iglesias. Cuando vienen a los combates de los que no se han ocupado, están faltos de experiencia, sufren vértigos, caen en la perplejidad, y, con frecuencia, muchos se pierden porque no sólo no progresan en la virtud sino que pierden lo que tenían cuando vinieron.

8. *Los que viven en soledad consiguen la virtud  
más fácilmente que los que se preocupan  
de la muchedumbre*

Y *BASILIO* dijo: ¿Qué? ¿Pondremos al frente de la Iglesia a los que viven en medio del mundo, se preocupan de los asuntos mundanos, se consumen en peleas y ultrajes, rezuman una sagacidad extrema y saben vivir dedicados al placer?

*JUAN*: Dije: Calla, buen amigo. Cuando se trata de elegir sacerdotes no hay que pensar en esto. Más bien se debe conocer si alguien, tratando y conviviendo con todos, es capaz de guardar íntegra e inquebrantablemente la pureza, la tranquilidad, la santidad, la constancia y los demás bienes que son propios de los monjes, sobre todo si han vivido en soledad. El que tiene muchos defectos puede ocultarlos en la soledad y hacer que no tengan trascendencia al no relacionarse con nadie. Pero si accede a una responsabilidad pública, no obtendrá más ventaja que hacer el ridículo, y correrá un peligro mayor. Poco me habría faltado para tener que sufrirlo si el cuidado de Dios no hubiese retirado el fuego de mi cabeza. A quien se halla en una situación semejante le resulta imposible pasar desapercibido cuando se presenta en público. En ese momento, todo se pone de manifiesto. El fuego pone a prueba los metales; y el sacerdocio<sup>238</sup> es la piedra de toque que discierne las almas de los hombres. Si uno es irascible, ruin, buscador de gloria, vanidoso o cualquier otra cosa, lo delata y pone rápidamente al desnudo los defectos. No sólo los pone al desnudo sino que los hace más pesados y graves. Las heridas del cuerpo, si se manosean, se hacen más difíciles de curar; y las pasiones del alma son propensas, por naturaleza, a hacerse salvajes si son molestadas e irritadas, violentando a quienes las poseen para

pecar más gravemente. A quien no está atento, lo empujan al deseo de gloria, a la jactancia y al deseo de riquezas; y lo empujan al placer, a la relajación, a la indolencia y, poco a poco, a males que nacen de éstos pero que conducen a daños peores.

Hay muchas situaciones en medio del mundo que pueden debilitar el vigor del alma e impedir el camino recto. En primer lugar, el trato con las mujeres. En efecto, el que preside y cuida de todo el rebaño no puede preocuparse de los hombres y despreciar a las mujeres, pues éstas, sobre todo, requieren una mayor atención porque se deslizan fácilmente hacia el pecado. Quien ha recibido el encargo de ejercer el episcopado tiene que preocuparse de la salvación de ellas, si no más, al menos de la misma manera. Está obligado a visitarlas cuando enferman, a consolarlas cuando están afligidas, a reprender a las negligentes y a socorrer a las abatidas. Cuando esto sucede, el Malvado puede encontrar muchas maneras para introducirse furtivamente si uno no se protege con una vigilancia rigurosa. En efecto, la mirada golpea y turba el alma, no sólo la mirada de la intemperante sino también la de la prudente; la adulación debilita y los honores envilecen. La caridad fervorosa —causa de todos los bienes— llega a ser causa de innumerables males para los que no usaron de ella correctamente. Además, las preocupaciones continuas debilitan la agudeza de la inteligencia y hacen al que vuela más pesado que el plomo. La ira, que se esparce como el humo, se apodera de todo el interior.

9. *No hay que despreciar la opinión de la muchedumbre aunque esté equivocada*

¿Qué puede uno decir de los demás perjuicios, las insolencias, los agravios, los que vienen de los grandes y los que vienen de los pequeños, los que vienen de los inteli-

gentes y los que vienen de los necios? La gente que carece de un recto juicio es especialmente critica y no soporta fácilmente la defensa. El que preside bien no ha de despreciar estas cosas, sino refutar las acusaciones delante de todos, con mucha moderación y mansedumbre, perdonándoles el reproche sin fundamento en lugar de irritarse y encolerizarse. Si el bienaventurado Pablo temió ser sospechoso de robo entre sus discípulos y, por ello, tomó también a otros para la administración de las riquezas para que *nadie nos censure a propósito de esta abundancia que es administrada por nosotros*<sup>239</sup>, ¿cómo tenemos que actuar nosotros para eliminar todas las sospechas aunque sean falsas y absurdas, aunque estén muy alejadas de nuestra reputación? Nosotros no estamos tan lejos de ningún pecado como Pablo del robo. Sin embargo, el que estaba tan alejado de esta mala acción no se desprecupó de la sospecha de la muchedumbre, a pesar de que carecía por completo de fundamento y era propia de locos. En efecto, sospechar una cosa semejante de aquella alma bienaventurada y admirable era una locura. Sin embargo, eliminó de raíz las causas de esta sospecha, tan sin fundamento que nadie, a no ser que estuviese delirando, habría podido sospechar. No despreció la insensatez de la muchedumbre, ni dijo: «¿A quién se le pueden ocurrir tales sospechas sobre mí, cuando todos me honran y admiran por los prodigios y la moderación de vida?». Todo lo contrario. Temió y supuso esta perversa sospecha y, cuando la previó, la arrancó. Más aún, desde el principio no le permitió ni nacer. ¿Por qué? Dice: *Atendimos al bien no sólo delante del Señor, sino también delante de los hombres*<sup>240</sup>.

Hay que usar de un celo tan grande —o mejor, de uno más grande— que no sólo destruyamos y apartemos los rumores maliciosos cuando se levanten, sino que también pre-

veamos desde lejos de dónde pueden proceder y eliminemos todos los pretextos de raíz, para no esperar a que se levanten y se divulguen en boca de todos. En ese momento no resulta fácil eliminarlas sino muy difícil, casi imposible; ni resulta inocuo pues se realiza después de haber ocasionado un perjuicio a la muchedumbre. ¿Cuándo pararé de perseguir imposibles? Enumerar todas las dificultades que ofrece el sacerdocio es como medir el mar. Cuando uno está purificado de toda pasión, cosa imposible, se ve obligado a soportar innumerables peligros para corregir los tropiezos de los demás. Cuando se añaden los propios vicios, contempla el abismo de las dificultades y preocupaciones y cuánto ha de sufrir quien quiere vencer sus propios males y los ajenos.

#### 10. *No es una cosa grande salvarse a sí mismo*

Y *BASILIO* dijo: Ahora no tienes necesidad de esforzarte, ni tienes preocupaciones, pues vives para ti mismo.

*JUAN*: Dije: También las tengo ahora. ¿Cómo es posible, siendo hombre y llevando esta vida abrumada de fatigas, apartarse de las preocupaciones y de la lucha? Pero no es lo mismo lanzarse al mar inmenso que navegar a lo largo de un río. Ésa es la diferencia entre unas y otras preocupaciones. Si yo pudiera ahora ser útil a otros, yo querría y desearía vivamente esa actividad. Pero si no puedo ser útil a otros, me bastará con que me salve y escape de la tempestad.

Dice *BASILIO*: ¿Crees que eso es una cosa grande? ¿Pienzas salvarte sin haber sido útil a nadie más?

*JUAN*: Dije: Has hablado bien y correctamente. Yo mismo no puedo creer que sea posible salvarse a quien nada ha hecho por la salvación del prójimo. De nada le sirvió a aquel desgraciado conservar el talento sino que lo perdió

por no aumentarlo y duplicarlo<sup>241</sup>. Sin embargo, yo creo que recibiré un castigo más ligero si se me acusa de no haber salvado a otros que si se me acusa de perder a otros y a mí mismo, porque yo me habría hecho mucho peor después de haber recibido un honor tan grande. Ahora confío en que el castigo será para mí tan grande como exija la grandeza de los pecados. Después de aceptar la autoridad, el castigo sería no sólo duplicado y triplicado sino todavía mayor, por haber escandalizado a muchos y por ofender a Dios que me había honrado, después de haber recibido un honor mayor.

11. *Los pecados de los sacerdotes aguardan castigos más severos que los de los particulares*

Al acusar a los israelitas más fuertemente, muestra que son merecedores de un castigo mayor porque pecaron después de haber recibido de Él tantos honores, cuando dice: *De entre todas las tribus de la tierra os conocí a vosotros y, por ello, reivindicaré contra vosotros vuestras impiedades*<sup>242</sup>. Y: *De entre vuestros hijos tomé a algunos para profetas y de entre vuestros jóvenes tomé a algunos para la consagración*<sup>243</sup>. Y antes de los profetas, queriendo mostrar que los pecados reciben un castigo mucho mayor cuando son cometidos por los sacerdotes que cuando son cometidos por los particulares, ordena que por los sacerdotes se ofrezca un sacrificio tan grande como el que se ofrecía por todo el pueblo<sup>244</sup>. Esto no muestra sino que las heridas del sacerdote necesitan de un mayor auxilio, tan grande como el que necesita todo el pueblo en su conjunto. No necesitarían de un auxilio mayor si no fuesen más graves. Ahora bien, son más

graves no por naturaleza sino que se agravan por la dignidad del sacerdote que se atreve a cometerlos. ¿Y por qué hablo de los que atienden al culto? Aunque no tenían relación con el sacerdocio, las hijas de los sacerdotes, a causa de la dignidad de sus padres, incurrían en un castigo mucho más severo por sus pecados. Cometían la misma falta que las hijas de los particulares, pues en ambos casos se trataba del adulterio, pero el castigo era mucho más severo para aquéllas<sup>245</sup>. Ya ves con cuánta abundancia te muestra Dios que exige un castigo mucho mayor para el que ejerce la autoridad que para los que han sido confiados a ella. Quien castiga a la hija de un sacerdote más que a los demás, por ser su padre sacerdote, no exigirá la misma pena sino una mucho mayor a quien es responsable de que aquella reciba un castigo añadido. Y con mucha razón, pues el daño no se limita a él sino que abate las almas de los más débiles, que fijan sus ojos en él. Ezequiel, queriendo enseñar esto, distingue a unos de otros, el juicio de los carneros y el juicio de las ovejas<sup>246</sup>.

12. *Exposición con ejemplos del dolor y del temor que se experimentan cuando se espera el sacerdocio*

¿No te parece que tengo motivos para haber tenido mucho miedo? Además de lo dicho, si ahora tengo necesidad de esforzarme mucho para no ser completamente vencido por las pasiones de mi alma, sin embargo soporto la fatiga y no rehuyo el combate. Todavía ahora me domina la vanagloria, pero me repongo con frecuencia y veo que he sido dominado. Hay veces en que hago reproches a mi alma esclavizada. También ahora me asaltan deseos absurdos. En-

cienden una llama más tenue porque los ojos no pueden por fuera alcanzar la materia del fuego. En cambio, estoy totalmente apartado de hablar mal o escuchar hablar mal de alguien, porque no tengo con quién dialogar. Estos muros serían incapaces de emitir una palabra. Pero no es posible evitar igualmente la ira, aunque no estén presentes los que me irritan. Cuando, con frecuencia, me acuerdo de hombres insensatos y de sus acciones, mi corazón se hincha pero no extremadamente. Con rapidez calmo su hinchazón y me aconsejo tranquilidad, diciendo que ocuparse de los males del prójimo y dejar a un lado los males propios desentona mucho y es extremadamente lastimoso. Pero si me ocupo de la muchedumbre y me veo rodeado por un sinnúmero de inquietudes, no podré disfrutar de esa advertencia ni encontrar los criterios que me orienten. Los que se precipitan desde una cascada por un río o de cualquier otra manera, pueden prever la perdición en que acabarán pero no pueden pensar en ningún auxilio. Así también, si caigo en el tumulto de las pasiones, podré prever el castigo que me aguarda y que se hará más grande cada día, pero ya no será para mí tan fácil como antes ocuparme de mí, ni reprimir los vicios furiosos que acometen de todas partes.

Tengo un alma débil, pequeña, fácil de someter no sólo por estas pasiones, sino también por la malevolencia, la más odiosa de todas; no sabe soportar con mesura ni los desprecios ni los honores: éstos la exaltan con exceso, y aquéllos la humillan. Las bestias salvajes, cuando son robustas y están bien cebadas, dominan a los que luchan contra ellas, sobre todo cuando éstos son débiles e inexpertos. Ahora bien, si alguien puede consumirlas por el hambre, adormece su furor y debilita en gran medida sus fuerzas. De esta manera, incluso el que no es muy valeroso soporta el combate y la lucha contra ellas. Lo mismo ocurre con las pasiones del alma: quien las debilita, las doblega bajo los pensamientos rectos, pero quien cuidadosamente las alimenta,

dispone para sí mismo un combate más difícil contra ellas y las hace más terribles para él, hasta el punto que vive toda su vida en la esclavitud y el miedo. ¿Cuál es el alimento de estas fieras? Los honores y las alabanzas son el alimento de la vanagloria; la autoridad y el poder grandes, de la soberbia; los honores del prójimo, de la envidia; la distinción de los bienhechores<sup>247</sup>, de la avaricia; el placer y el trato continuo con las mujeres, de la intemperancia; y así sucesivamente. Todas ellas me atacarán violentamente si entro en la vorágine del mundo, despedazarán mi alma, serán terribles y harán que el combate contra ellas se me haga más difícil. Si permanezco aquí, las someteré con mucho brío, pero serán sometidas por la gracia de Dios. No serán más que un aullido. Por ello, inaccesible, sin compañía y sin comunicarme, monto guardia en este cuartito, y soporto escuchar otro sinfín de reproches en tal sentido, procurando hacerlos desaparecer satisfactoriamente, pero molesto y dolido al no conseguirlo. Pues no me resulta fácil, a la vez, ser comunicativo y permanecer en la actual seguridad. Por ello, te pido a ti, que estás amenazado por una dificultad tan grande, que seas misericordioso más que acusador.

Pero todavía no te he convencido. Pues bien, es el momento de echar fuera el único secreto que no te he manifestado. A muchos les parecerá igualmente increíble. Pero ni siquiera así me avergonzaré de exponerlo públicamente. Pues si lo que voy a decir fuese prueba de una mala conciencia y de innumerables pecados, como Dios, que me va juzgar, conoce todo con exactitud, ¿qué provecho me podrá sobrevenir porque los hombres lo desconozcan? ¿Cuál es

ese secreto? Desde el día aquel en que tú me confiaste esta sospecha, mi cuerpo corrió a menudo peligro de desmoronarse por completo. Tan grande fue la angustia y el miedo que se apoderó de mi alma. Considerando la gloria de la Esposa de Cristo<sup>248</sup>, su santidad, su belleza espiritual, su inteligencia y su armonía y teniendo en cuenta mis males, no dejaba de llorarla y de compadecerme. Me decía a mí mismo entre continuos lamentos y vacilaciones: «¿Quién aconsejó esto? ¿Qué pecado tan grande ha cometido la Iglesia de Dios? ¿Qué irritó tanto a su Señor como para que sea entregada a mí, el más despreciable de todos, y soporte una vergüenza tan grande?». Daba vueltas a esto una y otra vez, no podía soportar la consideración de algo tan absurdo y permanecía boquiabierto, como los locos, sin poder ver ni escuchar nada. Cuando dejaba a un lado este embarazo tan grande —pues había momentos en que se retiraba—, venían las lágrimas y la angustia, y, después del coro de las lágrimas, volvía a aparecer el miedo, que inquietaba, turbaba y sacudía mi pensamiento.

El tiempo pasado he estado conviviendo con esta tempestad. Tú lo desconocías y creías que yo vivía en calma. Pero ahora intentaré revelarte el huracán de mi alma. Quizás por ello, dejando a un lado los reproches, me perdones. ¿Cómo, cómo me descubriré a ti? Si quieres ver claro, no hay más que poner mi corazón al desnudo. Como esto es imposible, intentaré mostrarte el humo de mi angustia por medio de la oscuridad de una imagen, en la medida que sea posible. Retén de esta imagen sólo la angustia.

Supongamos que alguien pretende a la hija del rey de toda la tierra que hay bajo el sol. Esta muchacha tiene una belleza tan extraordinaria que excede la naturaleza humana y, por ello, supera a mucha distancia a todas las mujeres. La

virtud de su alma es tan grande que deja muy atrás a todos los hombres que han existido y que existirán. Supera todos los límites de la filosofía<sup>249</sup> por la decencia de las costumbres, y toda la hermosura de su cuerpo se desvanece con la belleza de su rostro. Supongamos que su pretendiente arde en deseos de la virgen no sólo por ello sino que también, con independencia de ello, siente por ella una pasión que eclipsa a los más locos amantes que hayan existido. Supongamos que, después, mientras arde en el hechizo, oye por alguna parte que un cualquiera, un desecho, de origen bajo, lisiado de cuerpo y el más miserable de cuantos existen, va a contraer matrimonio con ella. ¿Te he presentado una parte pequeña de mi dolor? ¿Basta suscitar esta imagen? Creo que es suficiente por lo que atañe a la angustia. Por eso sólo la he adoptado.

Pero para mostrarte la medida de mi miedo y espanto, recurriré a otra descripción. Imaginemos un ejército compuesto de infantería, caballería y marina. El número de triremes oculta el mar; las falanges de los soldados de infantería y caballería ocultan la extensión de las llanuras y las cumbres de las montañas; el bronce de las armaduras deslumbra al sol; y el brillo de los cascos y los escudos hace retornar los rayos que envía aquél. El ruido de las lanzas y el relincho de los caballos llega hasta el cielo mismo, y no se ve ni el mar ni la tierra, sino bronce y hierro por todas partes. Imaginemos que, contra éstos, se ponen en orden de batalla hombres hostiles, violentos y salvajes. Ya ha llegado el momento de la batalla.

Imaginemos luego que alguien toma a un jovencito de los que viven en el campo y que no conocen más que la lira y el cayado. Lo viste con una armadura de bronce, le hace recorrer todo el ejército, y le muestra las escuadras, los jefes

de escuadra, los arqueros, los honderos, los capitanes, los estrategas, los hoplitas, los jinetes, los lanzadores de jabalina, las trirremes y sus jefes, los soldados que allí se protegen y la gran cantidad de máquinas que se guardan en las naves. Le muestra también todo el orden de batalla de los enemigos, los rostros terribles, las diferentes armas, una multitud inmensa, precipicios y abismos escarpados y montañas hostiles. Todavía le muestra, entre los enemigos, caballos que vuelan gracias a un hechizo, hoplitas llevados por el aire y toda la fuerza y el proceder de la magia. Le describe los sufrimientos de la guerra, la nube de las jabalinas, las nevadas de flechas, aquella gran oscuridad y la imposibilidad de ver, la noche oscurísima originada por la gran cantidad de flechas que, por su espesor, devuelven los rayos del sol, el polvo que ciega los ojos no menos que la tiniebla, los torrentes de sangre, los lamentos de los que caen, los gritos de guerra de los que se mantienen en pie, los montones de los que yacen tendidos, ruedas bañadas en sangre, caballos cabeza abajo con sus jinetes que se precipitan lejos de la multitud de los que yacen muertos, la tierra con todo en mezcolanza, sangre, arcos, flechas, cascos de caballos, y yaciendo en el mismo lugar cabezas de hombres, brazos, un cuello, una greba, un pecho cortado, sesos adheridos a las espadas, una punta rota de flecha con un ojo clavado. Le describe los sufrimientos de la flota, las trirremes incendiadas en medio de las aguas, algunas que se hunden con los hoplitas mismos, el ruido de las aguas, el estrépito de los marinos, el grito de los soldados, la espuma de las olas y la sangre mezcladas que penetran en todos los barcos, los muertos sobre los puentes de los barcos, los naufragos que se hunden, los que flotan, los que son devueltos a las playas, los que son envueltos en el interior de las olas y cierran el camino a los barcos. Después de enseñarle todas las tragedias de la guerra, le añade los horrores de la cautividad y la esclavitud, más terrible que cualquier muerte. Ima-

ginemos que, después de decirle esto, le ordena que suba inmediatamente a un caballo y se ponga al frente de todo ese ejército. ¿Crees que, ante la sola descripción, aquel jovencito resistirá? ¿No crees que, a primera vista, morirá inmediatamente?

13. *La tentación del diablo es más terrible  
que cualquier guerra*

No creas que yo, con mis palabras, exagero el asunto; ni creas que son afirmaciones grandilocuentes, porque, encerrados en este cuerpo como en una prisión, no somos capaces de ver las cosas invisibles. Si tú fueses capaz de ver con los ojos el oscurísimo orden de batalla del diablo y su ataque furioso, verías que es mucho mayor y más terrible que aquella batalla. Aquí no hay bronce ni hierro ni caballos ni carros ni ruedas ni fuego ni flechas, todo ello realidades visibles, sino otros muchos recursos más terribles todavía. Con estos enemigos no hay necesidad de coraza ni de escudo ni de espadas ni de lanzas, sino que la sola visión de aquel maldito ejército es suficiente para desmoronar a un alma si no es muy valerosa y no goza de la protección de Dios más que del propio valor, por grande que éste sea. Y si fuese posible, despojándose de este cuerpo o con este cuerpo, poder ver claramente y sin temor todo el orden de batalla del diablo y la guerra que de manera clara libra contra nosotros, no verías torrentes de sangre ni cuerpos muertos, sino caídas tan grandes de almas y heridas tan terribles que toda aquella descripción de la guerra que, hace un momento, te he expuesto la considerarías un juego de niños, un entretenimiento más que una guerra. ¡Tantos son los que cada día son abatidos! Las heridas no producen la misma muerte, sino que la diferencia que hay entre cuerpo y alma es la que existe entre una muerte y otra. Cuando el

alma recibe la herida y cae, no permanece insensible como el cuerpo. Consumida por la mala conciencia, es atormentada ya desde aquí, y, después de partir de aquí, recibe en el momento del juicio un castigo que no acaba. Si uno es insensible a las primeras heridas del diablo, tiene una desgracia mayor por la insensibilidad. Pues, al no ser herido por el primer golpe, recibe fácilmente un segundo golpe y, después de éste, otro. El Malvado, cuando encuentra un alma tirada por tierra que no toma en consideración los primeros golpes, no deja de golpear hasta el último suspiro.

Si quieres investigar la manera del ataque, verás que es mucho más violento y variado. Pues nadie conoce tantas formas de astucia y engaño como aquel Malvado. De esta forma posee una fuerza mayor, y nadie tiene un odio tan implacable contra sus más terribles enemigos como el Maligno contra la naturaleza humana. Y si uno investiga el ardor con el que lucha, cualquier comparación con los hombres resultaría ridícula en este punto. Si uno escoge las más salvajes y crueles de las fieras y las compara con la furia del Maligno, gracias a la comparación hallará que aquéllas son mansísimas y dulcísimas. ¡Tan grande es la rabia que respira cuando se lanza contra nuestras almas! La duración del combate aquí es breve, y hay muchas treguas a pesar de la brevedad de este tiempo. Cuando llega la noche, el cansancio de matar, el momento de la comida y muchas otras necesidades naturales hacen que el soldado se tome un descanso, se quite la armadura, se reponga un poco, se tome un alivio con la comida y la bebida y recobre el primer vigor mediante otros muchos remedios. En el caso del Maligno, no es posible deponer las armas, ni dar entrada al sueño si uno quiere permanecer ileso. Pues necesariamente ha de suceder una de dos cosas: o caer y perecer desnudo, o estar continuamente en pie, despierto y armado. Pues aquél está siempre en pie con su orden de batalla dispuesto, espiando nuestra negligencia, manifestando un mayor celo por nues-

tra perdición, que nosotros por nuestra propia salvación. El hecho de que él no sea visto por nosotros y de que nos ataque de repente, ocasiona innumerables males a quienes no permanecen continuamente despiertos, y muestra que esta guerra es mucho más ardua que aquélla. ¿Querías tú que yo estuviese al mando de los soldados de Cristo? Pero esto habría supuesto combatir en las filas del diablo. Cuando el que está obligado a disponer el orden de batalla y a organizar a los demás es el más débil y el más inexperto de todos, al entregar por su inexperiencia a los que le han sido confiados, lucha en favor del diablo más que en favor de Cristo.

¿Por qué gimes? ¿Por qué lloras? Mi situación actual no es merecedora de llantos, sino de regocijo y alegría.

*BASILIO:* Dijo: Pero no la mía que, en cambio, es merecedora de innumerables lamentos, pues apenas ahora he podido tomar conciencia de los males que me has procurado. Yo he venido hasta ti porque necesitaba saber cómo había de defenderte contra los acusadores. Pero tú me despidas sustituyendo una preocupación por otra. Ya no me preocupa qué he decir a aquéllos para defenderte, sino cómo me defenderé yo mismo y mis males ante Dios. Pero yo te pido y suplico, si es que aún te preocupas algo de mí, si existe algún consuelo en Cristo, si existe algún alivio de caridad, si existe compasión y misericordia<sup>250</sup> —y tú mismo sabes que me has conducido a este peligro más que nadie—: tiéndeme la mano, di y haz lo posible por restablecerme y no consientas abandonarme lo más mínimo. Continuemos nuestras relaciones ahora más que antes.

Yo, sonriéndome, le dije:

*JUAN:* ¿Cómo podré contribuir a ello? ¿Cómo podré ayudarte en dificultades tan graves? Pero como esto te ale-

gra, ánimo, amigo. Cuando te puedas tomar un respiro en esas ocupaciones, estaré presente, te consolaré y no te faltará nada de lo que esté en mi mano.

Después de esto, se puso en pie llorando más todavía. Yo, después de abrazarlo y de besar su cabeza, lo acompañé exhortándole a soportar con entereza lo que había ocurrido.

Dije: En Cristo que te ha llamado y que te ha establecido al frente de sus propias ovejas, tengo puesta la confianza de que por este ministerio poseerás una libertad tan grande que me recibirás en tu morada eterna cuando aquel día<sup>251</sup> yo esté en peligro.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 [@escritores de iglesia](#) [+ENCICLOPEDIA MERCABA](#), MURCIA